Libros del Asteroide

Jon McGregor

La palabra para rojo

Traducción de Concha Cardeñoso

agapea.com

Jon McGregor

La palabra para rojo

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Libros del Asteroide

Índice

Portada
La palabra para rojo
Inclinado /
  1 /
  2 /
  3 /
  4 /
  5 /
  6 /
  7 /
  8 /
  9 /
Caído _
  1 _
  2 _
  3 _
  4 _
  5 _
  6 _
  7 _
  8 _
  9 _
De pie |
  1 |
  2 |
  3 |
  4 |
  5 |
  6 |
  7 |
  8 |
/ _ |
Agradecimientos
Colofón
Nota biografica

Primera edición, 2022
Título original: *Lean Fall Stand*
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Copyright © 2021, Jon McGregor
All rights reserved
© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2022
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
Imagen de cubierta: Herbert Ponting. © Heritage Images / Cordon Press
Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com
ISBN: 978-84-1908-931-1
Composición digital: www.acatia.es
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

A Rosie

INCLINADO /

1 /

La tormenta se desató de improviso y Thomas Myers cayó de rodillas.

A lo lejos el aire se oscureció. Se oyó un fragor y todo se volvió blanco contra él con una violencia para la que no estaba preparado. Se cubrió la cabeza con los brazos y se tumbó en el hielo para evitar que lo arrastrara.

Instintivamente se llevó la mano al móvil, aunque sabía que no había señal ni llevaba el teléfono consigo.

Era como si le arrancaran la ropa del cuerpo y le succionaran el aire de los pulmones.

Le habían descrito aquello como estar dentro de un reactor. Como si alguien supiera lo que era estar dentro de un reactor. Esas cosas se decían, pero a veces las palabras no encajaban.

El fragor lo era todo. Solo el peso del cuerpo contra el hielo le indicaba que estaba en el mundo boca abajo. No veía a los otros. No veía nada.

Lo importante era mantener la calma y analizar la situación. Recordar el curso de formación: buscar un refugio o improvisarlo, quedarse en el sitio, establecer contacto con otros compañeros del grupo, no dejar de moverse, mantener la calma.

El curso de formación tenía sus contradicciones.

Era difícil pensar con el temporal barriéndolo todo tan brutalmente.

No sabía dónde estaba la radio. No veía a los otros. Tenía que encontrar la cámara.

Había montado el trípode en el borde del hielo buscando un buen encuadre de las inmóviles aguas del estrecho con los barrancos del promontorio Priestley al fondo, a media distancia. Luke se había quedado en la motonieve con el resto del equipo. A unos tres metros a la izquierda, cuatro y pico quizá. O tal vez más. Doc había ido al promontorio en la otra motonieve y había subido para dar perspectiva a la foto. Sin nadie en la imagen no había forma de captar las dimensiones de la panorámica. Era lo que buscaba desde el primer día. En las fotos que había hecho hasta el momento todo parecía muy pequeño. Las montañas lejanas. Las cumbres de los lados del valle. El glaciar. Los icebergs, que crujían al entrechocar, y la luz, que azuleaba en el

interior. Era difícil encajarlo todo. Había enfocado una escena con Doc asomado a los riscos del Priestley, oteando las aguas. Le había indicado por radio dónde tenía que ponerse. Seguro que después había dejado la radio en el suelo. Doc quedaba bien como explorador del Polo. Tenía la barba necesaria. El agua relucía, se veía gris, y las montañas de detrás de Doc, imponentes y blancas en contraste con él. La exposición automática no paraba de bailar. La temperatura cambió. Miró hacia atrás y vio nubes oscuras arremolinándose en la cabecera del glaciar Everard. Estaba desmontando la cámara cuando el viento lo atacó de repente y cayó de rodillas.

Seguro que había dejado la radio en el suelo para montar el trípode. Después de hablar con Doc. Seguro que la había dejado cerca de los pies. Tenía que estar por allí.

El viento era tan fuerte que no se podía estar de pie, así que avanzó poco a poco sobre los codos y las rodillas, reptando hacia delante y a la izquierda. Llamó a Luke, pero no oyó nada. Palpó el suelo en busca de la radio. Avanzó un poco más y se detuvo. La cámara también tenía que estar allí mismo. Volvió a llamar a Luke a voces.

Todavía no estaba asustado. Luke no podía andar muy lejos. Mantenía la calma. Tenía conciencia del entorno.

Habían bajado del refugio en motonieve, descendiendo por la ladera desde la planicie, y habían cruzado la pista de aterrizaje. Las motonieves estaban aparcadas a una distancia prudencial del agua. Doc se había ido en una de ellas hasta el pie del Priestley para subir al risco. No hacía ni diez minutos. En cuanto pasara la tormenta se reagruparían. Le había dejado las fundas de la cámara a Luke y había caminado por el hielo en dirección al agua. Diez metros. Veinte. No más. Era hielo limpio y seguro. La tormenta se había desencadenado de repente desde la cima del glaciar Everard, a su espalda, al sureste. Estaba agachado de espaldas al viento. Luke debía de estar con la motonieve y las fundas a unos metros a su izquierda. A su izquierda y un poco más adelante. Se arrastró en esa dirección procurando que el viento no le diera en la cara con toda la fuerza.

Mantener la calma. Quedarse en el sitio. Establecer contacto.

No tenía que haber dejado la radio en el suelo. No tenía que

haberse alejado de Luke. No tenía que haber aceptado la idea de Doc de subir a lo alto del Priestley solo para hacer una fotografía. El paisaje lo había distraído. Doc fingía indiferencia todo el tiempo, pero era imposible no pararse a contemplarlo. Esa inmensidad de hielo, nieve, mar y cielo. Glaciares, cumbres, témpanos y pedregales. Erosión, grietas, cortes a tajos. El aire, tan nítido que las distancias menguaban y todos los colores brillaban.

El viento seguía aullando a su alrededor. El frío empezaba a calarle la ropa.

Le pareció oír los crujidos de la radio, pero no estaba seguro. El viento todavía lo ensordecía. Se sentó de rodillas y empezó a palpar entre las ráfagas de nieve.

—*Contesta… K… K…*

—*Thomas, estás… contesta.*

Era Luke, apenas. Qué raro oírlo por la radio estando tan cerca.

Se quedó a la escucha y volvió a oír la voz de Luke. No entendía las palabras, pero reconoció el tono. Se volvió hasta situarse enfrente del sonido. El viento lo azotaba por la izquierda. Se agachó y, sin moverse, siguió atento, pero solo oyó el viento. Tumbarse así en el hielo era un error. No mojarse. Mantener la calma, quedarse en el sitio, no mojarse.

Se puso de pie, doblado sobre sí mismo. Las ráfagas iban y venían y lo empujaban. Lo zarandeaban. Dio dos pasos con las manos tendidas hacia delante. La nieve le bombardeaba la espalda. Oyó de nuevo a Luke. Ahora estaba detrás de él. Algo cambió en la calidad del sonido y vio agua a sus pies. Olas grises contra la blancura. Algo iba mal. El agua tenía que estar detrás. Retrocedió. Empezaba a tener frío de verdad.

Miró el agua gris y se concentró. El viento amainó un poco, pero seguía castigándole la parte izquierda de la cara. El viento debía de haber cambiado de dirección. Dio un giro de ciento ochenta grados, despacio.

Avanzó poco a poco con las manos tendidas hacia delante.

Oyó el crujido de la radio otra vez. Más allá. Oyó a Luke diciéndole a Doc Wright *contesta, contesta*. Siguió andando, agachado, hacia la voz. Se preguntó por qué Doc no contestaba. Iba a paso lento y regular, pero notó que el corazón se le

aceleraba. Oyó a Luke otra vez. Más débilmente. Le pitaban los oídos y no estaba seguro de que fuera la radio. El viento se le clavaba en la parte derecha de la cara y le dolían los ojos si los abría. Dio tres pasos más y volvió a encontrar agua. Vio cómo lamía el borde del hielo. El ruido de la radio se extinguió.

Estaba haciéndolo todo mal. Tenía que haberse quedado donde estaba al empezar la tormenta. No tenía que haberse movido. Podía estar cerca de Luke y de la motonieve o podía haberlos perdido por completo. Luke podía haberse equivocado de dirección mientras lo buscaba a él. Tenía que haberse quedado en el sitio para saber dónde se encontraba cuando la tormenta amainase. Llamó a Luke otra vez. La voz no podía nada contra la tormenta.

Siguió moviéndose para conservar el calor. El ruido del viento no le dejaba pensar con claridad. Ahora la radio estaba detrás. Notó que empezaba a congelarse. El aire era áspero y violento.

La cantidad de calorías que ingerían al día allí en el sur. Incluso comer lo suficiente costaba lo suyo.

Oyó la radio otra vez y volvió a palpar el suelo de alrededor. La voz de Luke sonaba estridente y lejana. Había cortes en la transmisión. *Doc, Thomas, contestad. Contestad. ¿Doc? […] alguien? […]*

Cuando encontrara a Luke tendría comida en la motonieve. El agua gris oscuro lamía el borde del hielo. El temporal arreció, Thomas apenas se sostenía en pie. Tenía una sensación de vértigo. Se tambaleaba. Estaba casi mareado.

Algo iba mal.

2 /

—Doc, Thomas, contestad. Contesta, Doc. ¿Hola, hay alguien? Cambio.

Luke Adebayo, en el exiguo refugio de la motonieve, seguía esperando una respuesta. Era pronto para preocuparse, pero ya tenía que haber oído algo. Se estaba helando. Miró la carga de la batería, el nivel del volumen, devolvió el aparato al bolsillo interior del anorak y repasó las opciones que tenía.

Podía quedarse donde estaba. El curso de formación no había sido claro en este aspecto. Les habían dicho que, con mal tiempo, se quedaran donde estuvieran para no correr el riesgo de perderse. Pero también les habían dicho que buscaran refugio, el que fuera, y que establecieran contacto. Si no podía establecer contacto ni buscar refugio, lo de quedarse donde estaba tampoco parecía la mejor solución.

Gritó al viento y no hubo respuesta.

Qué situación tan brutal. Podía intentar localizar a Thomas y después ir juntos en busca de Doc. Cuando estalló la tormenta Thomas se encontraba cerca del agua, si se había alejado mucho estaría en peligro. La prioridad era Thomas. Doc tenía experiencia y sabía lo que había que hacer. Pero ninguno de los dos le contestaba. Apenas se veía la mano delante de la cara. Era muy arriesgado. No quería ponerse a andar en círculos, sin rumbo.

Si los dos se habían perdido tendría que pedir ayuda, y para eso tenía que volver al refugio y solicitarla por radio. Habían tardado menos de veinte minutos en llegar allí en la motonieve, el camino de vuelta no podía ser mucho más largo. Si no se desorientaba en estas condiciones. El refugio estaba justo en el centro de la llanura, al pie de la cresta Garrard. Además era rojo brillante. Se distinguiría enseguida. Aunque con este tiempo nada se distinguía enseguida.

No se habían perdido. No podían haberse perdido. Solo se habían quedado sin cobertura temporalmente. Lo mejor sería no moverse de allí hasta que dieran señales.

En cualquier caso, no tenían que haberse separado. Doc siempre decía que conocía el terreno como la palma de su mano, pero aun así estaban en medio de ninguna parte. Salir sin más, solo

por un buen encuadre, no había sido una buena idea. A Luke le pareció mala desde el momento en que Doc la propuso. Thomas solo había puesto cara de: «No vale la pena llevarle la contraria, mejor lo hacemos y que se calle. Luego volvemos al refugio y nos pasamos otra noche tomando chocolate caliente, haciendo payasadas y aguantando las batallitas de Doc».

Cuando volviera a casa le preguntarían muchas cosas de la Antártida, y había una que no podría contarles: que casi todo el tiempo era un aburrimiento. Mucha belleza, sí. Muy imponente y majestuoso, muy aleccionador eso de sentirte tan pequeño, o como se quisiera decir, pero, una vez visto, estar allí un día tras otro se hacía pesado.

Salió de detrás de la motonieve, sin despegarse, y volvió a llamar a Thomas. Apenas se oía a sí mismo; cómo iba a oír si le respondía. Volvió a guarecerse. Se preguntó si sería pronto para las raciones de emergencia. Limpió la nieve de las gafas e intentó hablar por radio otra vez. Pensó que con el fragor de la tormenta a lo mejor no la oían.

Sin duda por la noche hablarían de todo esto. Sospechaba que no todo llegaría a oídos de la base principal. Doc había dicho muchas veces que no siempre cumplía las reglas al pie de la letra. En realidad Luke no sabía qué pensar de él. Llevaban tres semanas en la estación K. y seguía sin saber de qué iba. En el curso de formación nadie se lo había tomado muy en serio. Se burlaban de él a sus espaldas. Era fácil tomarle el pelo y casi nunca se percataba. Era estricto con el cuaderno de bitácora y el horario de las transmisiones de radio, y con lo que llamaba «orden y puntualidad», pero tenía manga ancha para lo demás. Por ejemplo, la bebida. Empezaba a beber pronto. Pero llevaba treinta y tantos años trabajando en la base de asistente técnico y evidentemente sabía lo que hacía. Sabía cómo sacarlos de situaciones difíciles.

El viento no daba señales de amainar. Era un fragor constante. Intentó hablar por radio otra vez.

—Thomas, Thomas, ¿me recibes? Doc, ¿me recibes? Cambio.

Esperó con al aparato pegado a la oreja. Se oía un ruido estático. Procuró no pensar en la distancia que los separaba de

la base principal y de cualquier otra actividad humana. Probablemente la base rusa era la más cercana, a un día en motonieve como mínimo.

—Thomas, Thomas, ¿me recibes? Doc, ¿me recibes? Cambio.

Otro silbido estático, un débil crujido de transmisión entrante. Después, nada.

—Thomas, Thomas, ¿me recibes? Doc, ¿me recibes? Aquí Luke, aquí Luke. Cambio.

—*… Thomas, aquí Thomas. Cambio*.

—Menos mal, Thomas, me cago en todo. Empezaba a preocuparme por ti, ¿dónde cojones estabas? No te veo. No veo nada.

—*Sí, Luke… problemilla, cambio*.

—No he oído lo de antes de «problemilla». Repite, cambio.

—*… encontraba la radio. Solucionado, cambio*.

—Sí, bien, bien. ¿Sabes algo de Doc? Cambio.

—*Negativo, cambio*.

—A lo mejor tendríamos que ir a buscarlo al Priestley, ¿qué opinas? Cambio.

—*… se corta, repite, por favor, cambio*.

—¿Me oyes ahora? ¿Vamos a buscar a Doc? ¿Dónde estás?

—*… entiendo… otra vez… corto*.

El viento amainó un momento y después lo abofeteó de nuevo. La visibilidad seguía siendo casi nula. Seguro que Thomas estaba cerca. Estaba ahí mismo cuando empezó la tormenta. A un paso. Tenían que recuperar el contacto. Esperar a que el tiempo se calmara. Se preguntó qué le pasaría a la radio de Doc. O a Doc. Thomas, claro, se estaría preguntando lo mismo.

—*Doc… Doc… Contesta… Doc? Cambio*.

Lo más probable es que fuera un problema técnico. Se resolvería enseguida. Conociendo a Doc siempre cabía la posibilidad de que los estuviera poniendo a prueba o gastándoles una broma pesada. Tal vez los oía a los dos.

—*Doc, Doc… Contesta… ¿Doc? Cambio*.

3 /

Robert Wright, alias *Doc*, había visto venir la tormenta, pero no le había dado tiempo a avisar a sus compañeros.

Tan pronto como terminaron las tareas de medición de GPS se tomaron la tarde libre para dedicarse a actividades más lúdicas. Salieron del refugio de la estación K. a las 13.00 horas y bajaron en las motonieves hasta la orilla con la intención de que Thomas pudiera hacer unas fotos. Se había propuesto que Doc subiera al Priestley, un promontorio cercano, para dotar la escena de escala humana. Esto significaba forzar al límite los procedimientos permitidos, pero no parecía descabellado. Las condiciones eran excelentes y no había que alejarse mucho. Mantendrían el contacto visual y por radio todo el tiempo. Desde la cima, Doc adoptaría las poses necesarias para las fotografías.

En realidad, el promontorio Priestley no era más que un discreto abultamiento de la topografía. Había tardado cinco minutos en subir desde el sitio en el que había dejado la motonieve; los riscos que se asomaban al estrecho no se alzaban ni treinta metros sobre el nivel del agua. Suficiente para que las fotos de Thomas resultaran más impactantes. Desde allí la vista del valle era excelente. A poca distancia, la estación K., con su refugio rojo al abrigo de la cresta Garrard, y al fondo, los picos K7 y K8. Por debajo del refugio, el terreno que descendía hasta la pista de aterrizaje, señalada con bidones de combustible de color naranja y con banderas negras; después, las aguas gris oscuro del estrecho de Lopez bordeadas de hielo fijo. En el estrecho, los témpanos habían chocado unos con otros, se habían ladeado y se habían agitado inesperadamente en el agua. Doc había mirado hacia el glaciar Everard y había visto la sombra de un grueso banco de nubes en movimiento, una tenue luz anaranjada: un frente de mal tiempo. Había salido de la nada y avanzaba muy rápido; la temperatura cayó en picado. Vio a Thomas mirar atrás y ponerse a recoger el trípode de la cámara, y cuando quiso comunicarse por radio no obtuvo respuesta. Vio a Luke junto a la motonieve, que se volvía a mirarlo a él. Apenas tuvo tiempo de dar dos pasos para refugiarse en la ladera antes de que el viento lo atacara y lo empujara otra vez

hacia el borde del precipicio.
Se tumbó boca abajo, resbaló rápidamente por la grava intentado encontrar un asidero, pero solo encontró aire. Estiró los brazos para echar el peso hacia delante. Cerró los ojos y se concentró. Sacó un pie hacia la izquierda y subió la rodilla hasta el pecho. El fragor del viento era tan brutal que no podía pensar. Por fin la bota encontró roca, pero al apoyarse en ella se desprendió y cayó rodando por el precipicio. Por un momento de vértigo su cuerpo la siguió.
Empezó a respirar más despacio. Se concentró. Avanzó centímetro a centímetro. El risco no era alto, pero no sobreviviría a una caída.
Notaba las manos débiles dentro de los guantes. La grava resbaladiza. El borde de la cresta se le clavaba en la cadera, las piernas colgaban en el aire. Se aplastó más contra la roca al tiempo que avanzaba otro poco. Llevaba la radio en el bolsillo interior del anorak, le rozaba las costillas. Notó que vibraba. Seguro que ahora sus dos compañeros estaban llamándolo. No podía responder. Confió en que no se asustaran. Buscarían un refugio, como en el curso de preparación.
No era la primera vez que se encontraba en una situación así. No era algo nuevo. No podías pasarte treinta y pico temporadas en el hielo sin llevarte algún rasguño. La clave estaba en tranquilizarse y ponerse a pensar. Tener siempre claro el siguiente paso. El paso que tendría que dar a continuación era, evidentemente, echar todo el peso hacia delante y apartarse del borde de una vez, antes de buscar refugio y ponerse en contacto con sus colegas. Respiró hondo varias veces e hizo un esfuerzo por pensar con la cabeza. Dobló los dedos para activar la circulación. «Uno no se cae hasta que se suelta», le había dicho un instructor en una ocasión, en un curso de grietas glaciares. La lógica no era del todo acertada, pero la idea estaba bien. No mires abajo; no te sueltes. Aguanta. La clave es aguantar, siempre.

4 /

Thomas tropezó con el trípode y se cayó de rodillas. La cámara seguía montada. Oyó crujir la radio y la encontró tirada en la nieve.

—Hola, hola, aquí Thomas, aquí Thomas, cambio.

Una larga pausa. Se pegó la radio al oído, oía el ruido estático a pesar de los aullidos del viento.

—Menos mal, Thomas, me cago en todo. Empezaba a preocuparme por ti, ¿dónde cojones estabas? No te veo. No veo nada.

—Sí, Luke… He tenido un problemilla pasajero de navegación, cambio.

—… problemilla. Repite, cambio.

—No encontraba la radio. Solucionado, cambio.

—Sí, bien, bien. ¿Sabes algo de Doc? Cambio.

—Negativo, cambio.

—A lo… tendríamos… Priestley…

—La transmisión se corta, repite, por favor, cambio.

—… oyes ahora?… buscar a Doc…

—Luke, no te entiendo. Lo intento otra vez dentro de un momento. Corto.

Notaba la falta de azúcar en la sangre. Estaba como blando y algodonoso. Limpió la nieve de la cámara e intentó ponerla en marcha, pero no pasó nada. Era un regalo de su novia. Sabía cuánto le había costado. Encontró una galleta energética en el bolsillo e intentó comérsela poco a poco para evitar los calambres del estómago. Pensó en el termo de café que había cargado Luke en la parte de atrás de la motonieve. Aquí tomaban café con mucho azúcar y cacao caliente. El viento amainó una décima de segundo y luego volvió a la carga con todas sus fuerzas. Seguro que pasaría enseguida. Notó el bajón de adrenalina. Estos pequeños incidentes siempre duraban poco. Ya no era como en los viejos tiempos, les decía Doc todo el rato, y Thomas se alegraba.

Cuando les contó a sus amigos que se iba a la Antártida la cosa había sonado muy espectacular, pero en realidad no era para tanto. Había escalado en los Alpes y en los Pirineos con mucho menos apoyo técnico. Aquí siempre estaban en contacto con la

base principal de Bluff Point, y la pista de aterrizaje significaba que tenían ayuda disponible a unas pocas horas de distancia como mucho. Doc les recordaba una y otra vez la necesidad de ser totalmente autosuficientes en la estación K., aunque Thomas no se lo había creído del todo.

El frío empezaba a calarle hasta los huesos. Tenía los pies y las manos entumecidos. Dio unos saltos rápidos en el sitio para que la sangre circulara otra vez por todo el cuerpo. Guardó la cámara dentro del anorak para calentarla. Sophie estaba muy orgullosa de habérsela regalado. No paraba de preguntarle si había elegido bien. Tenía las piernas y los brazos tiesos de la tensión. La radio crujió de nuevo y oyó a Luke, que seguía intentando localizar a Doc.

Le preguntó dónde estaba y Luke le dijo que seguía junto a la motonieve, que no se había movido y que dónde estaba él. La señal era más clara ahora, pero duró poco. Le preguntó a Luke qué le parecía que tenían que hacer.

Ya no se fiaba de su sentido de la orientación. Tenía un GPS de mano en el anorak y lo encendió sin saber si en realidad le serviría de algo. Salir del hielo y llegar al terraplén sería un buen comienzo. La tormenta terminaría pronto. O no. Las tormentas así podían durar horas. El GPS no conseguía calibrar las coordenadas. Thomas no pensaba con claridad. Empezó a radiar su posición aproximada a Luke, pero los números de la latitud y la longitud no paraban de moverse. Apagó el dispositivo y volvió a encenderlo. Estaba mareado otra vez.

Seguían sin saber nada de Doc. Sería irónico que se hubiera quedado sin batería en la radio. Siempre hablaba de lo importante que era ser disciplinados con el equipo: comprobación de la batería, mantenimiento del aparato, reducción de las comunicaciones al mínimo. Era un auténtico plasta con esta cuestión. Así lo había dicho él mismo. Me temo que soy un plasta con esto, chicos. En realidad era un plasta con todo: la rutina diaria, el orden y la limpieza del refugio, la supervisión de los suministros. Al parecer, su punto débil eran los teléfonos por satélite y se las había ingeniado para que se quedaran sin batería durante la noche. No era la primera vez que tenían que dejarlos en el refugio. Pero Doc insistía en que,

en cualquier caso, eran menos fiables que la radio.
Los números del GPS no paraban de cambiar. No tenía sentido. Luke cogió otra vez la radio y dijo que podían fijar el mismo rumbo y andar exactamente uno en dirección al otro. Thomas le contestó que no se alejara de la motonieve por nada del mundo.
Se terminó la galleta energética e intentó llamar a Doc una vez más.

—Doc, Doc, ¿me recibes? Aquí Thomas, aquí Thomas, ¿me recibes? ¿Nos confirmas un plan de acción, nos confirmas un plan de acción? Cambio.

El aparato le devolvió un ruido estático y después, silencio. El silencio era el viento, que cesó de pronto. Todavía le retumbaba en los oídos. Al amainar el viento mejoró la visibilidad. La luz incidió duramente en el agua, en todas direcciones. Vio a Luke a lo lejos. Entendió el problema al instante. El viento volvió a arreciar y todo se nubló.

5 /

—Doc, Doc, ¿me recibes? Aquí… Aquí Thomas, ¿me recibes? ¿Nos confirmas… acción? Cambio.

Luke oía a Thomas en la radio. Doc seguía sin responder. Si quería darles un susto, no tenía ninguna gracia. Lo más probable era que tuviera problemas técnicos. Estaría esperando a que mejorara el tiempo y regresaran todos al refugio por sus propios medios. Se lo imaginó plantado en el umbral del porche, recibiéndolos con cara de: «¿Qué horas son estas, chicos?».

Era la cara que había puesto cuando se conocieron en el curso de formación. Una tarde salió con Thomas a tomar algo al pueblo de al lado, que estaba a unos tres kilómetros. Cuando volvieron ya era de noche y el camino de vuelta les llevó más de lo esperado. Al llegar al edificio en el que se celebraba el curso se encontraron la puerta principal cerrada y, mientras pensaban qué hacer, Doc Wright bajó y les abrió. Se presentaron y le dijeron que se habían equivocado en un cruce. Él les preguntó en qué departamento estaban. Respondieron que en el de Sistemas de Información Geográfica. Doc asintió. «Empezáis con buen pie, chicos».

El curso de formación se celebraba en unas instalaciones de esquí al norte de Aviemore. Eran casi cien personas allí metidas. Por la mañana, largas clases y presentaciones de Power Point en el comedor; por la tarde, conducir trineos, probar equipos y primeros auxilios. Al principio Luke no conocía a nadie. Era como volver al primer día en la universidad. Se preguntaban unos a otros cuál era su especialidad, de dónde venían y si habían estado alguna vez en la Antártida. Enseguida se estableció una jerarquía. Los que habían estado en el Polo Sur salpicaban la conversación con acrónimos como quien no quiere la cosa, alardeaban de aburrirse en las clases y decían cosas como: «Cuando no notas el frío es cuando tienes que empezar a preocuparte». Los primerizos formaban un grupo y fingían que ya estaban al tanto de muchas cosas. Conoció a Thomas el segundo día, cuando se distribuyeron por parejas para aprender a aplicar torniquetes y escayolas. A Luke no se le había ocurrido que poner una escayola entrara en la categoría de primeros auxilios, pero la instructora señaló que, en el trabajo de campo,

no tendrían cerca a un profesional sanitario durante semanas y que tal vez les tocara hacer una apendectomía siguiendo por radio las instrucciones de un médico. Luke miró a Thomas como diciendo: «Colega, tú a mí no me tocas el puñetero apéndice ni en broma», y luego les costó un esfuerzo tomarse en serio el resto de la sesión.

Después de los primeros auxilios les enseñaron un registro de fallecidos. Había varias diapositivas. La lista era larga. Fallos de navegación, hipotermia, accidentes de escalada, caídas en grietas, ahogamientos, incidentes con el alcohol como factor relevante, envenenamiento por monóxido de carbono, ataques de focas, paros cardiacos, incendios. Luke no les contó a sus padres nada de todo esto. A Thomas le preocupó la categoría de Desaparecidos (Presuntamente muertos). Cuánto tiempo tardarían en pasar de ser presuntos muertos a muertos confirmados.

A Luke la lista le recordó al Coyote de los dibujos animados del Correcaminos, que siempre terminaba aplastado, arrojado al vacío o reventado con dinamita y luego volvía por más. Lo que de verdad lo descolocó por completo fueron los «ataques de focas». Porque ¿cómo no iba a correr uno más que una foca?

No volvió a ver a Thomas hasta que se encontraron en el aeropuerto con destino a la Antártida. Toda la gente del Instituto iba en el mismo vuelo; en el vestíbulo de salidas se veían muchas mochilas amarillo chillón y muchos forros polares de color burdeos con el mismo logo. Había mucho más vello facial que en Aviemore y una barahúnda de voces. Cuando Thomas se acercó a saludarlo, Luke le preguntó cómo lo había distinguido entre tanta gente. «Por las gafas», le respondió con cara de póquer.

Tardaron casi una semana en llegar a la base de Bluff Point y casi todo el trayecto lo cubrieron en un barco que se abría camino machacando hielo sólido, aunque todos fingían que aquello no era una hazaña tan portentosa. En cuanto desembarcaron tuvieron otros dos días de clases, y esta vez no se perdieron una palabra. Los metieron en la grieta de un glaciar y les enseñaron a salir de ella; bajaron a un accidentado en camilla por el borde de un risco; los tiraron al agua y los

sacaron de nuevo. Les dejaron muy clara la importancia de prestar mucha atención a los pronósticos del tiempo y a los horarios de las transmisiones de radio, y los que ya habían estado allí alguna vez decían cosas como: «Si el dedo gordo se vuelve negro, mejor amputar antes de que se extienda». Después tuvieron otra semana de prácticas, más los preparativos de todo el equipo para el vuelo a la estación K., y luego partieron rumbo a su destino.

No había forma de saber cuánto iba a durar la tormenta. Necesitaban un plan. Thomas tenía que volver, salir del hielo. Después podían ir a buscar a Doc o regresar al refugio y pedir ayuda a la base de Bluff Point por la radio de onda corta.

Oía unos extraños pitidos en los oídos y tardó un momento en darse cuenta de que el viento había parado. El sol alumbró de repente entre la ventisca y Luke se incorporó y se asomó por detrás de la motonieve.

Thomas se encontraba a unos cincuenta o sesenta metros. Era difícil calcularlo. Estaba de pie en el hielo, mirando a Luke. Había entre ellos una extensión de agua gris claro. No entendía lo que veía. Se había producido algún movimiento. Había pasado algo. El hielo se debía haber quebrado durante la tormenta. Algo iba mal.

Se miraron. Volvió a arreciar el viento y Thomas desapareció de la vista.

De la radio emergió otra vez la voz de Thomas, gritando para imponerse a la fuerza renovada del viento.

—*Luke, ¿lo has visto? ¿Lo has visto? Estoy en una placa de hielo, estoy flotando a la deriva, ¡joder*!

—¡Repite! ¿A la deriva? Cambio.

—*Repito. Estoy en una placa de hielo, flotando a la deriva en el estrecho de Lopez. ¡Joder! ¿Me recibes? Cambio*.

—Thomas, ¿qué? ¿Qué? ¿Confirmas? No puedes estar a la deriva. Será solo una grieta. Rodéala. Busca la forma de acercarte, Thomas. ¿Me entiendes?

—*Luke, el GPS no para de moverse. Voy a la deriva. En serio*.

Luke se puso el casco y encendió el motor. Tenía que volver al refugio y ponerse en contacto con la base. Tenía que localizar a Doc y asegurarse de que estaba bien. Tenía que encontrar el

camino en medio de la tormenta.

6 /

Doc Wright intentó respirar más despacio. Se concentró en mantener todo el peso sobre los brazos. Oyó el débil crujido de la radio y notó la vibración contra las costillas. Un siseo agudo de ruido estático, como un aplauso, apenas audible por culpa del viento.

—*… la bahía. Rumbo nornordeste, repito, rumbo nornordeste*.

Doc fue capaz de enfurecerse incluso en una posición tan precaria y peligrosa. No entendía por qué Thomas había decidido ir en dirección nornordeste, alejándose de la localización anterior. No se podía imaginar dónde estaría para poder avanzar siquiera en esa dirección. Si se había movido algo de su posición, tenía que haber intentado acercarse a Luke. En cuanto volvieran al refugio repasaría todas esas cuestiones con los dos.

Tanteó otra vez el terreno con el pie y por fin encontró un asidero que parecía seguro. Se empujó apoyándose suavemente en él y se arrastró hacia delante por la grava. Le quedaban pocas fuerzas en los brazos. Cuando se alejó lo suficiente del borde se tumbó boca arriba y sacó la radio. Ponerse a salvo. Establecer contacto.

—¿Thomas? ¿Luke? ¿Me recibís? Aquí Doc. Hola, hola, ¿Thomas? ¿Luke? ¿Hola? ¿Me recibís? Cambio.

Esperó. Solo se oía ruido. El viento soplaba con fuerza y no daba señales de amainar. Intentó comunicarse otra vez. Era importante persistir. Se dio cuenta de que le temblaban los brazos y las piernas y de que el pecho le vibraba. Conocía los efectos de la adrenalina en el organismo. Por ejemplo, temblores. Aceleración del pulso. Respiración agitada. Había cierta relación entre la adrenalina y los síntomas de hipotermia.

Se arrastró un poco más allá, bien pegado a la grava suelta y al hielo, hasta que pudo bajar la pendiente. Se guareció en una cavidad poco profunda de la roca, de espaldas al viento. El volumen bajó ligeramente. Esperó. Intentó hablar por radio otra vez. Era evidente que necesitaba un plan. Estaba temblando. Dios. Por los pelos.

No era una caída muy pronunciada, pero habría tenido muy pocas probabilidades. El impacto contra el agua helada lo habría

rematado, si no otra cosa antes. Apenas le habría dado tiempo a saber lo que pasaba.

No hacía falta darle más vueltas. Lo importante era concentrarse en lo que tenía entre manos. Se frotó los brazos para que la adrenalina corriera otra vez, a ver si recuperaba un poco de sensibilidad. Notaba una curiosa rigidez en el cuello. Se daba cuenta de que perdía temperatura. A las 15.00 horas llegó otra serie de transmisiones por radio.

—*Doc, ¿me recibes?, ¿hola? Necesito ayuda, repito, necesito ayuda. Inmediata… Doc… Cambio*.

Intentó responder, pero no podía apretar el botón de transmisión del aparato. Ese era el problema; a eso lo llamaría él una escalada de la situación. Tomó la decisión de volver a la motonieve y regresar a la base. En esas circunstancias era un riesgo calculado, pero sabía por experiencia que los riesgos calculados formaban parte de las operaciones sobre el terreno en la Antártida. Un buen asistente técnico tenía que saber cuándo arriesgarse. Se puso de pie protegiéndose del viento y se preparó para el descenso. Otro crujido de la radio. Un tamborileo de ruido estático y fragmentos de la voz de Thomas.

—*… localización. Repito… confirmación visual…*

—*… qué, joder… roto… cambio*.

—*Repite la transmisión. Cambio*.

Esperó y aguzó el oído, pero no oyó nada más. Salió del abrigo de la roca. El Priestley era un promontorio estrecho, solo tendría que dejarse llevar por la gravedad para llegar a la motonieve. Después hablaría con esos dos de la disciplina de la radio.

Apoyó firmemente los pies, se agachó y se inclinó contra el viento. Tanteando el terreno, empezó a descender paso a paso, con mucho cuidado. La rigidez desaparecía a medida que se movía. El rugido del viento aminoraba. Con el movimiento notó que la sangre volvía a correr por los dedos. Intentó hablar por radio otra vez.

—Thomas, Luke, ¿me recibís? Aquí Doc. Vuelvo a la base, vuelvo a la base, cambio.

Esperó, aguzó el oído, pero nada.

Después de unos minutos de descenso encontró el vehículo. La nieve se había acumulado en el lado de barlovento y cogió la

pala para desenterrarlo.

Le llegó otra vez la voz de Thomas por la radio. El chico iba a tener que pensar en ahorrar batería.

—*Bien, aquí Thomas. Voy a intentar retroceder, cambio*.

Doc se puso al habla y empezó a pedirle a Thomas que confirmara su localización. Algo afilado le golpeó en la nuca y se desplomó en el suelo.

—Espera, paso coordenadas actualizadas, cambio.

En ese punto el estrecho tenía unos tres kilómetros de anchura, pero más allá del Priestley se reducía y describía una curva hacia el este antes de ensancharse y llegar a mar abierto. Si el viento no amainaba lo arrastraría hacia la costa después de rebasar el Priestley. Si la placa seguía moviéndose. Si la placa seguía intacta. Pensó en el curso de formación. Se acordó de la expresión «saltar de placa en placa». Si encontraba la forma de cruzar. Ahora sabía que el viento soplaba del sur, del glaciar, así que tenía que desplazarse hacia el oeste, a la izquierda, hacia la tierra. Se movió con inseguridad. Se puso de rodillas y se arrastró en esa dirección. Vio que el agua lamía el borde del hielo. Algunos trocitos se desprendían. Retrocedió a rastras.

Luke decía algo de Doc por la radio. La señal era débil y entrecortada.

—Luke, repite. Necesito ayuda aquí, ¿Luke?

—*… Doc. En el Priestley. Tranquilo, colega. Quédate donde…*

—Luke, ¿estás con Doc? ¿Cuál es el plan?

—*… remos ayuda. Repito, pediremos ayuda. Tranquilo, cambio*.

El viento no cesaba, pero el ruido del agua contra los bordes quebrados del hielo creció en intensidad de repente. Se acordó de una cosa que les habían explicado en el curso sobre buscar por cuadrados. Había que moverse a favor del viento, cruzarse y vuelta a empezar. Si había otra placa al lado y podía cruzar, seguiría moviéndose de esa forma hasta tocar tierra. Avanzó otro poco hacia delante y después hacia la derecha. Unos pocos movimientos cada vez. Con la cabeza agachada, protegida del viento. El frío lo iba atenazando. Encontró una grieta en el hielo. No era una grieta. Las dos partes de la grieta resbalaban una contra otra. Era otra placa. Podía cruzar. Al acercarse a la grieta las placas empezaron a separarse.

No había que asustarse. La dirección de la corriente lo llevaría a tierra en cuanto rebasara el Priestley. Allí lo recogerían. El Twin Otter podía llegar desde la base de Bluff Point en cuestión de horas. Traerían el equipo necesario. Doc Wright les pasaría la información y trazarían un plan. No era como en los viejos

tiempos, cuando cada cual tenía que arreglárselas solo.
El agua se movió. Una sombra o la crecida de una ola.
Empezaba a tener frío. Se alejó del agua y siguió moviéndose en el sitio. No oía ni sus pensamientos. Era importante activar la circulación de la sangre, pero también no derrochar energía. Incoherencias de la formación. Rebuscó en los bolsillos y encontró otra galleta energética que se había guardado hacía unos días. Necesitó toda la concentración para arrancar con los dientes un trozo del envoltorio.
Cuando le contara todo esto a Sophie seguro que se asombraría de lo mucho que comían. Le llamaría mucho la atención la gran cantidad de azúcar y chocolate que añadían a todo allí, en el sur. Lo mucho que comían en general. Ella no se ponía azúcar en el té, ni leche siquiera. Sacaba la bolsita del agua casi nada más meterla. Se hacía unas infusiones muy diluidas. No era por no engordar, sino solo porque prefería comer cosas limpias y sencillas. Incluso en alguna ocasión la había visto beber agua hervida, sin más. La primera vez que la llevó a casa, su madre no hablaba de otra cosa. «Solo agua caliente, por favor.» La cara que puso su madre. Qué presentación. Después su madre le preguntó si era bailarina de ballet o qué. ¿Agua caliente?

—*Doc, contesta, ¿Doc? ¿Dónde hostias estás? ¿Doc*?

—…

—*Thomas, no creo que… Doc no está aquí… La motonieve. Su motonieve no está. El casco sí, pero… Tengo que… el refugio… Tranquilo, tranquilo, cambio*.

—¿Luke? ¿Me recibes, me recibes? ¿Luke? ¿Dónde estás ahora? ¿Has llamado a la base? Cambio.

Cuando se llevó el aparato al oído otra vez solo se oía ruido estático. La luz de alarma de la batería empezó a parpadear. Cambió a modo ahorro de energía. Solo necesitaba tener paciencia. Tenía que mantener la calma.
A pesar de lo del agua caliente, Sophie les había caído bien a sus padres. «Han dicho que eres muy simpática», le contó en la cama. Ella le dio un puñetazo en el hombro porque no se creía que hubieran dicho una cosa tan tonta. «De verdad —insistió—. Muy pocas veces dicen lo que opinan de las cosas. Les has caído bien.» Lo distrajo la forma en que encajaban sus cuerpos. Lo

fuerte que estaba. El movimiento tenso de los músculos por debajo de la piel al cambiar de posición a su lado. La había visto en el rocódromo colgada de una presa con una mano. La concentración de la mirada. No pensaba en ese movimiento, sino en el siguiente y en el de más allá. El vaivén de los omóplatos por debajo de la camiseta mientras cambiaba el peso de lado poco a poco. Era como una danza. Le gustaba mirarla, pero no iba al rocódromo a menudo. Los hombres que había por allí le hacían dudar. Daban unos apretones de manos como si aplastaran una lata. Todos la llamaban por su nombre. Lo suyo no era la escalada. En la cama, a su lado, notaba su propio cuerpo blando y flojo en comparación.

Tendría que estar pensando en el siguiente movimiento y en el siguiente. Si una vez sobrepasado el Priestley llegaba a tierra y no había nadie esperándolo. Si el viento se lo llevaba en otra dirección. Si la radio fallaba.

Notaba el frío, pero no se acordaba de si eso era bueno o malo. El viento seguía barriéndolo todo, pero la visibilidad empezaba a mejorar. Aquí, en el agua, la ventisca no era tan intensa. Veía otras placas. Había mucho movimiento. Veía el agua oscura, revuelta. Cerca de él, algo salió a la superficie. Una cabeza negra y un lomo largo y liso. Se retorció en la superficie y desapareció.

Para entonces seguro que Doc ya habría hablado con la base. Aunque no tuviera los teléfonos por satélite. Habría vuelto al refugio y habría utilizado la radio de onda corta. Estaba claro que el teléfono por satélite no le gustaba nada. Como si le engañaran en algo. Pero la radio le habría bastado para comunicarse.

El agua se agitó y arreció el viento. Se agachó un poco más de espaldas al vendaval y se caló más la capucha. En cierto modo le era favorable. El viento lo acercaría más rápido a tierra. Siempre y cuando la placa no se rompiera. Siempre y cuando el viento no cambiara de dirección.

Tenía frío y no se acordaba del plan.

Necesitaba un plan. Necesitaba saber cuál era el siguiente paso.

La foca leopardo se distingue muy bien, había dicho el monitor. Larga y estrecha. Cabeza de toro. Esta había salido a la

superficie dos veces nada más, pero estaba seguro de que seguía ahí. Decir que nadaba en círculos sería demasiado. Solo estaba ahí.

Se acordó de cómo había cambiado el color del cielo justo antes de que estallara la tormenta. Antes brillaba el sol. Lo rápido que podían cambiar las cosas. Por detrás de la cima del glaciar, el límpido cielo azul se había puesto como el barro, marrón anaranjado. Más oscuro. Casi negro. La luz se extinguió. El temporal hacía acopio de fuerzas al otro lado de la cresta.

La foca leopardo seguía ahí. Salía a la superficie; se alejaba.

Se acuclilló, se encogió todo lo que pudo y se le pasó el frío.

Se preguntó hasta dónde sería capaz de nadar si tuviera que hacerlo.

Podía ir a nado hasta la orilla y llamar a la base por radio. Pero ¿cómo iba a llegar al refugio, dónde estaba la motonieve y qué pasaría si la radio se mojaba? Pero las circunstancias no eran esas.

En estas aguas no se podía nadar. No perdió la calma. Se sentó, muy acurrucado.

La radio dio señales de vida y Doc Wright le dijo que esperara.

—*Espera, unas abreviaciones instruidas* —dijo Doc— . *Actuación situal.*

8 /

El avión que los llevó a la estación K. hacía tanto ruido que Luke se mareó. Se pasó casi todo el viaje mirando por la ventanilla, procurando retener el desayuno. El rugido de los motores y el traqueteo del fino fuselaje se le metían muy dentro. Le vibraban partes del cuerpo que no deberían vibrar para nada.

Doc Wright intentaba explicarles cosas sin parar, pero sus palabras se perdían. Iba al lado de la piloto y cada dos por tres se quitaba el cinturón de seguridad para volverse y chillar en dirección a Luke y Thomas. Luke asentía como podía y volvía a mirar por la ventanilla de su lado.

Había estudiado los mapas de toda esa costa, sobre todo los de la zona de la estación K., donde iban a trabajar, pero los mapas y las fotografías aéreas no lo habían preparado lo suficiente. Las distancias eran inmensas y sin puntos de referencia.

Bueno, no exactamente «sin puntos de referencia», porque había montañas y crestas, pendientes pedregosas, glaciares que descendían hasta calas y estrechos. Pero no había árboles, ríos ni edificios, era difícil hacerse una idea de lo que veía. No había ninguna diferencia clara entre un kilómetro y cien.

Thomas trajinaba con la cámara, cambiaba las lentes, buscaba una perspectiva que tuviera sentido en la pantalla. La piloto hablaba por radio de vez en cuando, miraba los cuadrantes, apretaba botones, hacía ajustes en una pantalla táctil, señalaba cosas a Doc.

Los suministros ocupaban prácticamente toda la parte de atrás del avión, donde iban ellos. Los asientos, empotrados en la cabina abierta, casi parecían improvisados. El suelo, de acero acanalado, estaba lleno de tornillos y ganchos. El fuselaje estaba compuesto por piezas unidas entre sí y, desde su sitio, podía tocar los tornillos que unían dos partes. Los tornillos eran muy pequeños.

Doc se volvió otra vez y le gritó algo a Thomas. Thomas se volvió hacia Luke y le repitió lo mismo a voces.

—DICE QUE ESTÁ AHÍ ABAJO.
—¿QUÉ?
—AHÍ ABAJO. DICE QUE ESTÁ AHÍ.
—¿QUÉ ES LO QUE ESTÁ AHÍ?
—LA ESTACIÓN K.

—¿DÓNDE?
—AHÍ. CERCA DE LA BAHÍA. EL EDIFICIO ROJO. ¿LO VES?

Doc los observaba con expectación. Luke lo miró e hizo un gesto negativo con la cabeza. Le pareció ver un manchón de óxido entre la nieve, pero desapareció en cuanto parpadeó. El rugido de los motores cambió de tono. Luke empezó a distinguir por la ventanilla el perfil de las elevaciones que habían estudiado, y el borrón de color óxido se resolvió en un pequeño edificio rojo con tejado negro. Una línea tenue que descendía hacia el agua se convirtió enseguida en dos líneas de puntos y, de repente, a medida que las montañas de ambos lados ganaban altura, vio claramente las formas de las instalaciones de la estación, los almacenes, el depósito de combustible, la larga y quieta franja del estrecho de Lopez y las banderas que señalaban la pista de aterrizaje; la piloto murmuraba para sí mientras comprobaba cosas, miraba los cuadrantes y las luces y hacía pequeños ajustes constantemente; el ruido de los motores aumentó, apremiante, y Luke se pegó al asiento cuando los flaps se extendieron y el rugido de los motores cambió otra vez; el perfil de la cresta Garrard se dibujó claramente a la derecha, con los picos K7 y K8 al fondo; la tierra adquirió una cualidad muy tridimensional y sólida; a la izquierda, varios icebergs reflejaban la luz en el agua. El manto blanco corrió a su encuentro y los esquíes se desplegaron, se sacudieron y temblaron sobre la apretada nieve. Un chorro blanco pasó volando por las ventanillas. La piloto le dijo algo a Doc, los mandos vibraban entre sus manos mientras llevaba el avión casi a punto muerto.

Doc se volvió hacia ellos sonriendo con una mezcla de lo que parecía orgullo y emoción. Thomas pegó la cámara a la ventanilla e hizo más fotos. Fuera, mientras el avión daba la vuelta y se deslizaba, vieron tres siluetas con jersey rojo que los esperaban a la altura de la mitad de la pista. Era impactante ver a alguien ahí fuera. Estaban apoyados en unas pilas de cajas, barriles de combustible y contenedores de basura. Parecían trabajadores tomándose un descanso para fumar detrás de un almacén, parcos en movimientos y hablando por la comisura de la boca. Miraban el avión sin hacer ningún gesto, como si estuvieran de vuelta de todo.

Doc le dijo algo a voces otra vez, pero Luke seguía sin oír nada. Asintió y sonrió. El avión se detuvo con un leve tirón y Thomas se golpeó la cara contra la ventanilla.

Soltaron el seguro de las puertas y las abrieron. La luz inundó el espacio y Luke se cambió las gafas por unas de sol. Bajaron y dieron un breve salto desde los peldaños hasta el hielo. Luke quiso hacer una gracia sobre «un pequeño paso para la humanidad…», pero no supo cómo decirlo. La piloto dejó los motores encendidos. No hacía tanto frío como esperaba Luke. El aire era húmedo. Los tres hombres aguardaban y Doc se acercó a saludarlos con un apretón de manos. Por un momento pareció que fuera a hacer el saludo militar. Luke se volvió hacia Thomas e hizo un gesto como si se diera un golpe contra un cristal. Thomas respondió haciendo un gesto de «vete a tomar por el culo».

Descargaron los suministros de la bodega rápidamente, pasándose las cajas a toda prisa de mano en mano. A Luke le gustaba cómo sonaba lo de «descargar los suministros de la bodega». Algunos venían en cajas trineo de madera que parecían de los años cincuenta, con etiquetas estampadas y fechas tachadas. «Teod. Brúj. In. Útil. Comida de hombre*.» Apilaron las cajas a un lado de la pista, junto a los bidones de combustible y unos contenedores de basura vacíos. El equipo al que tomaban el relevo no tenía gran cosa que decir. Luke se entretuvo un momento recolocando la pila de cajas y, cuando Thomas volvió, hizo como si se le fueran a caer.

—Thomas.

—Luke.

—¿Me echas una mano con estas cajas, In. Útil?

—Me muero de risa, compañero.

Ayudaron al equipo que se iba a cargar las cajas y los bidones vacíos de combustible, que volvían a Bluff Point. La piloto era muy estricta con lo que metían en el avión y con la forma en que lo aseguraban. Luke ya estaba entrando en calor y tuvo que desabrocharse el anorak. Cuando terminaron se repartieron apretones de manos otra vez y los tres que se iban subieron a bordo. Se cerraron las puertas; el ruido de los motores cambió mientras el avión se deslizaba hacia el final de

la pista. Se quedaron mirando. Thomas sacó más fotos y Doc le dijo que jamás conseguiría captar la verdadera realidad de las cosas. Thomas replicó que lo intentaría de todos modos. Empezaron a notar el frío otra vez. Cuando Luke pateó el suelo para entrar en calor oyó el crujido de la nieve debajo de las botas. Le pitaban los oídos por la ausencia de ruido. El avión avanzó hacia ellos desde la otra punta de la pista, cada vez a mayor velocidad, con los imponentes riscos de ese lado de la costa al fondo. Luke miró el estrecho por primera vez, el agua quieta y gris y la costa a lo lejos, casi invisible entre la ligera bruma. El avión pasó a su lado y la piloto saludó con la mano por la ventanilla. Le devolvieron el saludo y vieron elevarse el morro en el aire. La parte trasera del avión parecía congelada contra el suelo, pero enseguida se elevó detrás del morro, coleó bruscamente a la derecha, después a la izquierda —«Levanta el culo, cabrón, levanta el culo», dijo Doc— y volvió a caer en la nieve. El ruido se oía a lo lejos, pero el tono se volvió más grave a medida que el avión perdía velocidad y rodaba hacia el otro extremo de la pista.

Luke no sabía muy bien qué acababa de pasar. No veía humo ni llamas. Era difícil saber qué pensaba Doc, entre la barba y las gafas de sol.

A lo lejos vieron que el avión daba media vuelta y se paraba. Luke intentó cruzar una mirada con Thomas. Había bancos de nieve amontonados a lo largo del borde de la pista.

El avión se dirigió otra vez hacia ellos, acelerando y levantando fino polvo blanco a los lados. Hacía un ruido débil en medio del espacio que los rodeaba. Los esquíes delanteros se levantaron y de nuevo la cola hizo una pausa rara antes de elevarse. Las alas dieron un brusco bandazo a izquierda y derecha —«¡Ah, mierda, mierda!», exclamó Doc en un tono más agudo—, pero el aparato por fin levantó el vuelo al pasar a su lado y continuó suavemente en dirección al glaciar de la otra punta del estrecho.

Se impuso el silencio.

—Bien —dijo Doc alegremente, como si el despegue hubiera sido completamente normal—. Vamos a llevarnos todo esto al refugio.

Fue a buscar la motonieve y empezó a cargar cajas en los trineos que estaban enganchados al remolque del vehículo. Luke observaba el avión. Se veía pequeño y rojo contra la neblina que subía desde la cima del glaciar. Se ladeó a la izquierda describiendo una curva con esfuerzo, lentamente. Parecía hinchado y liviano como una cometa. Seguía ascendiendo cuando volvió a pasar por encima de ellos por última vez, sobrevolando el estrecho en dirección a mar abierto y enfilando después la costa hacia el norte. Hasta que lo perdió de vista en la deslumbrante blancura.

Detrás de él, Doc le explicaba a Thomas cómo distribuir el peso de los suministros entre los dos trineos. Levantó la voz para que Luke lo oyera y este lo interpretó como una llamada de atención: debería estar con ellos, ayudando. Sin duda el subtexto era su fuerte.

—Bien, pues aquí estamos —dijo Doc en cuanto Luke se unió a ellos—. Bienvenidos a la estación K. Es la primera vez que venís, tengo entendido. Yo he estado un par de veces. Esto es un infierno. Recordatorio rápido: He venido en calidad de ATG…

—¿ATG? ¿Administrador Territorial General?

—No, evidentemente. Asistente Técnico General, como sabéis.

—Asistente General Técnico.

—No. Asistente Técnico General. ATG. Pero da igual.

—De acuerdo, ATG. Entendido.

—Bien. Sea como sea, mi función es asegurarme de que todo vaya como la seda y que podáis hacer vuestro trabajo. No estoy al mando, evidentemente. Pero tengo cierta experiencia y os pido que lo tengáis en cuenta. ¿De acuerdo?

—Totalmente, Doc.

—La moral del equipo puede ser un problema en una estación tan remota como esta, así que nos vendrá bien darnos un repaso todos los días por la noche, aclarar cualquier malentendido y demás. ¿Os parece bien?

—¿Quieres darnos un repaso todas las noches?

—Bueno, no tiene por qué ser nada formal, evidentemente. Quiero decir que hablemos las cosas y aclaremos lo que haga

falta. No es que yo esté al mando, ya os digo.

—Pero ¿de verdad quieres que nos demos un repaso?

—Creo que lo estás liando más de la cuenta.

—Solo pretendo aclararme, Doc.

—Da igual. Vamos a guardar los suministros y luego echamos un cigarro.

Puso el motor en marcha y Luke le dijo a Thomas que nada de repasos por las noches. Se calaron el casco, montaron en la otra motonieve y siguieron a Doc. Recorrieron el terreno llano y subieron una cuesta lentamente en dirección al refugio rojo de la estación K. A su espalda, el reflejo del sol volvía metálica el agua. El trayecto fue menos espectacular de lo que Luke esperaba de la palabra «motonieve». El motor hacía mucho ruido y mucho esfuerzo, pero avanzaban despacio. Tardaron veinte minutos en llegar al refugio, y tres viajes más para transportar todo el material.

/

A Luke el refugio le recordó la palabra «fiordo». Tenía algo de escandinavo. Las paredes eran de color rojo óxido y el tejado, de hierro ondulado negro. Disponía de un porche en la parte de delante. No lo hubiera sorprendido ver salir de allí a un pescador con jersey de lana gruesa que, después de saludarlos con un gesto de la cabeza, se pusiera a trabajar en las redes. Cuando entraron, Doc bajó los hombros y Luke vio que se relajaba. Ya les había contado la historia del lugar, de los hombres que lo habían construido de la nada. Habían llegado en barco en medio de una ventisca y habían vivido en tiendas mientras levantaban el tejado; también les había explicado los trabajos de acondicionamiento que había hecho con sus compañeros la primera vez que habían estado allí. No parecía que hubiera cambiado mucho desde entonces. Al fondo había cuatro literas rodeadas de estanterías y armarios empotrados; en el centro, una mesa grande con bancos a los lados y la radio de onda corta; en la pared contigua a la puerta, la instalación de la cocina. Una estufa de aceite que el equipo anterior había dejado encendida. En la pared, mapas y cartas marinas, recortes de prensa y fotografías de los residentes anteriores. Unas estanterías con libros y una balda con juegos de mesa y

rompecabezas. Doc llevaba años sin ir, pero era evidente que todavía se encontraba como en casa allí. Algunos de los libros eran suyos. En la pared quedaban aún unos cuadros que había colgado hacía dos décadas. La litera superior junto a la ventana siempre había sido la suya y se subió a ella inmediatamente.

—Bienvenidos a la estación K., muchachos —dijo.

/

Los primeros dos días ni siquiera pudieron salir. El mal tiempo aporreaba las ventanas y pusieron la estufa al máximo. Hablaron del horario y bebieron litros de té. Thomas hizo muchas fotos del refugio y Doc le preguntó detalles de las lentes y del tamaño de los archivos. Establecieron el horario de acuerdo con el operador de radio de Bluff Point. Dirección del viento diez grados. Velocidad del viento veinticinco nudos. Tiempo actual ventisca fuerte.

El tercer día, cuando se despertaron, el silencio era total y el cielo estaba azul; después de desayunar fueron a limpiar la pista de aterrizaje. Tenían que empezar a trabajar en las referencias de GPS, pero, lógicamente, la prioridad era mantener la estación operativa. Doc tenía una forma peculiar de dejar caer estas cosas, como si en realidad no hiciera falta decirlas. Como si ya hubieran hablado de ellas y simplemente les estuviera dando la razón. Salieron y fueron al almacén, donde Doc les enseñó a enganchar las pisanieves a las motonieves. Bajaron desde el refugio traqueteando por la larga cuesta hacia las banderas negras de la pista, con las pisanieves haciendo ruido detrás. El cielo estaba limpio y de un azul intenso. Al fondo del estrecho los témpanos se elevaban majestuosamente en el agua y la luz se reflejaba de una forma extraña a su alrededor. A lo lejos, el silencio era casi visible. Detrás de la motonieve, el ruido era ensordecedor.

El objetivo de su misión en la estación K. era actualizar los mapas de esa parte de la península que se habían hecho a lo largo de casi cuarenta años. Luke y Thomas eran investigadores de posgrado en Servicios de Información Geográfica, especializados en el uso y mantenimiento de sistemas GPS. La línea de costa se había cartografiado en detalle hacía tiempo, pero la georreferenciación que llevarían a cabo desvelaría las

pequeñas anomalías que pudiera haber en los datos. Utilizaban la palabra «anomalía» deliberadamente. Doc ya les había dicho que no le gustaba la palabra «error». La gente lo hace lo mejor que puede. Estas condiciones son difíciles.

Según Luke, también estaban allí para limpiar toda la mierda que Doc y sus colegas habían acumulado en la estación K. en los últimos treinta años. Y también esto se expresaba con eufemismos. Lo llamaban «racionalización de los sistemas de almacenaje» y «restauración localizada». Eso significaba limpiar los barriles de combustible vacíos y analizar el terreno circundante en busca de rastros de contaminación. Eso significaba embalar las piezas de maquinaria estropeada y abandonada. Eso significaba desenterrar la antigua zona empleada como basurero y retirar y embalar las latas de comida, las botellas, los trapos y las revistas que yacían congeladas ahí.

Y estaban allí para mantener operativa la pista de aterrizaje, lo que significaba allanarla a fuerza de rascar. «Allanar» era una forma ambiciosa de decirlo; sobre la nieve compacta se formaban unas ondulaciones poco profundas, resultado de los remolinos de viento en el agua, y era imposible rascarlas todas. Su tarea consistía en romper las más grandes con las pisanieves, pasándolas una y otra vez por la pista helada como si fueran rastrillos, de ida y de vuelta, siempre perseguidos por un estruendo de hierro y hielo al quebrarse. El ruido y la vibración eran agotadores y el frío húmedo se les metía dentro. Luke y Thomas se turnaban para conducir la máquina y cuando a Luke le tocaba ir sentado atrás procuraba no pensar que se aburría.

A la hora del descanso se reunieron alrededor de la motonieve de Doc y abrieron una lata de comida. Thomas hizo una serie de fotos, mirando continuamente la pantalla de la cámara para ver qué tal salían. Tenían un termo de café mezclado con cacao caliente, galletas energéticas y fruta deshidratada. Se sentaron en los asientos del vehículo en silencio, rodeados de su propio aliento condensado. Se había levantado un ligero viento y la visibilidad empezaba a reducirse.

—Doc.

—Thomas.

—¿Alguien se ha preguntado alguna vez por qué se llama comida de «hombre»?

—¿A qué viene eso?

—Bueno, ¿no te parece polémico?

—Ah. Eso viene de antiguo. No significa nada.

—Pero significa «comida para hombres», ¿no?

—No, significa comida para personas. Hombre quiere decir ser humano.

—Pero no es lo mismo hombre que mujer.

—Ah, ya veo por dónde vas.

—Te ha entendido, Thomas.

—Creo que interpretas más de la cuenta.

—¿En serio?

—Resulta que desde hace unos años tenemos unas cuantas mujeres excelentes trabajando en el Instituto. Algunas incluso son ATG.

—¡Qué moderno todo!

—En algunos casos ni se nota la diferencia.

—¿Ni se nota la diferencia?

—No, nada. Son hombres honorarios a todos los efectos.

—Honorarios, vale. Entendido.

En el estrecho se levantó lo que Doc llamaba una «bruma inhóspita», que iba aposentándose en el valle, y la humedad empezó a calarlos. Recogieron la caja de comida y volvieron al trabajo.

/

Se reunían dos veces al día para establecer la preceptiva comunicación por radio con la base principal. El operador de Bluff Point se ponía en contacto con todas las estaciones y pedía un breve informe de las actividades del día, las lecturas del tiempo y lo relacionado con los suministros. Estación K., hora dieciocho cero cero, velocidad del viento quince nudos, contraste insuficiente, tiempo actual sin novedad, sin heridos ni dificultades reseñables. El tono era seco, pero, entre líneas, el mensaje en esencia decía: Hola, aquí estamos, seguimos vivos. Cuidaos. Que durmáis bien. ¿Recibido? Corto. En el curso de formación le habían dado mucha importancia al cumplimiento

de los horarios. El mínimo fallo en la comunicación diaria desencadenaría una intervención de emergencia. En este contexto, el silencio era una llamada de socorro. Todas las noches, mientras aguardaban su turno oyendo el informe de las demás estaciones, a Thomas le gustaba localizarlas en el mapa de la península; cada respuesta era la breve nube de humo de una llamarada lejana.

/

—Hice la mochila y metí… un hacha.

Luke se volvió desde el fregadero, en un extremo del refugio, y cruzó una mirada con Thomas.

—¿En serio, Doc?

—Vamos, Luke —contestó Doc desde la mecedora, al lado de la estufa. Te toca, nada de echarse atrás.

—¿Echarse atrás, ahora?

—Voy a decirte una cosa, Luke. Aquí no hay televisión ni radio…

—Sí, está todo muy tranquilo, ¿no?

—Tranquilo sí, desde luego —dijo Thomas desde detrás de su ordenador portátil.

—Sí, pero verás que tanta tranquilidad es excesiva al cabo de un tiempo. En todos estos años he descubierto que jugar un poco ayuda a pasar el tiempo y a reforzar la unión del equipo.

—De acuerdo. Pero antes quiero terminar de fregar los cacharros.

—Tampoco es que puedas ir a ningún otro sitio a pasar el rato.

—Cierto, Doc.

—Los seres humanos más próximos están a unos quinientos kilómetros de aquí. Y son rusos.

—Entendido.

—Y seguramente te morirías por el camino.

—Estupendo.

—Así que… hice la mochila y metí: un hacha. ¿Luke?

—Sí, cuando acabe con los cacharros. Thomas, juega por mí.

—Hice la mochila y metí: un hacha y una cuerda.

—Cuerda, bien. Hice la mochila y metí: un hacha, una

cuerda y un crampón.

/

Cuando el tiempo estaba despejado salían de expedición a hacer lecturas de GPS. Cargaban con más equipo del que necesitaban y llevaban comida y refugio por si se quedaban atrapados y tenían que pasar la noche al raso. Preparar y cargar el equipo les llevaba mucho tiempo. Pedían consejo a Doc cuando lo necesitaban; él tenía a gala esperar a que le preguntaran. Yo solo estoy aquí para ayudar, les decía. En general. En aspectos técnicos. Elegían puntos de referencia inequívocos para las lecturas: un repetidor de VHF instalado hacía treinta años y que aparecía en varias fotografías aéreas; el punto de unión de dos elevaciones al pie de la montaña K7; una laja estrecha de roca al final de la cresta Garrard. Iban con la motonieve lo más lejos posible y, cuando el terreno era demasiado empinado, cargaban el equipo y seguían a pie.

Cuando llegaban al punto de referencia trabajaban eficientemente, montaban los trípodes y los GPS, repasaban la secuencia de inicio y tomaban cada lectura por duplicado o triplicado. Cada lectura tardaba una hora en grabarse, porque el aparato rastreaba varios satélites en el cielo y calibraba la posición con una precisión de escasos centímetros. Doc preparaba cacao caliente y, entretanto, les contaba anécdotas de sus primeros años en la estación K.

Los atardeceres se dilataban en una quietud total. El sol no se ponía, solo se hundía un poco en el horizonte antes de volver a subir en el firmamento. El agua de la bahía estaba lisa y oscura y el silencio era inmenso. Había trabajo que hacer, pero también estos largos compases de espera. Comían mucho y fregaban las cazuelas y los platos, la mesa y el suelo. Leían los libros que había coleccionado Doc a lo largo de los años y que eran casi todos sobre la Antártida. Thomas editaba las fotos. Escribían notas de campo sobre la actividad del día y se comunicaban con Bluff Point a las horas establecidas; limpiaban el equipo otra vez y aun así todavía les quedaba mucho tiempo libre hasta la noche.

Las horas nocturnas no eran tales. El continente miraba todo el tiempo al sol y la nieve se ablandaba poco a poco. Las

montañas ascendían verticalmente alejándose del valle y la lengua de los glaciares descendía hacia el mar. La luz caía, azulada, en las grietas que recorrían las laderas bajas de las montañas y se iba apagando a medida que se hundía en ellas.

Una brisa ligera levantaba polvo de hielo y nieve ladera arriba.

Muy de vez en cuando pasaban señales de radio por el aire.

/

—Hice la mochila y metí un hacha, una cuerda, un crampón, una bolsa estanca, un huevo, un flash, un lingote de oro, un arnés, un pico de hielo.

—¿Cuánto tiempo llevas en esto, Doc?

—¿En qué? ¿Jugando a esto?

—Sí, claro, jugando a esto. No, hombre. ¿Cuánto hace que trabajas aquí?

—Thomas, te toca. He estado en la península treinta y tres temporadas, Luke.

—¿Treinta y tres? ¡Dios! ¿No estás harto?

—¿Harto? ¿Has visto lo que hay fuera? ¿Quién puede hartarse de verlo?

—Ya, es impresionante, lo sé.

—Evidentemente.

—Evidentemente. Pero tanto tiempo… O sea, ¿no le has cogido el tranquillo de sobra?

—¿El tranquillo?

—Quiero decir que si no llega un momento en que uno se cansa de ver icebergs y de escalar montañas.

—De lo que te das cuenta es de lo grande que es la Antártida.

—Sí. Pero no la recorremos toda. Te has pasado la mayor parte del tiempo que has trabajado aquí conduciendo motonieves, moviendo barriles de combustible, plantando tiendas y volando de un lado a otro de este fragmento de la península. Y siempre en calidad de asistente técnico general, ¿verdad?

—Hasta nos llamaban «manos sobre el terreno».

—¿Manos sobre el terreno?

—Eso mismo.

—ATG suena mejor que manos sobre el terreno, Doc.

—Personalmente prefiero Guía de Expediciones.

—¿Técnico de Instrumentos y Útiles? —propuso Thomas desde el portátil.

—No me malinterpretes, Doc. Esto es asombroso. Cuando vuelva a casa, seré incapaz de explicar lo asombroso que es. Pero no sé si seguiría pareciéndomelo después de tanto tiempo. Porque, ¿cuánto puede durar el asombro?

—¿Técnico In. Útil., para abreviar? —dijo Thomas.

—*Whizzywig*,* Luke.

—¿Repite?

—*Whizzywig*. Lo que ves es lo que hay, tal cual. Conozco este sitio. He trabajado en toda la península. Sé cómo desenvolverme. Es un paisaje atemporal. Nada cambia. Thomas, sigue siendo tu turno.

—Hice la mochila y metí un hacha…

—Cuando vuelvo a Cambridge siempre hay cambios: carreteras nuevas, urbanizaciones nuevas, edificios derrumbados y vueltos a levantar. Basura por todas partes. Montones de turistas en las aceras.

—… una cuerda, un crampón, una bolsa estanca, un…

—Aquí nadie altera nada. Si hay algo de basura es porque la dejamos nosotros. Y, desde luego, la recogemos después.

—… un arnés, un pico de hielo y un bidón.

—Si subo a la cresta Garrard y encuentro nieve amarilla es porque la semana anterior meé allí, con perdón.

—Nada, nada.

—No es de ninguna otra persona.

—Doc, sabes que tenemos un lavabo, ¿verdad?

—Estar aquí tiene un no sé qué de… puro, ¿comprendes? Bueno, puro no, es… la sencillez… Es difícil de explicar.

—No, tu trabajo es importante, Doc.

—Tengo que reconocer que aquí me encuentro más en casa que en mi propia casa.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Te toca, Luke.

—Bien. De acuerdo. Hacha, cuerda, crampón, bolsa estanca, lo que sea, lo que sea, bidón, mochila.

—¿Estás casado, Doc?

—Sí, Thomas, estoy casado. Tengo dos hijos. Ya no viven con nosotros.

—¿Cómo lleva tu mujer que pases tanto tiempo aquí?

—Tenemos un acuerdo.

—Un acuerdo, bien. Un momento, Luke, no puedes meter una mochila en la mochila.

—Pues lo acabo de hacer.

—¿Doc?

—A mí me parece que vale.

—Doc, ¿le has dicho a tu mujer que aquí te encuentras más en casa que en tu propia casa?

—No, no con tantas palabras, Luke. ¿Y tu familia?

—¿Qué le pasa a mi familia?

—¿Cómo llevan que hayas venido aquí?

—Bueno, mi madre se puso nerviosa.

—Te toca, Doc.

—Hice la mochila y metí lo siguiente: hacha, cuerda, crampón, bolsa estanca, huevo, flash, lingote de oro, arnés, pico de hielo, bidón, mochila y un limón.

—¿Un limón? No vale, Doc. Aquí no hay limones.

—¿De dónde son tus padres, Luke?

—¿Mis padres? De Londres. New Cross.

—No, pero…

—No vayas por ahí, Doc.

—¿Por dónde, Thomas? Es solo una pregunta.

—Doc.

—Pero ¿de dónde proceden, cuál es su origen?

—¿Su origen, Doc?

—Sí. Soy curioso, nada más.

—Eres curioso.

—No lo he dicho con segundas.

—No, no pasa nada. Son noruegos.

—¿Noruegos?

—¿Te sorprende? Pues sí, son de Tromsø, muy al norte de Noruega. Por eso soporto tan bien estas condiciones. Lo llevo en la sangre, que se dice.

/

El silencio soplaba desde las crestas, barría el valle y se colaba por las puertas de aislamiento hasta posarse en las literas, en las estanterías y en la mesa como una fina capa de polvo mientras los tres recogían las tazas y se preparaban para acostarse. Bajaron las persianas opacas y la habitación quedó sumida en algo semejante a la noche. No era suficiente para anular la cristalina sensación de alerta que tenían y las literas crujían mientras se subían a ellas de uno en uno o cambiaban de posición buscando la postura que más los acercara al sueño.

/

Volvieron a pasar las máquinas por la nieve de la pista de aterrizaje. Decir «allanarla» seguía siendo una hipérbole. El aire les escocía los pulmones, pero enseguida entraron en calor. Surgió un contratiempo con una de las pisanieves y Doc se puso a revisarla con Thomas mientras Luke preparaba algo caliente. «Pisanieves» parecía una palabra un tanto suave para algo que estaba hecho esencialmente de hierro y clavos. Cuando hicieron un descanso para beber Doc les contó que Planky Carruthers y él habían pintado de color naranja los barriles de combustible de la pista con sus propias manos. Ya se lo había contado. Les había contado con todo detalle unas cuantas anécdotas de sus primeras temporadas en la estación K. El refugio se había construido hacía muchos años, pero Doc y sus colegas se habían encargado de ampliarlo levantando nuevos almacenes, instalaciones de residuos e inodoros incineradores. Cuando terminaron, se había encariñado mucho con la estación, dijo.

Repasaron toda la pista otra vez y luego se tomaron el segundo descanso. Doc dijo que quería darle la última pasada. Iba a venir un avión a repostar y quería asegurarse de que estuviera en condiciones para el aterrizaje. Luke y Thomas se sentaron en la motonieve mientras Doc recorría varias veces la pista en ambos sentidos. La revisaba concienzudamente. Empezaron a levantarse remolinos de nieve. El viento arreció y los remolinos ganaron fuerza. Dejaron de ver a Doc en el otro extremo y se quedaron en silencio hasta que volvió a aparecer. El tiempo empeoraba por momentos y cada vez que se alejaba tardaban más en verlo de nuevo. Los faros de la motonieve cortaban la oscuridad como si fuera mantequilla y, aunque ni

Thomas ni Luke decían nada, los ponía nerviosos el silencio hasta que Doc asomaba de nuevo.

—Pero ¿te imaginas?

—Ni lo nombres.

—¿Si no volviera?

—¿Qué te acabo de decir?

—En serio, oye, ¿qué haríamos?

—Muy fácil, irnos directos al refugio, llamar por radio y esperar a que el tiempo mejorara.

—¿No nos entraría el pánico?

—Nada de pánico. Ni por el forro.

—¿Dónde está el refugio, Luke?

—Vete a la mierda.

—Oye, en serio, ¿dónde está?

—Por ahí arriba.

—No sé si es por ahí. A lo mejor ahí está el glaciar.

—De eso nada.

—O el mar.

—Bueno, vale ya.

—Podríamos echar a andar hacia el refugio y… ¡chof!

—¿Chof?

—Chof. Un paso en falso y… ¡chof!

—Es por ahí, seguro.

—¿Cuánto tiempo crees que sobrevivirías en el agua?

—Déjalo ya, anda.

—¿Cinco minutos? ¿Dos?

—Pues nos quedaríamos aquí hasta que el tiempo mejorara.

—Chof.

—En serio, Thomas.

—Apuesto a que perderías el conocimiento.

—Vamos, hombre. Tenemos GPS, tenemos brújulas.

—Mira el GPS. ¿Por dónde hay que ir? ¿Por ahí?

—Es por ahí, seguro. Un momento, está reiniciándose.

—¿Lo tienes? ¿Es por ahí?

—Un momento. Mierda. Mierda. Bien. No es exactamente por ahí. Mierda.

—Chof.

—Sí, chof.

Se agacharon detrás de la motonieve y se acurrucaron para protegerse del viento húmedo mientras esperaban a que Doc volviera. La nieve caía ya casi horizontal, se acumulaba en capas sobre las arrugas y los bultos de los anoraks. El viento arreciaba por momentos. Esperaron a que volviera Doc.

/

—*Estación K., estación K., aquí Bluff Point, Bluff Point, contestad, cambio*.

—Bluff Point, aquí estación K., estación K., recibimos.

—*Estación K., confirme actualización de estado, cambio*.

—Todo el personal presente. Sin heridos ni dificultades reseñables. Programa en marcha según horario. Cambio.

—*Me alegro, Doc. ¿Los nuevos no te han dado problemas todavía*?

—Dirección del viento doscientos setenta grados, velocidad del viento diez nudos, visibilidad diez kilómetros, contraste moderado, temperatura menos tres, tiempo actual sin novedad, cambio.

—*Recibido. Gracias, Doc. Me alegro de hablar contigo, como siempre. Corto*.

/

Al anochecer Luke y Thomas contemplaron el refugio de la estación K. desde lo alto de la cresta Garrard. El cielo estaba despejado y el sol, alto. «Anochecer» no era la mejor forma de llamarlo, aunque ya era casi medianoche. Una fina línea de suave humo gris ascendía desde la chimenea metálica de la estufa del refugio. Thomas montó el GPS en el trípode y esperó a que se completara la secuencia de inicio. En el lado opuesto de la bahía las montañas se alzaban hacia el cielo. Veían a Doc a lo lejos, yendo y viniendo entre el refugio y los almacenes. Desde allí arriba no se distinguía lo que hacía; lo vieron acercarse a los barriles de combustible, detenerse y volver al refugio; repitió la operación con el almacén de víveres y con el de las herramientas, con el depósito cubierto de basura y con las motonieves.

—Creo que está contando las cosas otra vez.

—A este hombre le encanta contar.

El GPS emitió la señal de confirmación del calibrado y ellos

descargaron los números.

/

El refugio se balanceaba y se estremecía sobre sus cimientos, las gruesas tiras de lona se tensaban para retenerlo en su sitio. Entre el humo de la chimenea y la luz amarilla que salía por las ventanitas parecía un remolcador abriéndose paso en medio de una tormenta. Dentro, los paneles de madera crujían y la estufa de aceite aullaba. Los cristales estaban empañados. Visibilidad diez metros. Tiempo ventisca fuerte. El hervidor de agua silbó otra vez y Doc sirvió litros de té con leche y azúcar.

/

—Doc, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dispara a matar, Luke.

—Disparo a; vale. De acuerdo. ¿Por qué te llaman *Doc*?

—Ah, pues no porque sea doctor en medicina, desde luego.

—No.

—Bueno, son cosas que pasan. Empezaron a llamarme así en algún momento y cuajó, sin más.

—¿No te acuerdas de dónde salió?

—La verdad es que no.

—Bueno. Bonita historia. Gracias por contárnosla.

/

La pintura de color rojo sangre de la estación K. era una mancha lejana en el hielo que se iba haciendo pequeña. Los cuerpos que respiraban en el interior dejaban un leve rastro amarillento en las ventanas. Los cuerpos iban y venían. Sus huellas ablandaban el hielo un poco más cada año. El hielo resbalaba, se quebraba y caía al agua. Los icebergs daban vueltas, se deterioraban y seguían las ondulantes corrientes de la bahía en dirección a los confines del proceloso mar abierto. La luz del día era silencio. Los cuerpos respiraban en su angosto refugio de madera. El tiempo empeoró otra vez. Los cuerpos salieron del refugio y se repartieron lentamente por la nieve. Llevaban paquetes, palos y radios. Se separaron más unos de otros. Se acercaba la larga oscuridad y después la noche se cerraría durante meses. El agua se movió y el cielo se oscureció por encima del glaciar. Entró un sistema nuboso desde la cresta.

/

Luke fue el primero en levantarse por la mañana, como todos los días desde que habían llegado; el primero que salió del refugio y fue a la cabaña del lavabo. Ser madrugador tenía sus ventajas. Cerró la puerta suavemente al salir y bajó la cuesta del camino de grava en dirección norte, dejó atrás los barriles de combustible y las cajas de víveres, los palets de madera y la basura acumulada con los años. El camino al lavabo estaba señalado con banderas y cintas para cuando hacía mal tiempo. Hoy no hacía mal tiempo. Otra mañana estupenda en la estación K.

Cuando se levantaba tan temprano le gustaba dejar abierta la puerta del lavabo. Si estaba despejado la vista era irreal. El cielo, de un azul intenso, y los perfiles blancos de las montañas, cortados a tajo. Los témpanos daban vueltas lentamente en el estrecho. Llevaban ya tres semanas allí y todavía no se había acostumbrado. No sabía cómo se lo iba a contar a la gente cuando volviera a casa. No había palabras para describirlo. Miró hacia la boca del estrecho; la nieve revoloteaba por encima del glaciar. Las cadenas montañosas que se distinguían detrás estaban casi a cien kilómetros. No había nada entre ellas y ellos. No había nadie en cientos de kilómetros a la redonda. Nunca había estado tan lejos de la gente. Y nunca volvería a estarlo.

Oyó un crujido de pisadas y de repente Thomas, sin aliento, se apoyó en las jambas de la puerta y le tapó la vista de la montaña.

—Luke, ¿sabes por qué ponen puertas en los lavabos?

—No, colega, ¿por qué?

—Para que yo no tenga que ver tu mierda mientras espero a que termines.

—Nadie te manda mirar, colega. Vuelve al refugio hasta que veas la señal de libre.

—¿Qué señal de libre? ¿Hay algo que no nos has contado?

—Es una metáfora. Si no estoy en el refugio, ¿dónde voy a estar? No me mires.

—Si te da reparo, cierra la puerta.

—No me da ningún reparo. ¿Doc ya se ha levantado? Es igual, lárgate y déjame terminar.

—Doc sigue roncando. Durmiéndola. Pero no te preocupes

por mí, colega. Adelante, termina. No tengo prisa.

—Que te largues.

—¿Adónde?

—A la vuelta de la esquina, joder. A donde te dé la gana.

Esperó a que Thomas se fuera y cerró la puerta. Aun con la luz encendida, de pronto el interior se quedó casi a oscuras. Terminó lo que estaba haciendo y volvió al refugio.

Después de desayunar y del rutinario parte de radio hicieron planes para el día. Habían terminado de cartografiar con tres días de adelanto y a Thomas le apetecía hacer unas fotos en las orillas del estrecho. Doc insistió en que no conseguiría captar en una imagen lo que se veía desde allí, pero conocía varios sitios desde donde podía hacerlas. Antes quería que lo ayudaran con unas tareas de mantenimiento. Después de comer cargaron en la motonieve las bolsas con las cámaras, los trípodes y una caja de comida y se dirigieron hacia el estrecho por la pista de aterrizaje.

Alrededor de la costa había un reborde ancho de hielo reciente; Thomas se entretuvo un rato con los juegos de luz que se formaban entre el agua y el hielo. Doc y Luke posaron y los retrató.

—Las subirás a Instagram, ¿verdad? —dijo Doc.

—Bueno, es posible. Sobre todo estoy pensando en montar una exposición, pero a lo mejor subo algunas, sí. ¿Te parece bien?

—A mí me da igual. Yo no miro esas cosas. Si te ayuda a tener más favoritos, me parece bien.

—Favoritos, ya. Vale.

—Doc, vas a tener que esforzarte un poco más, ¿no?

—Vale, Luke. Me parece que ya hemos terminado, ¿verdad?

Thomas montó una lente larga y miró hacia los riscos del Priestly con una expresión de frustración.

—¿Qué pasa, Thomas?

—No sé, Doc. Es que necesito algo que dé un poco de perspectiva, ¿entiendes?

9 /

Doc Wright entró a trompicones en el porche cubierto y cerró la puerta como pudo. Por un momento le dolió respirar. Se frotó la cara, entumecida e inflamada. Todavía le dolía la nuca, pero no tenía heridas ni sangraba y ya no estaba seguro de haberse golpeado con algo. Se quitó el impermeable manipulando las cremalleras torpemente con los dedos hinchados. Se agarró al perchero para no caerse. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. No recordaba haber subido a la motonieve y haberse dirigido a la llanura. Algún músculo de la memoria. Sin saber muy bien cómo, se había visto a medio camino del refugio con el motor a tope. La tormenta se agarraba a la puerta como un clavo. Oyó la radio en la habitación. *Contesta, Doc, contesta*. Pensaba que a esas horas los dos chicos ya habrían vuelto. El dolor de cabeza iba y venía. Cuando se iba, notaba un entumecimiento. Todavía jadeaba. Oyó a alguien en la radio pidiéndole que respondiera. Luke. Oyó a Luke en la radio. Colgó la ropa mojada. Lentamente. Hacía las cosas lentamente. La nieve deshecha formó un charco en el suelo. Se sentó en la taquilla para quitarse las botas. Le dolía, pero casi no lo notaba. Le pasaba algo en el pie derecho. Le pasaba algo en toda la pierna derecha. Luke seguía llamándolo por radio. El fragor de la tormenta amainó al acumularse un nevero contra la puerta. Se entumeció la frotosidad de la cara. Entró en la habitación y fue directo al escritorio. El aire no se movía. El aire no se movía y era caliente, y depositó todo su peso en la silla. Luke seguía en la radio, le pedía a Thomas que confirmara su posición. Todavía no había respuesta. Cada vez que llamaba se producía una interrupción seguida de una ráfaga de ruido estático como un aplauso. *Doc, contesta. ¿Doc? ¿Me recibes, Doc*? El silencio pesaba entre cada mensaje. La tormenta se asentó en forma de ventisca. Casi parecía niebla. Como si hubieran echado una manta por encima del refugio. Pronto terminaría. Era probable que Thomas se hubiera quedado quieto en un sitio hasta que las condiciones mejorasen. Era un chico sensato. Esperaba que Luke hubiera hecho lo mismo. ¿Dónde estarían? Se sirvió un trago. Alcanzó el botiquín de la estantería para curarse la herida. Al quitarse el calcetín no vio nada raro. Creía que iba a encontrar una ampolla

o algo peor, pero no vio nada. Las luces de la radio se encendían y se apagaban, pero no se oía nada. Vació el vaso. Se levantó. Se inflamó el entumecido frotado de la cara. No. Frotó. Se frotó el entumecido de inflamado. No. Radio. *Doc, Thomas, contestad. Contestad, ¿Doc? ¿Thomas? ¿Alguien me recibe, joder*? Sin respuesta ni al lenguaje. Miró fuera, a la negrura blanca, y oyó a Luke; seguía intentando que Thomas le hiciera caso. Miró la radio. Tenía que hacer una cosa. Cruzó la habitación hasta la ventana. Qué lejos estaba. Todo se inclinaba a la derecha. El suelo subía y bajaba. El cristal estaba frío contra la cara. Hacía un tiempo sólido. Eran buenos chicos, pero esta era su primera temporada en el sur. Todavía no tenían el indistinto. El frío estaba cristal contra la cara. No era desagradable. Se apoyó en el cristal. Esperó. El responsable en última instancia era él y estaba acostumbrado. Pero a ellos les faltaba el maldito sentido de la responsabilidad personal y no siempre estaban preparados. Siempre habían tenido a alguien que los cuidara: los padres, los jefes de equipo o unas carísimas pólizas de seguro. Aquí, o te sacabas tú solo las castañas del fuego o te quedabas sin ellas. En sus tiempos, sabía de hombres que se habían arrastrado por todo un glaciar con una pierna rota. Y conocía a otros que no se habían movido del sitio. Cada cual según su criterio. Unos meses después, en los funerales, tuvo que ser él quien hablara con las viudas. Hablaba de ti a menudo, Bridget. Murió haciendo lo que más le gustaba, no lo olvides. Fue un héroe hasta el final. El peso del pie ahora era excesivo. Había cristal. Su entumecido frotó el frío de la cara. No. La radio. La radio. Ruido estático que irrumpía como salsa de manzana. Aplauso. Thomas hablaba por la radio. La luz que entraba por la ventana del refugio se volvió más intensa y clara. La tormenta amainaba otra vez. La visibilidad mejoraba. Esa cresta y la de detrás y el vapor de los remolinos de nieve contra el cielo. Ventada de nieve. Ventisca. Nieve aventada. Luke diciéndole a Thomas por la radio que confirme su localización. Cuántos años hace ya que viene aquí. Tanta experiencia tiene que servir de algo. Todo lo que aprendió la primera vez, trabajando con los hombres que construyeron este sitio. Mowbray y Maggs. Los dos les contaban anécdotas a Carruthers y a él. Nos trajeron unos chicos de la marina, con

suministros. Tardamos un mes en llegar. La primera temporada, la de Planky Carruthers y la suya, ambos un poco desilusionados por cómo funcionaban allí las cosas. Un montón de protocolos de seguridad y muy poco margen para la aventura. Diría que eso lo acercó más a Planky. Aunque, claro, ya lo conocía de verlo por ahí, en Cambridge. Iban a facultades distintas, pero frecuentaban los mismos círculos. Planky era famosillo. Al final resultó que sus chicas eran amigas. Una noche, en el comedor, Planky lo llamó *Doc* y así se quedó. Era un nombre como cualquier otro. Sin motivo, sin rima. Mowbray y Maggs los llevaron a la estación K. a hacer unas labores de mantenimiento. Hablaron de la primera impresión que les había causado. Cuando entraron en el estrecho, el oficial al mando le dijo a Mowbray que subiera al puente para evaluar la situación. Tuvo que ser una vista impresionante. Picos altos a ambos lados, blancos e imponentes contra el cielo gris, sobre un fondo de crestas y grietas que descendían hasta la costa. La lengua del glaciar en la entrada del valle navegando inexorablemente hacia el mar. Un espacio no explorado ni cartografiado con detalle. Nada tenía nombre. Cuando descargaron los suministros pisaron territorio virgen. Desembarcaron a seis hombres en la orilla de hielo fijo y luego el barco de la marina se alejó por la bahía. Los dejaban a merced de sus propios recursos. O te ahogas o nadas. Acamparon un mes en la llanura mientras transportaban material para el refugio. Tenían perros para ayudar con el transporte. Malcolm Maggs era el mejor carpintero que había tenido el Instituto, según Mowbray. Era un mago de la madera. La broma de siempre de terminar el trabajo antes de que se hiciera de noche. Quedaos en la tienda hasta que cambie el tiempo, chicos. Atad a los perros. Faltaban tres meses para que anocheciera. Oye, Maggs, si tallas otra flauta, te la meto por donde tú sabes. Días y días hasta que el tiempo cambió. Cuando se lo contaron a Doc habían pasado veinte años de aquello. A veces tenía la sensación de haber llegado a la Antártida con una generación de retraso. El trabajo de verdad ya estaba hecho. Thomas en la radio dando coordenadas. Unas coordenadas confusas. Doc intentó imaginárselas en el mapa. Thomas radió una corrección. Luke añadió algo. Estaba gritando. Doc se sabía

de memoria hasta el último cuadrado del mapa. Los primeros borradores se habían hecho en esa misma mesa de cartografía años antes de que llegara él. Había fotos de los primeros exploradores en las crestas, con teodolitos y hielo en las gafas de nieve. Ahora todo era distinto. Descanso, algo de beber y cigarro. Tiempo inhóspito y mezquino. La radio otra vez. Luke en la radio. Las palabras enredadas y a trompicones. Se apartó de la ventana y el entumecido hiela y falló. Suelo frío flota y cayó. Subió y cae. Treinta años en el Instituto, Anna. ¿Tanto ha sido? ¿Me has echado de menos? En treinta años solo le había fallado al hielo una temporada. No es para estar tan orgulloso, cariño. Orgulloso no. Son los hechos, nada más. Es mucho tiempo de ausencia. Demasiado para algunos. Es un compromiso. Hay que comprometerse. El trabajo te separa de la familia más de lo deseable. Pero tú entiendes que es imprescindible. Hay que hacer sacrificios y tenemos que estar preparados para hacerlos. Algunos no daban la talla. No duraban. Un par de temporadas en el sur y volvían al mundo civilizado. Como los turistas, nada más. A ver qué tal se las arreglan estos dos. Hasta ahora, de forma aceptable. Anna, estos chicos van bien. Dormir en las literas que hizo Maggs hace tantos años. Estanterías empotradas para libros y periódicos, contraventanas plegables de madera para preservar la intimidad. Intimidad, poca, durmiendo, comiendo y trabajando en la misma habitación, pero a eso había que acostumbrarse. A lo largo de los años no todos lo habían conseguido. Era parte del proceso de criba. Anna, estos dos me preocupan. Su cara era cristal contra el frío. Le dolía la cabeza. El suelo estaba muy lejos. Voces en la radio otra vez. Thomas. Luke. No los entendía. Muchos técnicos generales cambiaban de trabajo al cabo de unos años, pero Planky y él no lo habían dejado. Aquello era un tanto adictivo. Una zona de operación distinta cada año. Se perfeccionaban las capacidades. Se conocía el terreno cada vez mejor. Siempre buscando una excusa para volver a la estación K. Ese sitio tenía algo especial. Siempre un equipo reducido. Privado. Cuando cumplió veinte años de servicio le regalaron un adorno para la repisa de la chimenea. Una pequeña celebración en la sede de Cambridge. Anna, ¿estabas orgullosa de mí en ese

momento? Y ¿ahora? ¿Te conformarás con esto, Robert? ¿Es necesario que sigas yendo todos los años? A veces las mujeres no lo quieren entender. Brinda conmigo. Chin chin. Aplauso modesto. Anna deja la copa y abandona el salón. No parece muy razonable ahora. Estos son los sacrificios que hacemos, muchachos. No todo el mundo lo entiende. Thomas en la radio. Ruido estático. Interferencia. La voz de Luke. Fin de la transmisión. Se inicia la transmisión. Thomas otra vez. Ruido estático. Miró fijamente la radio. Al otro lado de la ventana el mundo era blanco y salvaje. Al otro lado de la ventana apareció una silueta tenue y borrosa, el anorak rojo en crudo contraste con el temporal. En la radio, Luke pidiéndole a Thomas que repita. Una tormenta de ruido estático y la transmisión se corta. *La localización es. Placa. A la deriva. Recalar en el Priestly. Confirma. A la deriva*. Doc vio por la ventana una silueta que se acercaba. Era Luke. Así que él tampoco se había quedado donde estaba. La disciplina por los aires. Se imaginó la cadena de montañas a lo lejos, más allá de la otra orilla del estrecho. Pero desde aquí no veía el agua, el hielo ni la pista. No veía las banderas de los almacenes, a doscientos metros. No veía a Thomas. Luke aporreaba la puerta. Intentaba quitar la nieve. La voz de Thomas otra vez. *¿Luke? ¿Luke? ¿Lo has entendido? ¿Estás ahí? ¿Me recibes, me recibes*? Wright se separó de la ventana y se acercó a la radio y al mapa. Se requería Anna. Acción. Él era el asistente. General. El asistente técnico general. Se requería su asistencia. Se requería que emprendiera una acción. Tenía la experiencia requerida. Se acercó a la radio. Se apoyó en el pie derecho, tan débil, y se cayó al suelo de bruces. Aterrizó la rostrez entumecida de su inflamación. No. Inflamó lo frotado. Lo fregado. Lo frenado. La luz se iba y volvía y se iba otra vez y se iba. Ruido estático como un aplauso. La radio rugía rabiosa.

Y, y, y. Arriba otra vez, arriba otra vez. En pie. Dios qué pasa ahora. El dolor de cabeza y la debilidad. El lado derecho tan débil. Entumece la cara frota. Qué iba mal. Qué pasaba. ¿Qué hay de nuevo, Doc? El primer saludo de Planky. La primera broma. Nunca la había entendido. Era un desplante o algo así. Las bromas de Planky no tenían ninguna gracia. Aunque daba igual. Era un nombre tan bueno como cualquier otro. No era

fácil tratar con él. Tenía su lado cáustico. Pero un profesional de lo mejorcito. No había quien lo ganara en meticulosidad. Uno de los técnicos más competentes de toda la historia del Instituto. Qué lástima lo que le pasó. Era el riesgo que corrían todos los que trabajaban allí. Evidentemente. Siempre estuvo implícito. *Confirma. A la deriva. Requiero actualización. Cambio*. La voz de Thomas en la radio. La radio rugía rabiosa. Sigue el protocolo. El Instituto tiene un protocolo de emergencia. Él también resolvió algunas situaciones así. Resolvió unas así de pocas. Resolvió una situación así. La tenue luz se atenuó y el brillo brilló rabioso. Confirmación precisa de la localización y la situación. Actualizar situación. Actuación situal. Esto emergencia no ahora pero sin embargo claro. No hay que preocupar al mando de la base. Ahora no. Arriba, arriba, arriba. En la mesa de cartografía y estudió. Estudió el mapa y trazó la trayectoria de Thomas. Atención a las coordenadas de Thomas y prolongar la línea de proyecto. El rumbo parecía constante. El mismo viento que había traído la oleada arrastraba la placa de Thomas en la buena dirección. El pan de acción necesario estaba claro. Plan. Necesariamente plan. De hachas. Qué pasa las palabras ahora Dios ahora. En el entierro Anna habló con la mujer de Planky mucho rato. Dijo algo que Doc no entendió. Las dos estaban afectadas por igual. Los días siguientes Anna apenas habló. Él había hecho cuanto había podido, le dijo. En el sur pasaban estas cosas. De acuerdo, dijo ella otra vez. Cuando Planky se cayó por allí, los perros fueron detrás. Sus gemidos fueron la primera señal de que algo iba mal. Habían salido de Bluff Point en viaje de recreo. Doc iba en el trineo guía, Planky en el segundo. Diez perros cada uno. Una zona bien cartografiada. La ruta evitaba las grietas conocidas. Los desconocidos desconocidos. Los perros estaban prácticamente jubilados. El Instituto había dejado de trabajar en serio con ellos hacía unos años. Algunos, como Mowbray y Maggs, todavía les tenían mucho apego. Seguían entrenándolos para los viajes de recreo. Planky y Doc se habían ganado una semana de descanso y planearon el viaje con detalle. El trineo guía debió de debilitar la nieve helada que cubría la grieta. Los perros de Planky pasaron por encima, pero el trineo se hundió y cayó dentro. Una

cosa que todos temían. Historias de librarse por poco y rescates eternos. Uno apenas se daba cuenta de lo que sucedía hasta que ya estaba allí dentro, rodeado de la fría luz azul. La grieta era estrecha. El trineo no cayó en picado por el espacio vacío, fue resbalando y rascando toda la pared hasta abajo. Los perros empezaron a gemir cuando se vieron arrastrados hacia atrás por las correas, hacia el agujero. Arañaban el hielo, no encontraban punto de apoyo. Chasqueaban las fauces, se mordían unos a otros con furia en medio de la confusión. Todo sucedió muy despacio, pero no lo suficiente. Doc volvió corriendo a cortar las correas. Despacio despacio demasiado despacio. La correa más larga, nueve metros. El perro guía se detuvo en seco justo al borde de la grieta. El trineo se había quedado encajado en algún punto más abajo. El perro guía se llamaba Sandy. Era hembra. Se sentó a lamerse las patas delanteras como si no hubiera pasado nada. Solían ponerla la primera en el trineo porque tenía un temperamento muy equilibrado. Los otros perros la temían. Doc le tenía cariño. Siempre era la primera en el comedero, pero siempre se aseguraba de que cada uno tuviera su ración. Una figura bastante maternal. Justo antes de llegar hasta ella para cortar la correa se produjo una conmoción entre los perros que estaban en la grieta y arrastraron a Sandy por el borde. No le dio tiempo ni a sorprenderse. Ponte en contacto ahora, ponte en contacto. Thomas, Thomas, aquí Doc, me oyes. Espera, unas abreviaciones instruidas. Actuación situal. Cambio. Cambio. A la escucha y no llegan palabras. A la escucha y el frío como cristal. A la escucha y el lejano ruido estático como salsa de manzana. Ahora a esperar. Ahora a descansar. Claro. Quizá los primeros años, antes de que llegaran los hijos, era más despreocupado. Los hijos lo cambian a uno en eso. Le dan un motivo para quedarse. Cuando se lo dijo le preguntó si ella era no era razón suficiente. Claro, pero es distinto, dijo él. Ya sabes lo que quiero decir. Cada año, cuando volvía del sur, los dos niños lo trataban como a un desconocido. No se dejaban aupar, no se dejaban coger en brazos, lloraban cuando Anna salía de la habitación. No sé qué esperabas, decía ella. ¿Por qué no pruebas a afeitarte la barba? Ella solía sacar esta clase de conclusiones incongruentes. A veces le resultaba difícil adaptarse. A todos les

resultaba difícil. Después de meses en el hielo viviendo de la forma más elemental, pensando solo en el trabajo y en la mejor forma de hacer las cosas, comiendo para obtener calorías, bombeando combustible, limpiando almacenes, marcando los progresos en los horarios de trabajo, sin distracciones, sin ruidos no deseados, sin desconocidos. Después de eso, volver a casa era un cataclismo para el sistema. Todo tan sucio y caótico. Atestado. Gente por todas partes moviéndose sin rumbo de un lado a otro. Y en los últimos años, la gente pegada a la luz del teléfono. Adictos a la luz. Uno echaba de menos la sencillez de la vida en el sur. La pureza de esa vida. La claridad. Y tú qué sabes si no estabas. Frank, el mayor. O tal vez Sara. En un momento u otro, ambos le soltaban cosas así o parecidas. Cuando el niño le levantó la voz a su madre. Siendo ya un joven adulto. Y él le recordó lo mucho que le debía. Lo mucho que se había sacrificado por él. Y tú qué sabes si no estabas. Adictos a la luz. Paseando de un lado a otro con la luz en los ojos. Todo ha sido por tu bien. El trabajo que hacía allí. Ella lo entendía. Todos lo entendían. En el fondo. Un trabajo, el de técnico general, que pasaba sin pena ni gloria, pero sin el cual el resto no saldría adelante. Tanta ciencia, tanta oceanografía, las cuestiones atmosféricas, el maldito agujero en la capa de ozono. Cinco años les había costado a esos hombres de las fotografías completar la investigación en la estación K. A pie. Con teodolitos. Dibujando los resultados a mano, superponiéndolos a las fotografías de aire. Aéreas. Thomas y sus malditas correcciones. Digamos simplemente anomalías. Errores es un poco excesivo. De acuerdo, Doc. Lo siento. Sí. Dios. Anomalías. *Thomas, contesta. Aquí Luke, Luke. Thomas, estás ahí, joder? ¿Doc? Cambio*. Entre una transmisión y la siguiente el rugido del viento era como el silencio. La instalación ejercía este efecto. Aislamiento. Soledad. Como si hubieran echado una manta por encima del refugio. Pronto terminaría. Era probable que Thomas hubiera apagado la radio para ahorrar batería. Luke debería hacer lo mismo. Dónde estaba Luke. Luke estaba fuera. *Hola, ¿me recibes?, aquí Thomas, cambio*. En el refugio la luz era turbia y había sombras por todas partes. No tenía bien la cabeza. No sentía dolor, sino debilidad. La sensación iba y venía. Las luces

de la radio se encendían y se apagaban, pero no se oía nada. Se sirvió un trago y vació el vaso. Inflamó el entumecido frote de la cara. No. Frotó. Se frotó la inflación entumecida. No. Radio. Algo aporreaba la puerta. La luz se intensificó y fue a la ventana. Tenía algo que. Algo iba mal. Anna junto a su cama. El largo pelo oscuro recogido en la nuca. Siempre le sorprendía verla. Hola, eres tú. Hola, claro, eres tú otra vez. Por la mañana. Ahí estás. En el aeropuerto. Hola otra vez. Esto no es una historia de amor. Pero aquí seguimos, claro. Claro. Sus ojos, hola, la sorpresa de verla. Trabajando a altas horas de la noche en la cocina, ocupada en su trabajo, perdida en cálculos, mientras él buscaba una radio, un ordenador o cualquier otro aparato que reparar. Y arriba. Y mira, arriba, eres tú, claro, otra vez, la sorpresa. Descansa. Ven aquí, por favor. El duro suelo de madera se ablanda. Ven. Anna, espera. Más no. Uno más. Algo va mal. Hay trabajo que hacer. Un querer que hacer. Anna, espera. La sorpresa de verla. Y después aquello que dijo. En el entierro. El ataúd. Los tres días que costó recuperar el cadáver de Planky. Encajado debajo de un saliente de hielo, a sesenta metros de profundidad. Quiso bajar a buscarlo mientras había una posibilidad. Pero le ordenaron que esperara. Procedimiento: bajar asegurado. Cadena de mando. Tuvieron que esperar a que llegara un equipo de rescate. Había que hacer algo arriesgado con cuerdas. Lo sacaron justo cuando iba a empezar una tormenta. La pista principal estuvo cerrada una semana. Tuvieron que meterlo en el almacén nevera mientras esperaban a que llegara el avión. En el entierro Anna le dijo que sabía que eso era lo que quería él. Le preguntó qué quería decir, qué era lo que quería él. Todo esto. Jarrones de lirios blancos, un ataúd barnizado, colegas de luto, una viuda que se queda sola y hundida. La muerte heroica. Por amor de Dios, cuida a los míos. Todo esto. La música del órgano y el sol entrando a chorros por las altas ventanas de la capilla. Prefiero que me entierren en el sur, le dijo él. Era una broma, pero pasó desapercibida. Algo se inmovilizó. Mal. Levanta, levanta del suelo. En pie.

El refugio de la estación K. tenía un porche cubierto, un perchero donde se quitaban las botas y la ropa mojada, y que al mismo tiempo servía para evitar que entrara aire frío de fuera

cuando se abría la puerta hermética. Oyó a Luke quitar a patadas la nieve que se había acumulado en la puerta hasta que pudo entrar. Lo llamó desde dentro y le preguntó si tenían alguna inmediatez o preocupación herida. Una pausa. ¿Doc? ¿Te encuentras bien? Infirmativo. ¿Qué? Afirmativo. Movió un brazo en dirección a Luke para advertirle de que no entrara en la habitación con la ropa mojada puesta. El chico tendría que saberlo ya de sobra. Luke retrocedió al perchero pero dejó la puerta abierta. ¿Qué han dicho los de la base principal? No respondió inmediatamente; se concentró en trazar un camino siguiendo el estrecho. ¿Doc? ¿Qué han dicho? ¿Cuál es el plan? Se irguió y señaló los mapas. No había necesidad de molestar a Bluff Point por esto. No tenían que haber hecho esa actividad. Mejor remedio solo, pronto. Planear el plan aquí. Enseñó la ruta a Luke e indicó la dirección del viento. Vamos andando entre hasta el promontorio, el Presi, aquí, y de vuelta, por detrás, el lado este normal hasta regular —aquí— y recala mos, re, mos, re clamar nos cubierto. Luke lo miraba. Con una expresión algo. Instigado. Subordinado. No estaba bien visto usar esas palabras ahora. ¿Seguro que te encuentras bien, Doc? Se frotó la cara. Seguro cuando se cayó. Doloridos. Estaba seguro. Labios alaridos, dijo. Labios doloridos, seguro. Se rio. Luke asintió. Las radios personales reglamentarias que proporcionaba el Instituto de Investigación del Antártico se habían elegido por su resistencia sobre el terreno y por la fiabilidad de las baterías a temperaturas bajo cero. La duración de la batería seguía siendo una preocupación clave, la más importante. *Aquí Thomas, contesta, aquí Thomas, cambio*. Recibido eso, esto, soy Dire. Doctor. Wire. Wright. Espera, unas abreviaciones instructivas. Cambio. *Repite, por favor. Cambio*. Actuación situal. Espera. Cambio. Se dolor de cabeza y se inclina. Plan aquí. Andamos la vuelta al promontorio y aquí. ¿Has pasado el plan al otro lado base mando? Luke encuesta, pregunta. ¿Van a mandarnos refuerzos? ¿Refuerzos aéreos? Hizo un gesto negativo con la cabeza y al doblar los mapas. Esto queda el en equipo, dijo. Silencio. En equipo info situa. Estación. Se sentó y el color cayó. Música. Qué.

Espera, Thomas, espera. Pausa. Ráfaga de ruido estático. Luke

observándolo. Thomas, Thomas, ¿me recibes? Más ruido estático. Como manzanas. Aplauso. *Recibes* […] Espera, unas abreviaciones instructivas. Breves instrucciones. Actuación situal. Se frotó la mandíbula. Los músculos doloridos le trababan la lengua. Sacudió la cabeza. *A la espera, Doc, cambio*. Pasó la radio a Luke sacudiendo la cabeza otra vez. Thomas, aquí Luke, cambio. *Adelante, cambio*. Oye, hemos calculado tu zona de llegada y vamos a ir a buscarte por tierra. Cuando pongas pie en tierra, usa la bengala para señalar el punto en el que te encuentras. Cambio. […] *serio* […] *¿refuerzos aéreos*? […] La transmisión se corta, repite, por favor, cambio. Dile que ahorre cacería. Brasería. Batería. Dile que ahorre batería. *Repite, ¿ese plan va en serio? ¿Vas* […] *te* […] *mandar refuerzos aéreos? ¿Luke? ¿En serio? Cambio*. Confirmado, ese es el plan. Recomienda que ahorres batería de la radio, usa las bengalas, cambio. *¿Colega? ¿Van a mandar refuerzos aéreos*? Explícaselo, dijo. Hizo una pausa. Sabía que Luke lo observaba, que esperaba. Sabía lo que estaba pensando el chico. Pero solo había tomado un trago. Dos. Se había caído. La cara. No era tan joven como antes. Dile que esto queda el en equipo cerrado. Este ahorra un tren de vapor en la estación. Miró a Luke. Tenía la cara inflamada. Se enmudeció la mecida inflamación. Asintió. Qué.

El refugio de la estación K. se construyó en 1965 y con la instalación de almacenes accedió a almacenaje cuidadoso. Cargar trineo suministros para evaluación de riesgos. Rescate. Evaluación. Comprobar. Suministros de primeros auxilios, comprobar, cuerdas, comprobar, sacos de rescate, cajas de comida de hombre, tienda de campaña, comprobar, radio de reserva, baterías, combustible, comprobar, bengalas, comprobar. Trabajar deprisa. Luke hace una pregunta, pregunta, pregunta. ¿Y si cambia el viento, Doc? ¿Y si la visibilidad? ¿Cuándo llega el combustible? Adrenalina en la voz del chico. No hay ayuda. Mantén el control. Mantente activo. No necesitamos ayuda. No necesitamos la base de Bluff Point. Doc, tendríamos que comunicárselo a la base. Dios, evidentemente, claro. Asegura la carga y comprobaciones. Aquí. Radio ahora radio yo. Asegura la carga. Luke ocupado cargando motonieve. Espera aquí radio yo

ahora. Ahora vuelvo al refugio. Silencio silencio calla. Sienta. Calla. Radio. Luces. Radio. Tenía que hacer una cosa. Situación des control. Espera, unas abreviaciones instruidas. Breves instrucciones. Actuación situal. Frota barbilla. Músculos doloridos. Traba lengua. Sacude cabeza. Espera mucho. Palabras atascan. De acuerdo. No pasa nada. Radio silencio y luces. No hay de qué preocuparse. Tenía que hacer una cosa. Fuera con el temporal Luke preparado. Caída. Caída. Labios doloridos. Arca entumecida. Loco, Luke. Cara inflamada. Roma lo inflamado mecido. El equipo estaba preparado. La motonieve funcionaba y las últimas comprobaciones, claro. Doc dijeron. Doc qué dice la base. Sí, sí, claro, claro. Situación a mano. Tiempo ventisca brutal. No se puede conducir con este tiempo. Situación necesario. Enseguida estaremos cerca de la zona de aterrizaje. Comprueba correas y equipo y remolque nivel de combustible. Luke demasiado cerca. De pie. Luke grita lento. Por qué grita. ¿Quieres — que — conduzca — yo? Por qué. Claro. ¿Por qué Luke pregunta una cosa? Se inclinó hacia una respuesta y encontró. Notó. Notó que perdía el equilibrio. Por qué. Qué. Inclinarse. Caerse. Arriba, vamos, en pie.

Perros tirando de un trineo a toda velocidad una de las experiencias más fantásticas sobre el terreno. Muy pocos lo han vivido. Ver una docena de perros bien alimentados, puro músculo, pura emoción, lanzándose hacia delante. El tajo de los patines del trineo en el hielo. Y el silencio en todas partes, claro. La fría y pura maravilla del silencio. ¿Lo entiendes? ¿Te quedas con ello? Por qué lo hacemos. Para qué venimos aquí, Planky. Y que no lo vea nadie más. Lejos del mundo rutinario de todos los días. Facturas del gas y tonterías. Solo esto. Pureza y silencio. Claro, claro. Pero ya nada el estrépito roto de la motonieve un estruendo un estrépito ensordecedor. Polución. Cortar todavía una airosa curva desde la llanura bajando hasta la pista de aterrizaje y en medio de la tormenta ciega y seguir hacia los riscos del Priestley y así y así y rodear por la curva cerrada del estrecho de Lopez y así. Luke conduce bien. Ten cuidado y eso. Las brechas. Grutas. Grietas. Sigue el rumbo, ten cuidado cuidadoso en estas condiciones. Thomas en un apuro. Aceleran y se acercan demasiado al Priestley terreno irregular y rocas

ocultas. Luke loco Luke lento, demasiado lento para avisar o tarde para avisar y ahora se dan contra una roca o rompe o algo congelado y en el aire se inclinan y vuelven se caen es blanco es blanco se caen.
Tan lento y ahora el motor ruge. Tan lento y ahora aprieta cara anorak arruga cara aplasta, cae, cae, nieve. Peso. Blanco. Blanco. Pesado. Blanco. Estaba arriba, estaba abajo. Pesado. Blanco. Amortigua. Amortigua. Lento, lento. Piensa. Motonieve golpea roca, vuelca. Luke. Sensación perdida cara lado derecho por todo el cuerpo. Cae. Peso. Silencio. Blanco. Boca llena. Nieve apretada. Espera. Arriba. Abajo. Floto. Flor loto. Flojo noto. Corazón lento late lata loto luz se va. Pasos poco lejos. Pasos grandes cerca. Grito. Tirón. Lucha. Grito. Una vuelta, media vuelta. Respira. Respira mucho. Boca abierta, aire frío. Pulmones estallan. Respira, respira, respira. En pie. Inclinarse. Caerse.
Informe progreso regular este hacia boca de bahía. Glaciar. Grieta. Mucha nieve seguimos otra vez dentro. Espera. Informe de incidente. Golpe roca o grieta o cresta, vuelco, ruido motor sube sube cielo.
Brazos resisten. Subir. Voz habla. Luke habla. Habla palabras sin sentido. De pie. Hombre asidero un tiene ahora. Ahora los lo solo. Asidero un tiene hombre tú mismo viene viene. Tiene un hombre asidero tú mismo ahora viene.
Inclinarse.
Luke pregunta palabras sin sentido. Tan, tan, tan bajo, tan bajo tan bajo. Boja. Boja. Hoja. *¿Dónde — te — duele?* Aquí. Estoy aquí. Me duele aquí. Aquí es donde estoy. Aquí es donde me duele. Voy en dirección norte teóricamente cinco metros por encima del nivel del mar. Soy el asistente técnico general Robert Wright. Estoy herido. Soy yo el quien está herido. Estoy aquí. Entumecida carca el frote. Los labios sueltos sueltan y las palabras no vienen. Las formas. La cara. Carca entumecida. Pierna entumecida. Débil. Espera Luke. Espera. Inclina. Cae.
Luke lengua y se vuelve.
Luke monta la tienda. Buen hombre, buen hombre. Formación. Recuerda formación. Rápido. Trabaja rápido. Amontona nieve en las solapas de la solapa aprieta nieve curar curar asir curar

chicos. Viento violento violento viento vuelo vuelco vuelco revuelto vuelvo. Arrastra él arrastra en él a la tienda. Pesa pesa pesado oh pesa. Rema. Rema ya. Remo. Regio. Refugio. Luke habla pero sentido no. ¿Qué qué mal mal? De patio. Patio. Di espacio. De patio. Ruido. Ruido grande como salas de manzana. Salsa de manzana. Saltas de manzano. Alas de manzano. Salas de manzana. Luke. Carca entumece. Labios flojos flojea. Carca entumece. Dice palabra sal sal salero salta alrededor palabra palabra. Luke dice código. Habla. Luke dice código. Qué. Qué. Qué. Cara cresta. Cresta, criba, brilla, cerca. Cara cerca. Tiempo tiempo ruido.

Luke dice va por Thomas. Va. Anda. Lejos. Pero anda. Thomas.

Alto, alto. Peligro. Alto. Piensa. Asir un cogedero. Demasiado lejos. Tormenta, tormenta. No está ahora, hombre, no está. Thomas no está. Di cerca, aquí. Ahora. Quedar aquí. Por tejer. Proteger.

Luke dice va, él va. En cae. Cabe. Cabezota. Sub ordinado. Thomas todavía posible muy posible ayuda llega.

Tarde, tarde, muy tarde. Experiencia. Oye, experiencia. Busca un hombre ya. Quedar in situ. Orden, orden. Exprés. Palabras pesan y palabras no vienen.

Tiempo tiempo ruido. Tremendo. Templado. Dormir. Lento. Pulso sangre. Cara Luke cerca dice palabras. Preguntas. Grieta. Agujero. Estación de tren situal. Trafa persiana una. Flaca presiona una, él. Él, filtro so pierna. Palabras mal y falta. No entiende. No en. No en.

Templar. Dormir. Lento. Tiempo.

Luke dice quédate quédate ahora, quédate aquí, Doc, quédate aquí. Va a venir ayuda. Luke busca a Thomas y Doc quédate aquí. Ayuda. Evidentemente. Evidentemente. Va a venir ayuda.

Asiente, sí. Asiente. Tiempo tiempo ruido. Silencio. Respirar. Cremallera.

Luke no. Thomas no.

Pasos. Silencio. Respirar. Dolor. Respirar. Silencio. Respirar. Anna. Respirar.

Calor. Dormir. Caer.

Caer.

CAÍDO _

1 _

Se trata de Robert. De su marido. Siento despertarla. Necesitamos que venga.

El teléfono zumbaba en la mesita de noche. Descolgó sin estar despierta del todo: Se trata de Robert, Anna. Ha pasado algo. La necesitamos. Las cortinas estaban entreabiertas. El cielo, oscuro. El hombre hablaba de vuelos y pasaportes.

Hacía años que esperaba algo así. La imaginación se le disparaba los meses que él estaba fuera. Casi era un alivio ahora. La maldita satisfacción de que pasara de una vez.

Antes de hacer nada llamó a Bridget. Se trata de Robert. Lo siento, sé que es temprano. Ha pasado algo. Quieren que vaya allí. Pero ¿está bien? Está en el hospital. En Santiago. Hablan de derrame cerebral. Quieren que vaya. No sé qué hacer. ¡Ay, Dios, Anna! Tú vete. Vete a Santiago. Ya te preocuparás de todo lo demás después. Tú vete.

Salió enseguida. Cerró la puerta de la casa con llave. Dejó una taza de café en la mesa. Cogió ropa de verano. Cogió el portátil y la agenda de trabajo, el pasaporte, el móvil, el bolso. Apuntó en un papel los números de reserva de los billetes. Apagó la calefacción. Todavía era de noche cuando llegó el taxi. El amanecer despuntaba en algún lugar lejano del este, alumbraba las zanjas y los campos inundados.

Por algún motivo en el taxi se acordó del entierro de Tim. Hacía años ya. Los niños eran mucho más pequeños. Se plantearon si llevarlos o no. Tarde o temprano tienen que aprender lo que son estas cosas. No saben ni andar, ¿no te parece demasiado pronto? Ella quería ir por Bridget. No quería tener que estar pendiente de los niños. Me aseguraré de que no te estorben; se portarán bien. Pero en realidad no. Al final los niños se quedaron con sus padres y Robert y ella fueron solos al entierro.

No sabía qué era lo que se lo había recordado. La tapicería áspera del asiento. El olor a ambientador. Que el taxista no dejara de hablar. Le decía que, aunque esa ruta le pareciera más larga, evitarían el atasco para acceder a la M-11. No se imaginaba lo temprano que empezaban los atascos últimamente. ¿Iba a un sitio bonito?

En el entierro, todos los hombres habían hablado de los logros de Planky. Ninguno lo había llamado Tim. Bridget miraba al suelo. Entendía los peligros a los que nos enfrentamos todos allí. Ha muerto haciendo algo que le gustaba. Era un hombre de familia por encima de todo. En la iglesia, la luz era clara y cruda, llegaba hasta el frío suelo de piedra desde las altas ventanas emplomadas. Anna deseaba que todo el mundo dejara de hablar para poder estar un rato en silencio.

Fue la primera persona a la que llamó Bridget en cuanto se enteró de lo de Tim. Le costó entender lo que decía. Le preguntó si Robert estaba bien. No tenía que habérselo preguntado.

El taxista dijo que en esa época del año las carreteras siempre estaban heladas y que había que extremar las precauciones.

Se trata de Robert. Siento despertarla. Necesitamos que venga. Se trata de su marido.

«Marido.» Al principio había sido difícil acostumbrarse a esa palabra. No acababa de saber a qué se refería la gente. ¿A qué se dedica tu marido? Mientras estudiaba en la universidad y en el primer año de doctorado no tenía ninguna intención de casarse. Bridget le dijo que había conocido a una persona que la haría cambiar de opinión, pero Anna lo dudaba. Todos los hombres a los que conocía en Cambridge eran tan charlatanes que jamás lograrían que cambiara de opinión en nada. Robert fue la excepción o algo parecido. Tenía mucho que decir, pero también sabía escuchar. Hacía preguntas y sopesaba las respuestas atentamente. Era diferente. Se dio cuenta. Más tarde —demasiado— le vio escuchar a otras personas de la misma forma y comprendió que era un mecanismo que activaba a voluntad.

La primera vez que hablaron fue en un reservado del Red Lion. Diciembre de 1984. Anna le explicó su investigación sobre el impacto antropogénico en el clima y sus ambiciones en el terreno de los modelos oceanográficos. Tomó una copa de más y después otra. No podía dejar de mirarle las manos. Mientras charlaban, de repente se le ocurrió que era guapísimo. Una idea muy extraña. Tenía los ojos de color castaño oscuro. Cuando le preguntó por la Antártida dijo que le gustaba contribuir a las

investigaciones de terceros, para variar, sin tener que preocuparse de los resultados. Había sido guía de montaña en Escocia, le dijo, y esto era más o menos lo mismo. Ella comentó que probablemente haría mucho más frío. Él habló largo y tendido de sus actividades en Escocia al tiempo que insistía en que en realidad no había gran cosa que contar. Dijo que estaba perdiendo interés en terminar el doctorado. Cuando salieron hacía frío y había una remota posibilidad de que nevara.

No creo que fuera exactamente una cita. Hablamos. ¿Te acompañó a casa? Nos fuimos a casa en la misma dirección. ¿Intentó besarte? A ver, ¿qué quieres decir con «intentó»?

Bridget tenía una forma de reírse que significaba: «Voy a explicarte una cosa, mi niña».

Una noche, después de esa, cuando la acompañó a casa otra vez, le dijo que le gustaría que la besara. Él se echó a reír y luego dijo que no se estaba riendo, que solo lo había sorprendido. Por lo visto no era así como se hacía. Mientras se besaban, a él se le aceleró la respiración de pronto y le salió un sonido del fondo de la garganta. Anna entendió que se lo había provocado ella. Que la quería. Todo muy emocionante.

¿Y cuándo piensas acostarte con él? ¿En realidad te apetece? Anoche se puso a hablar de mi iglesia. Intenté explicárselo, pero creo que le parezco demasiado religiosa. Es decir, demasiado pura. Bueno, religiosa sí eres. Sí, pero no de esa forma. No soy católica ni nada. Estás tonta, ¿a qué crees que se dedican los católicos todo el tiempo?

Fue más o menos nuevo para ambos, que ella supiera, y después de la primera vez dijo que se imaginaba que la cosa mejoraría si tenían ocasión de practicar. Él se lo tomó a broma y se echó a reír. Pero al ver que ella no se reía se quedó serio. Ella había metido la pata. Le dijo que se lo había pasado bien. También le dijo que tenía el pene más bonito que había visto en su vida. Anna, eres tonta; tenías que haber dicho «el más grande».

Volvió a mirar el plan de vuelo. Bridget le había mandado un mensaje. Santiago estaba a casi doce mil kilómetros. El horario de Santiago era tres horas menos que el de Greenwich. Hacía buen tiempo.

El hombre del Instituto había dicho que Robert había tenido «un pequeño derrame cerebral». Ella sabía que en realidad quería decir «masivo» o «catastrófico» o «peligroso», porque le habían reservado el primer vuelo. No la iban a mandar allí por un «pequeño» derrame cerebral. La gente no siempre decía lo que quería decir.

Un derrame es una lesión cerebral. Los derrames pueden ser isquémicos o hemorrágicos. Coágulos o sangrado. En el córtex. Subdurales. Se puede practicar una trombólisis en el plazo de cuatro o cinco horas desde el momento del derrame. En algunos casos se requiere cirugía vascular. No sabía a qué hora ni dónde había sufrido el derrame. Le mandó a Bridget un mensaje de texto pidiéndole que avisara a los niños a una hora prudencial. Todavía llamaba «niños» a Frank y a Sara. Hacía años que eran adultos.

En el aeropuerto se oían cosas provenientes de direcciones insospechadas. Anuncios y voces de la gente. Ruido de zapatos en el duro suelo pulido. Póngase ahí. Dese la vuelta, por favor. Vacíe los bolsillos. Faltaba mucho rato para su vuelo. Hacía once años que no cogía un avión.

Se trata de Robert. Se trata de su marido. Necesitamos que venga.

Le había dicho a Bridget que, por lo general, las investigadoras que se casaban perdían el equivalente a diez años de carrera. Había datos sobre esta cuestión. Pero Robert era un caso anómalo; o, al menos, el contexto de su relación era anómalo. Había aceptado un puesto fijo de técnico, pasaba largas temporadas en la Antártida y eso le proporcionaba espacio a ella para seguir con su trabajo. Tener hijos podía dejarse para mucho más adelante, si es que los tenían algún día. No iban a ser una pareja de esas en las que la mujer ve hundirse sus ambiciones a la sombra de su marido. Seremos una anomalía, le dijo a Bridget. ¿Una anomalía? Sí. Es decir, en el fondo ¿vas a casarte solo porque sabes que lo vas a ver muy poco? Sí, Bridget, exactamente. ¿Qué? Anna, eres perfecta, joder. Eres mi heroína. Tendría que casarme contigo. Bueno, no creo que sea posible.

Esperó cerca de la puerta de embarque. Se tomó un café.

Los aviones aterrizaban y avanzaban despacio por el cemento. Otros despegaban a lo lejos. Su vuelo produciría aproximadamente dos toneladas de CO_2 por pasajero. Recibió mensajes de Frank y de Sara, le pedían que los llamara. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está papá? ¿Qué te han dicho? Contestó que los llamaría cuando llegara allí. Cuando supiera más.

El móvil funcionaría en Santiago. Podía irse a cualquier lugar del mundo y seguir recibiendo mensajes de texto, correos electrónicos o videollamadas. Hasta la base principal del Instituto, la de Bluff Point, ahora tenía wifi. Cuando nació Frank tuvo que esperar a que la noticia le llegara por radio y seguir esperando hasta recibir la respuesta. Estaba en una estación remota, así que tuvieron que transmitir la respuesta en código Morse, que solo admitía cien palabras. Al parecer, tampoco le hicieron falta todas.

El vuelo duraría once horas y media. Las condiciones eran buenas, pero el piloto anunció que encontrarían turbulencias a medio camino. La mujer del asiento de al lado empezó a contarle cosas de Santiago. Iba todos los años. ¿Anna había estado allí alguna vez? Ella tenía familia. ¿Anna también tenía familia en Santiago? No podía perderse el Cerro de San Cristóbal. Le encantaría el mercado central. Se lo pasaría estupendamente. ¿Tenía planes? Anna le contó que su marido había sufrido un derrame cerebral y que tal vez hubiera muerto cuando ella llegara a Santiago. La mujer respondió que no sabía qué decir.

En el entierro no se había hablado de cómo había muerto Tim ni de por qué estaba en la Antártida. No dijeron que no se había matado en la caída ni que había estado consciente un tiempo antes de congelarse por completo. No contaron que se había necesitado un equipo de seis personas para rescatar el cadáver. Evitaron explicar que el viaje en sí no había sido necesario. Seguramente la mayoría no lo sabía. Bridget sí. Procuró ocultárselo a los niños todo lo posible, pero a la larga también se enteraron. Los hijos de Anna tenían preguntas, cada año hacían más, cada vez que Robert se iba al sur. ¿Volverá esta vez?, preguntaban. ¿No le pasará nada? ¿Por qué tiene que ir?

Robert le decía que estos eran los riesgos que aceptaban

todos. Ella nunca había aceptado el riesgo. Bridget nunca había aceptado el riesgo. Cuando ella intentaba explicárselo, él no lo entendía.

Sabías que las cosas iban a ser así cuando te casaste con él, ¿te acuerdas? Dijiste que seríais una «anomalía». Sí, pero preveía cierta flexibilidad, por ejemplo si teníamos dos hijos pequeños que no dormían. Pero es su trabajo, Anna. No tienes derecho a echárselo en cara. ¡Ya está bien, tía! ¿Lo estás imitando, Bridget? Sí; y me parece que bastante bien.

Los asistentes de vuelo les llevaron más comida; en la pantalla de a bordo se veía un avión describiendo un arco sobre el Atlántico. Pensó en la cantidad de veces que Robert habría hecho ese mismo trayecto de camino a la Antártida. Pensó en él, postrado en una cama de hospital. Un pequeño derrame cerebral. Necesitamos que venga. Se imaginó que en esas mismas circunstancias otras personas sentirían pánico o se prepararían para lo peor. Ella necesitaba saber más cosas antes. Cuando sepa algo os aviso.

En el vestíbulo de llegadas de Santiago vio a un hombre que levantaba un cartel con su nombre. Lo reconoció, lo había visto en las conferencias del Instituto. Le dijo que lo lamentaba mucho y que se llamaba Brian. Le dijo que todo el mundo estaba pendiente de Robert. Anna no entendió qué significaba eso. Lo miró. Tenía una tablilla sujetapapeles en la mano y un bolígrafo colgado del cuello con una cinta larga.

—Hemos hablado por teléfono —le dijo—. La llamé para avisarla de lo de Robert.

—Sí —dijo ella—, lo sé.

Cogieron un taxi que olía a tabaco y a desodorante. El tráfico avanzaba despacio y de repente se movía en direcciones confusas. Había edificios altos, quioscos en las aceras, gente esperando en los cruces. Entre los edificios veía todo el rato una montaña cubierta de árboles. El móvil zumbaba sin parar. Brian hablaba. Era tarde para ir al hospital. La evacuación se había hecho lo mejor posible. Tenía algunas zonas congeladas, pero no creía que hubiera que amputar. Parecía satisfecho. Entraron mensajes de texto de gente que quería saber cosas. Ella no tenía más información que dar.

El hotel era pequeño, en el vestíbulo había un bar y un restaurante. Brian se ocupó del registro y le dijo que volvería por la mañana. Un joven llamado Andreas le llevó la maleta a la habitación y le informó del horario del desayuno. Andreas era un nombre alemán, pero se había criado en la República Checa.

Se desvistió y se dio una larga ducha. No durmió. Leyó artículos sobre el tratamiento de los derrames cerebrales y los resultados de la recuperación. Escribió a Bridget y ella le dijo que era tarde, que durmiera un poco. Desde la ventana se veía una calle bulliciosa, edificios altos y nubes que reflejaban las luces de la calle.

Cuando Brian dijo que era tarde para ir al hospital se refería a que era tarde esa noche. No «tarde». Todavía no era tarde.

Intentó dormir.

2 _

Por la mañana se despertó y sucedió otra vez. Se trata de Robert. Se trata de su marido. Un pequeño derrame cerebral. Necesitamos que venga. Estaba en una habitación de hotel. Estaba en Santiago. El desayuno se serviría de siete a nueve y media en el restaurante de la planta baja. El tiempo sería cálido y despejado. Brian la recogería a las nueve. El móvil estaba lleno de mensajes y llamadas perdidas. Escribió a Sara y a Frank. Voy a ir enseguida al hospital. Cuando sepa algo os aviso.

El desayuno consistió en tostada, yogur con fruta fresca y café. Andreas le sirvió el café con un dibujo complicado de espuma de leche y le preguntó qué tal la estancia. Desempeñaba varias funciones en el hotel. Fuera había mucho tráfico. Un camión hizo una maniobra rara con gran esfuerzo, expulsando humo negro mientras el conductor forzaba las marchas. Cuando Brian llegó llevaba la misma tablilla sujetapapeles y el bolígrafo colgado del cuello con una cinta. Se quedó en el vestíbulo esperando a que Anna terminara de desayunar.

En el hospital Brian no sabía adónde tenía que ir. Todos los carteles estaban en español y todos los pasillos parecían iguales. Se disculpó varias veces y se rio. Quién diría que ayer mismo estuve aquí, comentó.

Cuando encontraron la sala una enfermera les señaló una cama al lado de una ventana. Allí estaba Robert. Con rasguños y moratones en la cara. Tenía las manos puestas de una forma rara sobre la sábana, como si se las hubieran colocado a propósito. La miró y cerró los ojos lentamente. Ella se acercó a la cama. Le trajeron una silla. Lo llamó por su nombre y él abrió los ojos. Ella se quedó esperando. Él volvió a cerrar los ojos.

Llegó gente, le contaron cosas. Su marido no está bien. No está fuera de peligro. Todavía no sabemos el alcance de la lesión. De momento solo podemos esperar a ver cómo evoluciona. Una enfermera pasó como pudo y colocó un tensiómetro a Robert en el brazo. Él abrió los ojos para ver lo que hacía. La enfermera infló el brazalete con una mano al tiempo que miraba el reloj. Vino otra enfermera con una jeringuilla, le limpió una parte del brazo, introdujo la aguja en la vena y le sacó un poco de sangre.

—*Bueno, gracias*[*] —dijo con voz suave.

Robert asintió levemente y volvió a dormirse.

Brian preguntó si podía hacer algo más por ella y Anna le dijo que le gustaría saber lo que había pasado en la estación. Todavía estaban reconstruyendo lo sucedido, le respondió. Era necesario aclarar algunos detalles. Aún estaban recabando datos. No la miró a los ojos. Hablaba despacio y a veces se cortaba y reformulaba lo que había dicho. Anna se preguntó por la palabra «recabar».

Le dijo que Robert formaba parte de un pequeño equipo destinado en la estación K. Estaban en el exterior cuando los sorprendió una tormenta. Problemas en los equipos de navegación. El grupo se había separado y habían tenido dificultades para comunicarse. Cuando llegó el equipo de rescate de Bluff Point encontraron a Robert con síntomas que apuntaban a un derrame cerebral y priorizaron su evacuación inmediata.

—Un momento.

—Comprendo que esto es difícil para usted, Anna. El Instituto hará todo lo que esté en su mano.

—Un momento. Los demás. ¿Cuántos eran? ¿Están todos bien?

—Dos. Son dos colegas más jóvenes.

—¿Y están bien? ¿Han vuelto a Bluff Point?

—Se ha confirmado su localización. Estamos esperando que mejore el tiempo para mandar un avión.

—¿Todavía están allí? ¿Están en el refugio? No estarán sobre el terreno, ¿verdad?

La situación se desarrollaba muy rápido, le explicó. Habían encontrado a otro miembro del equipo cerca de Robert y lo habían trasladado hasta el refugio. Estaba ayudando a coordinarlo todo. Habían mandado un segundo avión, pero el tiempo había empeorado muy deprisa. Si Anna necesitaba cualquier cosa, que se pusiera en contacto con él. La miró. Eso significaba que esperaba que respondiera algo. Anna no tenía nada que decir. Él dijo que volvería después.

Se sentó a esperar al lado de la cama de Robert. La luz de la ventana se movía por su cara. Las nubes se movían por el cielo.

Bridget no se podía creer que los otros dos chicos todavía estuvieran allí. Debía de haber pasado algo muy grave. A ver lo que puedo averiguar. Si tienes ganas de hablar, avísame. Robert respiraba con regularidad, superficialmente, y tenía los músculos de la cara relajados. Vino gente a tomarle la presión arterial, el ritmo cardiaco, la respiración. Le cambiaron las bolsas de solución glucosa del gotero. Le dieron la vuelta, lo lavaron y lo tocaron por todas partes. Ella miraba y esperaba y a veces se quitaba de en medio. Respiraba con regularidad, superficialmente. Tenía las manos quietas sobre la sábana. Algunas de las secuelas de un derrame son trastornos del habla, reducción de la movilidad, dificultades para tragar y déficit cognitivo. Hay riesgo de que se repita. La lesión cerebrovascular se ha producido en la región frontoparietal izquierda. Su marido ha tenido mucha suerte, dadas las circunstancias. En el escáner se aprecia la lesión en el lado izquierdo, aquí. Vemos tejido muerto, pero también un área de penumbra que se puede salvar. Mejorará mucho a medida que desaparezca la inflamación. Es posible que el habla resulte afectada.

Lo llamó por su nombre y él abrió los ojos. Le cogió la mano y le preguntó si la oía. Si sabía dónde estaban. Si podía asentir con la cabeza o apretándole la mano. Parpadeó de una forma que podía ser deliberada o no y volvió a cerrar los ojos.

Una limpiadora con bata marrón se movía entre las camas limpiando las barandillas, las sillas, las mesitas, los cabeceros y las máquinas que había en la sala. Tenía un sistema de trapos de colores demasiado complicado para seguirlo.

Robert abrió los ojos y la miró.

Una mujer joven cruzó la sala y se detuvo junto a la cama de enfrente. Se remangó cuidadosamente hasta los codos antes de inclinarse sobre la cama y abrazar a un hombre mucho mayor. Al reincorporarse, el hombre se hundió entre las almohadas y asintió varias veces.

Oyó retazos de explicaciones. Todo el mundo daba por supuesto que ya le habían contado algo. Hablaban de procedimientos y posibles resultados como si ella ya hubiera pasado antes por una situación así. Los médicos tenían la costumbre de tocarle el brazo cuando terminaban de darle

explicaciones. Las enfermeras le tomaban el pulso y la presión arterial a Robert. Llegaron dos celadores y se lo llevaron en la cama.

Bridget le mandó otro mensaje. En las noticias no habían dicho nada de los dos chicos y la gente que conocía en el Instituto no abría la boca. No le daba buena espina.

«No abrían la boca» significaba que no decían nada.

Llamó Sara. Llevaba un rato intentando hablar con ella. ¿Se le había estropeado el móvil? ¿Qué iba a pasar ahora? Anna le dijo que Robert se pondría bien. Que seguramente no se moriría, le aclaró. En esos momentos era imposible predecir cómo iría la recuperación a largo plazo. Sara hizo unos ruidos que podían ser de llanto. No se oía bien con el jaleo del tráfico. Es que no podía creérselo. Anna dijo que la llamaría después, que en ese momento estaba en el hospital.

Recibió varios correos electrónicos del trabajo. La directora de investigación quería «ponerla al día» de los últimos detalles de la propuesta para el REF.* También quería saber si podría asistir a la siguiente reunión.

Frank llamó para saber si había noticias. Le dijo que se habían llevado a Robert para hacerle otro escáner. Le preguntó si quería que fuera a Santiago, si lo necesitaba. Esas preguntas parecían implicar otra muy importante, pero no quiso saber cuál era.

Cuando volvieron con Robert, lo traían sentado en la cama, apoyado en más almohadas. La miró y una media sonrisa le torció la boca. Se inclinó hacia él y lo miró a los ojos. Él abrió la boca y la cerró. Ella puso las manos sobre las suyas y le besó en un lado de la cara. Olía diferente. Anna retrocedió. La mirada de Robert vagaba de un lado a otro. Le dijo hola; fue lo único que se le ocurrió. Él abrió la boca y la cerró. Estiró los labios y ella no supo si intentaba sonreír, si se estremecía de dolor o si quería decir algo.

Le preguntó si se encontraba bien. Le preguntó si se notaba diferente. Le preguntó si sabía cuánto tiempo llevaba allí. La mirada de Robert iba de un sitio a otro, de su cara a la habitación. Le preguntó si entendía lo que le decía. No contestó. Le cogió la mano. Esperó.

—Ju.

—¿Qué es, Robert?

—Juuu.

—¿Robert?

Se acercó una enfermera y dijo algo en español. Señaló la boca de Robert y después se tapó la suya con la mano.

—*No hablar* —dijo—. *Sin palabras*.

Algo de palabras. No hablar. Anna sonrió y le dio las gracias. Notó la inquietud de las manos de Robert entre las suyas. Abría y cerraba la boca. Emitía sonidos.

—Estamos en Santiago, Robert. Te han sacado de allí. Estabas en apuros, creo.

—Ju.

—¿De acuerdo? Te sacaron de allí.

—Ju…

—¿Robert? Pronto nos iremos a casa, en cuanto estés preparado.

—Ju, ju. Juuuu.

—

Al día siguiente se despertó cuando todavía era de noche. Se trata de su marido. Se trata de Robert. Ha pasado algo. Un derrame es una lesión cerebral. Hay que esperar a que baje la inflamación. No habla. No se puede saber el alcance. Todavía no. No lo han dicho. De momento solo podemos esperar. Existen muchas estrategias de evaluación e intervención en casos de afasia.

En la planta baja, el restaurante estaba vacío. En la calle el tráfico era denso. Miró el mapa en el móvil, que trazaba una ruta hasta el hospital. Vio el mercado central. Se preguntó si habría una Casa de Reunión de Amigos cerca y si encontraría tiempo para ir. Andreas le sirvió café y le preguntó por su marido. Llevaba tres años trabajando en el hotel. Su exnovio le había enseñado a hacer dibujos en el café con la espuma. Le dijo que lo hacía más por afecto que por el efecto.

Fue andando al hospital y leyó los mensajes. ¿Alguna novedad? ¿Has hablado ya con los médicos? ¿Ha llamado Frank? Anna, ¿quieres que me encargue yo del resto de la familia? Lo siento mucho. Por favor, avísanos. Ponnos al día. Si

hay algo que podamos hacer no dudes en decírnoslo.

El hospital no estaba tan lejos como le había dicho Brian. Cuando llegó a la sala, una enfermera estaba lavando a Robert en la cama. La oyó murmurarle algo mientras trabajaba, le contaba lo que iba haciéndole. Hablaba en español; algo así como «girar un poco» y «lavarse el trasero». Era difícil distinguir las palabras. Robert tenía los ojos entreabiertos, pero de vez en cuando los abría del todo y miraba a la mujer. Ella le levantaba los brazos y las piernas y le daba la vuelta con pericia, como si no tuviera que esforzarse. Lo tocaba sin la menor inhibición. Anna tendría que hacerlo también, pronto.

Se oyó un revuelo en el mostrador. Una mujer sostenía dos grandes ramos de flores y una enfermera intentaba quitárselos. Daban voces en español y la mujer de las flores levantaba los brazos para impedir que la enfermera las alcanzara. Se sumaron otras enfermeras y la conversación se trasladó al pasillo. El sonido de las voces se amortiguó.

Tenía más correos de su colega, le preguntaba si podía editar los informes de los últimos paquetes de datos en los que habían trabajado. Comprendía que era un mal momento, pero el equipo dependía de su aportación. No quedaba nada para la conferencia de Montreal.

Llegó una logopeda para evaluar a Robert. Le dijo que sacara la lengua y él la miró sin entender, hasta que ella sacó la suya. Le dijo que expulsara el aire hinchando las mejillas, le enseñó cómo hacerlo y luego le puso los dedos en los labios. Le dijo que estaba progresando. Anna no tenía ni idea de en qué estaba progresando. Robert la miró con una expresión que no supo interpretar. La mujer le ofreció agua y le aplicó el estetoscopio a la garganta mientras bebía un traguito. Le pidió que bebiera otra vez. Miró al techo mientras escuchaba cómo tragaba. Asintió con un gesto de la cabeza y dejó el estetoscopio. Le hizo unas preguntas y tomó nota cuando le contestaba. Algunas eran inesperadas. Le preguntó si se llamaba Pedro y cuando él dijo «jur» le preguntó si podía decir sí o no con la cabeza. ¿Se llama Pedro? Robert recorrió toda la habitación con la mirada. Le preguntó si se llamaba Robert y él volvió a centrarse en la logopeda. Agachó la cabeza, la levantó y

se llevó la mano al pecho.

—Juurr.

—¿Se llama Robert?

—Juurr.

—Bien. De acuerdo. Robert.

Escribió algo. Él la miraba. Daba golpecitos en las sábanas con los dedos. Le preguntó si estaban en un hotel. La miró y se quedó a la espera. Le preguntó si estaban en un hospital. Él bajó la cabeza bruscamente y la levantó. Un gesto de asentimiento, sí.

—Juuur.

—*Bueno, bueno*. Muy bien. De acuerdo.

Le preguntó si estaba en la cama, él asintió. La logopeda señaló a Anna y le preguntó si esa señora era el padre de Robert. Robert soltó una carcajada seca. ¿Es su mujer? Asintió.

—De acuerdo, bien. Veamos. Quiero que haga lo que le diga. Tóquese la nariz, Robert. ¿Puede? Llévese los dedos a la nariz.

Lo hizo. Se llevó la mano a la cara lentamente y encontró la nariz. Pareció sorprenderse de encontrarla.

—Señale al techo.

Movió la mano en el aire sin dejar de mirar a la mujer.

—Tóquese la cabeza y después señale a su mujer.

Miró a Anna. Levantó la mano y la dejó caer. Movió los ojos de un lado a otro. La cara le cambió en una serie de expresiones que no lograban asentarse. La mujer tomó nota.

—Bien, quiero que se toque la rodilla después de volverse hacia la ventana.

La miró. Sacudió la cabeza. Puso cara de mal humor e hizo unos ruidos guturales. La mujer le tendió la mano y le dijo que todo iba bien, que ahora estaba cansado, que volvería. Robert se recostó en las almohadas y los ojos se le cerraron inmediatamente.

Vinieron las enfermeras para tomarle la presión, el ritmo cardiaco, el respiratorio. Le levantaron los brazos, le rascaron los pies y le dijeron que tragara agua. Ella miraba y esperaba. Intentó trabajar. Se distrajo. El término afasia se refiere a un amplio abanico de déficits causados por lesión cerebral. El

déficit puede ser expresivo o receptivo. La velocidad y el alcance de la recuperación varían y son difíciles de predecir. El cielo estaba despejado y hacía calor. Bridget estaba a su disposición si tenía ganas de hablar. Cuando fuera. Robert respiraba regular y superficialmente. La miró, abrió la boca y la cerró, sus ojos vagaban por toda la habitación.

Bridget siempre quería hacerla hablar. Tenía la impresión de que Anna *se tragaba las cosas*. Desde el principio, desde el día en que se hicieron amigas. Puedes contarme lo que sea, Anna, sé escuchar. ¿No hay que dejar de hablar para saber escuchar? ¿Para qué me voy a callar hasta que no empieces, mi niña? ¿Para qué voy empezar si tienes tanto que decir? Cierto, ¿te he contado lo del chico nuevo? ¿Dean? ¡Dios, no! Quise decir Plank. No es un gran conversador, pero es un tigre en lo otro. ¿Un qué en qué?

Un asistente con bata amarillo claro pasó por la sala con un carrito cambiando jarras de agua y llevándose las tazas y platillos vacíos.

Llamó Sara y le preguntó si se encontraba bien y por qué no respondía a sus llamadas. Anna le contó que Robert estaba en buenas manos. ¿Sabía cuándo volverían a casa? Anna creía que todavía tardarían un poco. Sara tenía un problema en el trabajo. Estaba preocupada porque había dicho algunas cosas que a lo mejor se habían malinterpretado. Anna le dijo que hablara con el jefe de su sección. Sara emitió unos ruidos como si estuviera discutiendo con alguien.

Llegó Brian y preguntó qué tal estaba Robert. Todo el personal del Instituto le mandaba sus mejores deseos. Tenía que decirle una cosa. Anna preguntó de qué se trataba, si se sabía algo más de los colegas de Robert. Sí. De eso quería hablar con los dos. Lo lamentaba muchísimo. Le habían pedido que hablara directamente con Robert. A continuación masculló algo. Anna le pidió que lo repitiera. Algo iba mal. Habían tardado más de lo esperado en localizar al segundo colega de Robert y en, digamos, extraerlo. Desgraciadamente ya no estaba entre ellos, es decir, había fallecido en el vuelo a Bluff Point.

Robert intentó incorporarse agarrándose a la barandilla de la cama. Hizo un ruido con el labio de abajo: *fuarr, farr*.

Querían informar a la familia antes de hacer pública más información. Lamentaba muchísimo ser portador de tan malas noticias, por decirlo así.

Anna preguntó qué demonios era lo que había pasado. Lo dijo en un tono más fuerte de lo que pretendía. Brian dijo que lo sentía muchísimo, que entendía que esto era… que hubiera deseado… que todo hubiera...

Todavía estaban intentando aclarar los hechos.

3 _

Por la mañana la despertó el teléfono. Clavó la vista en el techo mientras el aparato sonaba y vibraba en la mesita de noche. No quería mirarlo. Lo tapó con una almohada. Todavía lo oía y siguió apretando la almohada hasta que dejó de sonar.

Se trata de su marido. Se trata de Robert. Ha pasado algo. Un derrame es una lesión cerebral. Hay que esperar a que baje la inflamación. No habla. No se puede saber el alcance. Todavía no. No lo han dicho. De momento solo podemos esperar. Disponemos de muchas estrategias de evaluación e intervención en casos de afasia. Es imprescindible que nos mandes tus comentarios sobre el borrador antes del plazo de entrega, mañana. Bridget se acababa de enterar de lo de Thomas. Qué horror. Qué pena. ¿Cómo está Robert? Anna no sabía quién era Thomas. El colega de Robert. Desgraciadamente uno de ellos había fallecido. La web de la BBC informaba de un trágico accidente en la Antártida. Thomas Myers era especialista en sistemas de información geográfica. En la noticia se mencionaban problemas con los equipos de navegación. Se hablaba de la evacuación de un colega de más edad. Se especificaba el excelente historial en cuestiones de seguridad del Instituto y se destacaba que el último fallecimiento se había producido en 1998. Había una foto de Tim Carruthers.

Frank la llamó cuando iba de camino al hospital. Quería saber lo que había pasado. ¿Lo sabe papá? ¿Te lo ha dicho él? ¿Con quién ha hablado? Anna le dijo que más despacio. Le recordó que Robert no podía decirle nada a nadie. ¿Qué le han preguntado? ¿Qué te han dicho a ti? No le dejes hablar con nadie, le dijo Frank. Que ni siquiera diga que lo siente.

Anna miró el móvil preguntándose si no se habría estropeado. No puede hablar con nadie, repitió. No, mamá, no puede; no le dejes, ¿vale?

En la sala, una enfermera le enseñó a darle de comer. La comida estaba triturada y olía a plátano. Robert masticaba despacio, de una forma rara, y se le caía el puré de la boca. La enfermera se lo limpiaba con una servilleta. *Un poco*, dijo. Se llamaba Rosanna. Llevaba siete años trabajando en la sala. «*Un poco*» quería decir poca cantidad. Le limpió la cara a Robert otra

vez y se fue. Robert miró a Anna, miró el cuenco y enarcó las cejas. Hizo un ruido gutural. Un gruñidito o un gemidito. Cuando terminó de comer ella le contó que el que había muerto en la estación K. era Thomas. La miró. Thomas Myers, le dijo. Thomas. Robert soltó una especie de bufido y se mordió el labio inferior. Anna le preguntó si lo conocía mucho. Le preguntó qué había pasado. Él la miró y frunció todas las partes de la cara que pudo.

Llegaron dos fisioterapeutas. Querían hacer unos ejercicios con Robert. Lo sentaron levantando el cabecero de la cama y se colocaron una a cada lado. Le dijeron que levantara un brazo, más, más, y el otro. Estire los dedos. Ponga la mano contra la mía. Más fuerte, más. Sujete esta taza con la mano izquierda. Y con la derecha. No, de acuerdo. Lo destaparon y le dijeron que moviera los pies, los dedos, que levantara una pierna, la otra. Anotaron cosas. Le dijeron que por ese día ya estaba, que muy bien, que descansara y que al día siguiente volverían y lo pondrían de pie.

Una limpiadora con bata marrón recorrió las salas con un carrito de lavandería, dejando un juego limpio de sábanas y almohadones en la mesita de cada cama. La luz y las sombras alargadas se movían por el suelo. Bridget le mandó besos y abrazos otra vez y la promesa de una botella de vino en cuanto volviera. Había ido a su casa a echar un vistazo. Anna le dijo que se encontraba bien, que estaba otra vez en el hospital, que Robert dormía.

Brian volvió y habló de una investigación. Por lo visto no entendía las dificultades de comunicación de Robert: como no le contestó, se limitó a hacerle la misma pregunta otra vez, más despacio y más alto. El colega superviviente era un joven que se llamaba Luke. Luke Adebayo, apellido que Brian pronunció con mucho esfuerzo. Se estaba recuperando en la enfermería de Bluff Point y seguramente volvería a Cambridge en el siguiente vuelo comercial. Lo habían informado del estado de Robert.

Hay que esperar a ver.

Volvió la logopeda. Se llamaba Julia. Vivía en la parte norte de la ciudad y tardaba una hora en coche para ir de casa al trabajo todos los días. Tenía un archivo de notas y una carpeta

con tarjetas plastificadas con imágenes y listas de palabras. Había buscado la traducción de las palabras al inglés en internet, le dijo. Le enseñó la imagen de un gato.

—¿Esto es un gato, Robert?

—Sin. Sin. Sí.

—Muy bien. Diga «gato».

Robert abrió la boca y soltó una especie de eructo, como si la palabra se le atragantara. Julia asintió, anotó algo y le enseñó la imagen de un barco.

—¿Esto es una bota? ¿Una bota, Robert?

—Bbbb. Sí. Bbbb.

—Es una cosa que flota en el agua, Robert. ¿Una bota flota?

—Bbbb.

—¿Es un barco?

—¡Sí!

—Barco. Bien. Bbbb: barco.

Anotó más cosas. De pronto se volvió hacia Anna y sonrió. Cogió la tarjeta de un avión.

—Va-va-va.

—¿Ya sabe decir esto?

—Ave-ion. Rojo. Ave-ion rojo.

—¿Avión? Sí. Avión. Muy bien.

—Ave-ion rojo.

El avión del dibujo era azul. Julia lo pasó por alto y continuó. Le enseñó imágenes de globos, vacas, coches y radios y observó cómo intentaba mover la boca para formar las palabras, aunque a veces no sabía siquiera qué palabra intentar. Tomó notas y dijo que volvería al día siguiente. Robert se durmió.

En el lado opuesto de la sala, la joven espabilada con las mangas remangadas estaba sentada junto a la cama del hombre mayor. Leía una revista, pero la dejaba continuamente para mirar el móvil. De vez en cuando, mientras escribía, se le dibujaba una sonrisa en los labios. Y cada vez que eso sucedía se tapaba la boca hasta que recuperaba la expresión seria habitual.

Anna fue a la cafetería e intentó trabajar. Había activado el aviso de «fuera de la oficina», pero aun así algunos correos no podían esperar. Había que reorganizar supervisiones de

doctorado; encontró un correo un poco alarmante de un investigador asociado sobre una ubicación errónea en el servidor. Se acercaba la fecha de entrega de una solicitud para una subvención importante y su colega necesitaba completar los detalles si iba a encargarse de la redacción. Había que concretar las sustituciones de profesorado. Los alumnos estaban muy comprometidos con sus estudios y muy impacientes por empezar en el mundo de la investigación. Se preguntó hasta dónde llegarían. Solo podían corroborar las mismas cosas otra vez más, siempre con mayor certeza y detalle. Sí, existía una relación clara entre las emisiones de CO_2 y el calentamiento global. No, no había precedentes históricos. Sí, se requería una intervención inmediata.

Cuando volvió a la sala habían cerrado las cortinas que rodeaban la cama de Robert. Una alarma aguda sonaba débilmente. Oyó gente moviéndose alrededor de la cama, hablaban rápidamente entre ellos. Una enfermera la agarró del brazo y la acompañó a una silla.

—Aquí, espere —le dijo—. Estará bien.

—

Por la mañana fue a una Casa de Reunión de Amigos que había encontrado por internet. Era una habitación situada encima de una tienda de ropa de caballero, con las paredes enlucidas y desnudas y unas cuantas sillas de madera dispuestas en un círculo pequeño. Se sentó a esperar. Había tres personas más. Cerca de la ventana las flores de un jarrón alto temblaron cuando un camión pasó por la calle. Se le calmó la respiración. Llegaron otras dos personas. Cada vez que la brisa agitaba las cortinas la luz se movía por el suelo. Más o menos media hora después un señor mayor se levantó con cuidado y habló en inglés, con un acento que le parecía de Texas o de Florida. Dijo algo de esperar una llamada. Una llamada a la acción como otra cualquiera, dijo. Ella no entendió muy bien lo que quería decir. A menudo no entendía lo que decía la gente en las reuniones. Le habría gustado que dijeran algo más de lo que tenían que decir. Y le gustaba el silencio. Hacía alrededor de un año que no iba a una reunión. Hacía tiempo que había perdido la costumbre. A Robert nunca le había interesado y los chicos se rebelaron

cuando intentó que la acompañaran, y de esa forma las reuniones se convirtieron en una cosa secundaria. Una cosa que tal vez recuperaría en algún momento. Se dio cuenta de que lo echaba de menos. No entendía por qué no había vuelto en cuanto los chicos se fueron de casa. Siguió sentada, escuchando el ruido de la calle. Se movió un poco. Al final de la reunión se estrecharon la mano unos a otros y ella salió discretamente.

Fuera, un hombre que estaba al lado de una carreta llena de naranjas le dijo algo en español. Ella se fijó en cómo movía la boca. Le dijo *Gracias* y siguió andando.

Cuando llegó a la sala Robert estaba sentado al borde de la cama, con una fisioterapeuta a cada lado cogiéndolo por la cintura y un andador delante. Las escuchaba con toda la atención. Anna se quedó mirando. Poco a poco lo ayudaron a ponerse de pie. Ellas ponían casi toda la fuerza. A él le temblaban las piernas. Le temblaba todo el cuerpo. Las fisioterapeutas hablaban en español entre ellas y pronunciaban el nombre de Robert una y otra vez. Cuando ya estaba casi erguido le colocaron las manos en el andador. Robert gritó de dolor o de alegría y, con cuidado, lo devolvieron a la cama.

Por la noche un joven había ocupado la cama de enfrente. Llevaba un tubo en la nariz y tenía una bombona de oxígeno al lado de la cama y el lado derecho del cuerpo muy inquieto. Gruñía y de vez en cuando gritaba. Las enfermeras echaban un vistazo y lo dejaban en paz.

Llegó Rosanna, le tomó la tensión a Robert y anotó unos números en la hoja de control. Llegó otra y le dio la medicación. Ya podía tragar pastillas, eso significaba menos pinchazos. Las agujas le habían dejado cardenales en los dos brazos. Miró a Anna e intentó sonreír. Enfocaba la mirada de una forma distinta. No había recuperado el habla, pero empezaba a ser capaz de seguir una conversación.

—Cuánto trabajan aquí, ¿verdad?

—Juuur. Sí. Sí, evi… nente.

—Pero preferirías estar en la estación K.

—¡Juur! ¡Dios!

—Al menos tendrías paz y tranquilidad.

—Ah, evindemte. Claro. Se.

—*Sí*

—Sí, sí.

—He hablado con Sara.

—¿Juuur?

—Está bien. Tiene algún problema en el trabajo. Le parece que la dejan de lado o algo así. No sé.

—Sí, sí. Dios.

—Ya. Lo único que necesita es encontrar un trabajo a su medida. No sé muy bien si esto de… de…

—¿Juuur?

—No, yo tampoco sé muy bien qué es lo que hace. Estrategias de mercado, o estrategias digitales de mercado… No sé.

—Sí, sí.

—¿Te acuerdas de cuando quería ser médico?

—Juuur.

—Nos vendría bien ahora.

—Jaaarrr.

—Frank también ha escrito.

—Sí, sí.

—Bueno, ya sabes, todo el mundo manda mensajes. Frank quiere que hagamos una videollamada la próxima vez que venga el médico a hablar con nosotros. Dice que quiere oírlo todo. Quiere saber qué planes hay.

—Paj-lanes.

—Muy bien. *Planes*.

—Paj-lanes.

—Le he dicho que en realidad no hay planes, pero de todos modos quiere enterarse.

—Sí, sí. Bueno evidentemente, claro.

—Claro.

Vino una enfermera a quitarle la sonda y a enseñarle a usar la cuña. Cerró las cortinas y lo destapó. Hablaba con los dos. Era incómodo verla manipular el pene a Robert, pero procuró concentrarse. Tenía la punta del pene irritada. La enfermera quería que hiciera pis en ese momento, pero estaba claro que a Robert le daba vergüenza. A Anna le reconfortó que se la diera.

—

Por la mañana se despertó y todavía estaba en Santiago. Robert todavía estaba en el hospital. El chico que había muerto estando a su cargo todavía estaba muerto. En el desayuno miró el correo. Había una confirmación de vuelo y supuso que era un error. Andreas le sirvió café y tostadas. Tal vez el sistema había generado la vuelta automáticamente. Le diría a Brian que lo arreglara. Andreas le sirvió fruta fresca y preguntó por Robert.

En el hospital Brian le presentó a una chica vestida con un forro polar y le dijo que se llamaba Kristy. Era médica y trabajaba en el Instituto. Parecía muy joven. Anna le dio la mano y le dijo hola. Kristy dijo que se iba a encargar de la repatriación y que haría el viaje con Robert. Le costó un momento asimilar la palabra «repatriación». Le preguntó qué quería decir y Kristy le explicó que solo se refería a trasladar al paciente a su país de origen.

—No, disculpe, sé lo que significa la palabra. Lo que pregunto es cuándo dice que lo van a repatriar. ¿Cuándo se ha decidido esto?

Kristy hizo un mohín y se volvió a Brian. Este dijo que estaba todo listo para trasladarlo a la unidad cardiovascular de Cambridge y que creía que ya lo habían hablado. Anna dijo que no, que no lo habían hablado.

—Se, se —dijo Robert—. Coj, coj. Coj-sa.

Anna le dijo que todavía no se iba a casa. Solo al hospital de Cambridge. De pronto se le cayó todo el cansancio encima. Robert no estaba preparado, de eso estaba segura. Se lo dijo a Brian o a Kristy, y los dos contestaron que evolucionaba muy bien. Que estaba fuera de peligro. Que podía viajar y que se recuperaría mejor en un hospital británico, en un entorno conocido. Creía que íbamos a pasar unas cuantas semanas aquí, dijo Anna, y Brian se disculpó. Creía que le habían explicado todo.

—Bien. Kristy, ¿no?

—Sí. Soy médica y trabajo en el Instituto, en el departamento médico.

—Sí, me lo acaba de decir Brian. ¿Puedo preguntarle si estaba allí, sobre el terreno?

—¿Con Robert? Sí, estuve presente en la evacuación.

—¿Lo encontró usted?

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

Kristy se volvió hacia Brian antes de responder. Fue un gesto muy sutil e intentó disimularlo, pero Anna lo vio. No sabía qué significaba, pero lo vio. Cuando Kristy respondió lo hizo en un tono oficial, impostado. Le habló de la primera confirmación de la localización, de la mala visibilidad, de la falta de comunicación por radio, del arriesgado aterrizaje. Dijo que el hecho de que estuviera en la pista de aterrizaje había sido crucial. No sabían cómo, pero había llegado hasta allí desde una tienda que estaba a unos quinientos metros. Mientras ellas hablaban, Brian miró el móvil y luego se dirigió a la entrada de la sala. Kristy dijo que la debilidad que mostraba Robert en el lado derecho era un síntoma claro de lesión cerebral. Vaciló un momento, añadió que eso significaba un derrame cerebral y Anna le repitió que esa aclaración era innecesaria.

—Teníamos que hacer muchas cosas, pero no podíamos hacer casi ninguna hasta trasladarlo a unas instalaciones médicas bien dotadas. Dos colegas míos se quedaron con Luke para seguir buscando a Thomas. Había otro equipo en camino. Teníamos que sacar a Robert de allí lo antes posible. Estaba al borde de la hipotermia, claro. Su nivel de respuesta era mínimo. Pero lo conseguimos. Fue muy valiente, ¿verdad que sí, Robert?

Robert la miró. Brian dijo que tenían que irse ya. Y que la pondría al día lo antes posible. Cuando se fueron, la sala se quedó en silencio un momento. Anna miró a Robert.

—Yo, vaaaal —dijo.

—Eso es, Robert, valiente. Vaaal. Un chico muy valiente. Bien hecho.

Escribió a Frank, a Sara y a Bridget para contárselo. Frank le pidió los datos del vuelo. Bridget dijo que haría lasaña. Anna compró una caja de bombones y una tarjeta para las enfermeras en la tienda del hospital. Solo sabía el nombre de tres. Llevó las dos cosas a la sala y le dijo a Robert que se encontrarían en Cambridge. Él intentó decir algo de un avión levantando la mano en el aire. Sí, dijo ella: él iría en avión.

Volvió al hotel e hizo la maleta. Andreas pidió un taxi y,

mientras lo esperaban, le preguntó si había disfrutado de la estancia. Ella lo miró.

—Lo siento —se disculpó él—. A veces hablo sin pensar.

—Eso puede ser peligroso, Andreas.

—Espero que su marido se recupere pronto.

—Gracias. Yo espero que…

—Ahí está su taxi.

El taxi olía a tabaco y a ambientador. Abrió la ventanilla y el calor del atardecer entró a chorros. El taxista apretó un botón y la ventanilla se cerró.

El aeropuerto estaba casi vacío y le pareció más grande de lo que recordaba. Pasó por el detector de metales y se vació los bolsillos. Le preguntaron si quería comprar perfume. Frank le mandó un mensaje diciendo que iría a buscarla al aeropuerto.

Cuando el avión despegó el asiento de al lado iba vacío. Lo agradeció. El auxiliar de vuelo sirvió la cena y le preguntó si todo estaba bien y si había disfrutado de la estancia. Anna no había visto casi nada de la ciudad. No había ido al mercado central ni al cerro de San Cristóbal. No había comido sopa de congrio ni empanadas. Todo bien, le dijo al auxiliar. Gracias. Todo en orden.

—

Frank la esperaba en el vestíbulo de llegadas y la llevó a casa en coche. El cambio de tiempo respecto a Santiago fue todo un golpe. Al cruzar el aparcamiento notó el aire húmedo en la piel. La parte alta de las farolas se perdía entre la niebla. Había muchos coches en el aparcamiento. Bridget quería saber cuándo podía ir a verla. Sara, cuándo la llamaría.

Frank conducía deprisa pero bien. No ponía música, se concentraba en lo que hacían los demás conductores. Le preguntó qué le había parecido Santiago y ella le dijo que en realidad no había visto nada.

—Solo el hospital y el hotel.

—Ya, claro.

—Y fui a una reunión.

—¿Sigues yendo?

—Sí.

—¿Todavía crees en esas cosas?

—Me parece que creer o no creer no viene al caso. Me gusta ir a las reuniones.

—Vale, sí, está bien.

Iban en dirección norte y el sol se estaba poniendo. Los campos se veían vacíos y oscuros a ambos lados de la carretera. Se apreciaba la helada por encima de los surcos de las tierras de labor. Unas nubes bajas emborronaban el horizonte. A su espalda, la noche se cerraba. Avistaron la casa desde lejos: una silueta baja contra el cielo. Por algún motivo habían dejado las luces encendidas.

4 _

Había comprado la casa ella sola, en ausencia de Robert. No fue una decisión precipitada, pero la tomó rápidamente y no se le ocurrió pedirle su opinión. Siempre se había enorgullecido de saber hacer las cosas sola cuando él no estaba. Así era como funcionaban. Vamos a ser una anomalía. Mi marido está fuera. Se iba en noviembre y volvía en marzo, era el ritmo de su vida en común. La primera vez que volvió le sorprendió tener tantas ganas de verlo. Ganas de su cuerpo, de oír su voz. No se había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos cuando no estaba. Con el tiempo, esas ganas se suavizaron, aunque nunca desaparecieron del todo.

En dos ocasiones estuvo fuera el año entero, como personal de apoyo en un campamento remoto durante el invierno antártico. Le gustaba poder decir que su marido estaba «fuera, en la Antártida». Sonaba glamuroso. Heroico por ambas partes. Consiguió un puesto fijo de investigadora en la universidad y publicó varios artículos que tuvieron buena acogida. La gente sabía que estaba sola a menudo y los colegas jóvenes del departamento contaban con ella para salir. En dos de estas salidas había terminado en la cama con un hombre. Le había resultado muy agradable las dos veces, pero había considerado que continuar así complicaría las cosas y no valía la pena. Bridget no sabía nada de esto; Anna se imaginaba que la sorprendería.

Bajó por la mañana y encontró todo el correo apilado encima de la mesa de la cocina. Seguro que lo había recogido Frank. Tardó un momento en entender lo que era. Todavía le vibraba el cuerpo después del largo vuelo hasta casa. Frank dormía en la habitación de invitados. Fuera estaba oscuro. Preparó una tetera y se sentó a la mesa. Separó los sobres escritos a mano de las facturas y la propaganda y empezó a leer. Cuánto lo siento. Lo siento mucho. Que se mejore. Que tenga una rápida recuperación. Un excelente compañero. Espero que vuelva pronto. Rezamos por él. Supuso que eso era lo que sucedía cuando alguien moría. Condolencias. Letra desconocida. La gente buscaba las palabras justas y no siempre daba con ellas.

Recibieron un montón de tarjetas parecidas cuando se casaron y se mudaron a su primera casa. Casi todas para darles la enhorabuena y desearles suerte. La cabañita escondida entre árboles con el huerto que llegaba hasta el río. La mesa que ocupaba toda la cocina. En aquellos momentos no entendía lo de «suerte». Un solo dormitorio al final de las estrechas escaleras y el cuarto de baño que daba a la parte de atrás, al huerto. No era suficiente para una familia, pero cuando nació Frank no quiso buscar otra solución. Había hecho tantas cosas en la casita que no quería irse: restaurar las puertas del armario, que estaban abombadas; arreglar los interruptores, que zumbaban cuando encendía la luz; atornillar las escaleras, que crujían. Había dividido el único dormitorio para disponer de un espacio para Frank. Había construido una cerca al final del huerto después de que Frank se cayera de cabeza al río y ella lo rescatara agarrándolo por el pelo antes incluso de darse cuenta de lo que pasaba. Pero cuando supo que estaba embarazada de Sara, poco después de que Robert se fuera otra vez al sur, la vendió y compró una nueva sin contárselo ni siquiera por carta.

La casa nueva era húmeda, estaba expuesta al viento y apenas rebasaba el nivel del mar del siglo xix, por no hablar del que vendría en el xxi. Por allí no pasaba ningún autobús ni había colegios cerca. Estaba a veinte minutos en coche de la casa de Bridget. Fue una decisión poco justificada. Pero tenía una habitación para cada niño y una puerta que comunicaba directamente la cocina con el huerto… y en el huerto había árboles frutales, bidones de compostaje y una vista ininterrumpida de campos y árboles hasta el horizonte; cada vez que llegaba a casa y veía las luces brillando en la oscuridad sabía que lo había hecho bien.

Oyó movimiento arriba. Terminó la primera taza de té. Fuera, una fina neblina blanca rasgaba la oscuridad. Se distinguía la silueta del ciruelo damasceno al final del huerto y poco más. Y un tenue resplandor rojizo en el horizonte: el tráfico de la A-14.

Robert es un colega respetado. Esperamos que vuelva pronto con nosotros.

Los niños siempre estaban inquietos cuando Robert volvía

de la Antártida. Normal, claro, después de cuatro o cinco meses de ausencia, pero él nunca se lo esperaba. Si los cogía en brazos, se retorcían para que los soltara, y ella le decía que era porque estaban cansados. Él le recordaba lo importante que era su trabajo y que no podía evitar las ausencias. Ella tenía que tranquilizarlo a él y a los niños, convencerlos de que pasaran el rato con el hombre al que no estaban acostumbrados a ver por casa.

Pero en primaria empezaron a enorgullecerse de él y de lo que hacía y, por lo que sabía, aprovechaban la mínima ocasión para presumir de él en el colegio. Al parecer, no presumían de que ella construyera sofisticados modelos oceanográficos por ordenador. Tal vez nadie les preguntara. La habitación de Frank en particular estaba llena de los artefactos que traía Robert: brújulas y hachas de hielo, mapas y cartas de navegación en las paredes. Y empezaron a oír contar a sus amigos lo peligroso que debía de ser ese sitio. Cada vez que se va me preguntan si le va a pasar algo, le contó a Bridget. Claro, y naturalmente tú les dices que no, ¿verdad? Bueno, les digo que hay grandes peligros, pero que tiene mucho cuidado. Anna, por Dios, se supone que hay que mentir a los niños sobre esas cosas, ¿no crees? A mí no me parece bien, Bridget.

En la adolescencia se volvieron más rencorosos. A menudo le preguntaban de qué les servía tener padre. En una ocasión Sara la instó a divorciarse. Y de repente desaparecieron, primero Frank, después Sara, y cuando Robert se fue otra vez al sur, la casa entera quedó a su disposición. En su ausencia volvió a acostumbrarse al silencio. Empezó a darse cuenta de lo mucho que hablaba Robert cuando estaba en casa. A veces discutían por eso. Él le decía que antes le gustaba oír todo lo que contaba. Y la última vez, en octubre, cuando estaba haciendo el equipaje para irse, le habló largo y tendido de los nuevos compañeros con los que iba a trabajar y de algo que había sucedido en el curso de formación; cuando ella salió de la habitación antes de que él terminara de contárselo, sencillamente la siguió. Ella le soltó un desplante.

Luego, cuando le contó la anécdota a Bridget, parecía de broma. ¡Qué mal se te dan las palabrotas, mi niña! ¿«Calla de

una mierda vez»? ¿Qué demonios significa eso? Bueno, pues funcionó, Bridget. Se calló de una mierda vez. No me contó el final de la historia. Silencio sepulcral. Se fue por la mañana, muy temprano.

No podía ser que esas hubieran sido las últimas palabras que cruzara con él; no podía ser. Pero le daba la sensación de que sí.

—

Frank empezó a hablar antes incluso de entrar en el cuarto. Quería saber lo que le había contado Robert del «incidente».

—No me ha contado nada. Ha tenido un derrame cerebral, Frank. Casi no puede hablar.

—Dios, mamá, ya lo sé. Pero se puede comunicar, ¿verdad? ¿Puede asentir o negar con la cabeza? No sé qué le habrán preguntado, en qué les habrá dado la razón.

—Lo cierto es que no puede mover la cabeza de un lado a otro. No puede decir no.

—¿Qué?

—Solo mueve la mano un poco delante de la cara cuando quiere decir no.

—¡Uf! Bien. Pero ¿lo hace con sentido?

—No —dijo ella—. En realidad nada tiene sentido.

Frank se sirvió el desayuno y le dijo que irían juntos al hospital en su coche. ¿Alguien del Instituto le había preguntado algo a su padre? ¿Le habían ofrecido un abogado? Anna dijo que prefería coger el autobús y preguntó para qué iba a necesitar un abogado. Frank insistió en que irían en coche de todos modos. No estaba dispuesto a oír cómo se hacía la mártir. Algo había ido mal y el responsable era Robert.

—¿Responsable?

—No quiero decir que él tuviera la culpa. O sea, mierda, espero que no. Quiero decir que ocupaba un puesto de responsabilidad, ¿no es eso? Es vulnerable, mamá. Si los padres de esos chicos denuncian al Instituto, papá está en primera línea.

Anna empezó a recoger sus cosas. Le recordó a Frank que los que trabajaban en el Instituto firmaban varios documentos de descargo de responsabilidad. Asumían los riesgos, le dijo.

—Ahora hablas como papá.

—Lo único que digo es que ocurrió algo imprevisible. No van a culparlo a él.

—Te aconsejo que pongas la casa a tu nombre, mamá.

—Pero ¿qué dices?

—La casa. Los activos. Tienes que tomar precauciones.

—Bueno. No creo. Vaya.

—¿Nos vamos?

—Sí. De acuerdo. Bien.

—

A Robert le habían cortado el pelo y le habían arreglado la barba. No se imaginaba de dónde habrían sacado el tiempo, porque no llevaba ni veinticuatro horas en el hospital. Su cama estaba al fondo de la sala. Había una ventana, pero daba directamente a una pared de ladrillo. Le pasó la mano por la cabeza. A él no le gustaba así. Era demasiado corto. No tenía forma. La miró y asintió. Apareció una mujer que dijo que era la enfermera jefa. Empezó a hablar de horarios de visita y dijo nombres de médicos y de foniatras y Anna la interrumpió para preguntarle quién le había cortado el pelo. El peluquero venía cada quince días, le aclaró. Robert había dicho que sí, que adelante. Lo cierto era que tenían mucha experiencia en la comunicación con los pacientes y si él hubiera querido objetar algo habría podido explicarse. Anna le preguntó a Robert si le gustaba.

—Sí, sí —dijo—. Evidentemente, claro.

Le cogió la mano a Anna y se la llevó a la mejilla. Le habían cortado mucho la barba. No se la había visto así desde la época de estudiantes. La miró enarcando las cejas.

Frank le tocó el hombro a su madre y dijo que la enfermera le estaba preguntando si quería saber algo más.

Apareció otra enfermera con un monitor de presión arterial portátil. Le puso el brazalete y apretó unos botones. El brazalete se hinchó automáticamente. Robert abrió mucho los ojos. La enfermera le preguntó si le dolía algo o tenía alguna molestia y Robert dijo evidentemente, claro, claro.

—No sabe decir no —le aclaró Anna a la enfermera.

—Bien, evidentemente —dijo Robert.

—Robert, ¿puede decir sí si le duele algo?

Las miró a las dos y parpadeó. El monitor pitó varias veces y la enfermera se lo llevó. Fuera, en el aparcamiento, unos coches daban vueltas buscando un sitio libre, los faros se movían entre la niebla. Frank estaba haciendo algo con el móvil y yendo y viniendo por la sala. Anna le preguntó a Robert qué tal el vuelo. ¿Y qué tal era la joven y encantadora Kristy? Robert sonrió abriendo y cerrando la boca deprisa, haciendo unos ruiditos entrecortados. Anna interpretó que Kristy había hablado mucho.

—¿Y se quedó contigo hasta que te instalaron aquí?

—Sí, sí, claro.

—Y, Robert, ¿te acuerdas de que ella fue a buscarte a la estación K.? ¿Te acuerdas de lo que pasó allí?

Él movió la mano y puso los ojos en blanco. Anna no sabía qué quería decir: si no era nada, o si no valía la pena recordarlo, o si no quería hablar de ello en ese momento.

Otra persona se acercó a la cama y se presentó: el doctor Jones. Venía con un grupo de estudiantes de medicina. Tenía muchas preguntas que hacerle a Anna sobre el historial que le habían mandado de Santiago. Quería saber cómo era el hospital y qué procedimientos habían seguido o no. Dijo que no estaba muy claro. Le habían hecho unos escáneres. Habló de fisioterapia, de terapia del habla y de ayuda domiciliaria. Dijo que volvería al día siguiente por la mañana.

Frank preguntó que si estaban bien, que si podía irse. Tenía trabajo, un asunto de trabajo. Había surgido algo. Volvería enseguida. Anna le contestó que Robert había dicho que tenía muchas ganas de verlo. Frank se impacientó un poco y dijo que no le quedaba otra, que tenía que hacerse cargo de una cosa. La rodeó con un brazo y le dijo que se cuidara. Ella lo vio marcharse mirando el móvil y luego se volvió hacia Robert. Robert puso los ojos en blanco.

—Sí, sí, bien, evidentemente, sí.

—Cuánta prisa y qué poco tiempo —dijo Anna—, ¿verdad? Volverá. Y Sara viene el fin de semana.

Una mujer que empujaba un carrito de té preguntó si querían algo de beber. Le dio a Robert el menú de la comida y

de la cena. Sirvió té en tazas verdes de porcelana, con platillo. Anna esperó a que se enfriara y ayudó a Robert a llevarse la taza a los labios. Podía meter un dedo por el asa, pero no sostenerla recta todavía. El té le goteó por la barba y ella se la limpió con la manga.

Junto a la cama apareció un hombre calvo de barba arreglada. Era ancho de hombros y panzudo. Anna lo conocía de algo. Dijo que se llamaba Michael y que era del Instituto. Que estaba retirado, más o menos. Miraba a Robert mientras hablaba e iba acercándose a él, limpiándose las manos en los pantalones.

—Doc. Maldita sea. Un rasguñito de nada.

Robert lo miró y asintió. Anna se acordó de que lo había conocido en una conferencia. Tenía una risa escandalosa y sostenía el plato del bufet demasiado cerca de la boca.

—Mi, mi, mi. Mi coche.

—Michael.

—Sí, sí. Claro. Mi coche.

—¿Te cuidan bien aquí?

—Sí, sí. Sí.

—Y ¿han dicho…? O sea, ¿qué idea de…?

—Evidentemente.

—¿El pronóstico? Es decir, bueno, ¿recuperación?

Se dirigió a Anna, una vez perdida la confianza en la capacidad de Robert de entenderle y responderle. Según los médicos, hay que esperar a ver, le dijo. Claro, claro, asintió él.

Robert movió la mano e hizo un gesto con la intención de salir de la cama.

—Tabaco, tabaco —dijo—. Yo, tabaco, hummm.

Buscaba una palabra. Movió la mano como si saltara obstáculos pequeños. Michael lo observaba con atención.

—Enseguida, pronto. ¿Dentro de un poquito?

—Sí, sí.

—¿Volverás pronto al trabajo, Doc? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí, evidentemente. Pronto.

Michael se volvió a Anna y enarcó las cejas.

—Robert, Robert, ya veremos. ¿De acuerdo? Hay que esperar a ver.

—Claro —dijo—. Claro. Tabaco, tabaco.

Vino otra enfermera con el monitor de la presión. Michael dijo que los dejaba solos y que volvería un par de días después. La enfermera le puso el brazalete y apretó unos botones; le preguntó si le dolía algo o tenía alguna molestia. La máquina pitó varias veces.

Anna salió al pasillo y miró el móvil. Sara había dejado un largo mensaje de voz. Le habían dicho que la demanda por despido improcedente carecía de fundamento. Hacía dos meses que no pagaba el alquiler y sus compañeras de piso le habían dicho que se fuera. Quería saber si podía quedarse en casa un tiempo, poco, hasta que se aclararan las cosas. A Anna le impresionó el deseo tan vehemente de decirle que no. Dijo que sí, claro. Había un mensaje de texto de Bridget, decía que iría a hacer la cena a su casa y que Anna no se lo podía discutir. La hermana de Robert quería ir y quedarse también. Su directora de investigación esperaba poder ponerla al día tan pronto como fuera posible.

A última hora de la tarde llegó Bridget con dos bolsas de la compra y se fue directamente a la cocina. Se retiró el pelo de los ojos y se volvió hacia Anna con los brazos abiertos.

—Ven aquí, tonta —le dijo.

Sus abrazos siempre eran más largos y más firmes de lo que a Anna le gustaba, pero no se podía remediar. Anna esperó a que terminara de abrazarla.

—Estoy bien —dijo, antes de que Bridget se lo preguntara —. Estoy bien.

—Ya lo sé —dijo Bridget—. Siempre estás bien. Oye, voy a hacer unos tallarines. Llevan mucha nata. ¿Te apetecen?

Ya estaba revolviendo en los armarios, buscando cazuelas. Sacó una botella de vino de su bolso y se la señaló a Anna.

—¿Quieres que la abra? —preguntó Anna.

—No —dijo Bridget—, quiero que te la metas por el culo.

Anna la miró y esperó.

—Sí, Anna. Me gustaría que la abrieras, por favor. Gracias.

Anna sirvió vino y Bridget empezó a cortar cosas mientras hablaba del viaje que acababa de hacer, de las complicaciones que tenían ahora sus hijos y del cambio de carrera que se estaba

planteando otra vez y, en cuanto lo tuvo todo en una cazuela al fuego, se limpió las manos con un paño de cocina, se volvió hacia Anna y le dijo:

—Bueno, Bridget, cállate de una vez. ¿Cómo coño estás tú, eh?

Fue como si por primera vez alguien se lo preguntara de verdad, y no tenía respuesta. Todos le ofrecían ayuda, le preguntaban si podían hacer algo y luego se interesaban por cómo estaba Robert. Anna no sabía cómo estaba ella.

—Voy retrasada con el trabajo —dijo—. Estoy preocupada por Sara. Estoy muy cansada.

Bridget asintió y Anna no supo si eso significaba que la entendía o que estaba de acuerdo o si solo quería que siguiera hablando. Esperó.

—No sé si quiero que él venga a casa —dijo.

5 _

Habían vestido a Robert y lo habían sentado en una silla al lado de la cama. Era la primera vez que lo veía con ropa de calle desde que se había ido a la Antártida. Era la primera vez que lo veía erguido. Al verla, él parpadeó rápidamente, abriendo y cerrando la boca al mismo tiempo. La cama era solo para la noche, les dijo una enfermera. Robert tenía mucho trabajo que hacer.

—Sí, sí, bien evidentemente claro, sí; tabaco, tabaco.

Se tiró del cuello de la camisa. Anna le preguntó si le apretaba.

—Sí, sí. Evidentemente, ¡Dios!

—Vale. No era más que una pregunta.

—Claro, claro, sí, sí.

Bridget le había preguntado qué significaba que no quisiera que Robert volviera a casa. ¿Qué otra cosa podía hacer? No sé lo que significa, Bridget. Solo sé que me parece que no estoy preparada. Tengo mucho trabajo. Me van a condenar a pasarme el día rellenando formularios de cuidadora. No quiero ser cuidadora; en realidad, nunca he querido ser ni esposa. ¿No es un poquito tarde para todo eso, cariño?

Aparecieron dos fisioterapeutas y se presentaron. Una de ellas dijo que no iban a ser las amigas de Robert. Sonó a broma, pero lo dijo en serio. Iban a hacerle trabajar mucho. Acercaron un par de sillas y le hicieron una serie de pruebas. Mueva la cabeza de un lado al otro. Baje la cabeza hacia el pecho. Suba los hombros, bájelos. Levante los dos brazos todo lo que pueda y ahora estírelos a los lados. Estire los dedos hacia mí. ¿Un poco más? Empújeme la mano. Empuje, empuje de verdad, Robert. Ahora con la otra mano. Anna sacó el portátil del bolso e intentó trabajar un poco. Tenía entregas nuevas y debía cumplir los plazos. Habían surgido cuestiones metodológicas y, aunque todos sabían que el proceso había sido riguroso, tenían que explicitarlo. Levantó la vista: Robert estaba de pie. Tenía una fisio a cada lado y él se sujetaba en un andador, pero se sostenía solo.

—Vamos, Robert —le dijeron.

—Pu… puedo —dijo—. Puedo, ¡putón!

—Quiere decir que no puede —les aclaró Anna. Robert la miró.

—¡Ah, bueno! —dijo una de las fisioterapeutas.

—Pu… putón… haz —dijo Robert. Le temblaba todo el cuerpo.

—No puede hacerlo, ya lo sé. Si pudiera no estaríamos aquí. Pero queremos que lo intente. Un paso. Doble una rodilla. Ponga todo el peso del cuerpo en ese pie. Así.

Había un mensaje de voz de Brian, el del Instituto. Estaba en Cambridge. Lo lamentaba, pero necesitaba hablar con Robert como parte de la investigación. Hay algunos detalles que tenemos que encajar, dijo. Entiendo que la comunicación es difícil, claro, pero quizá haya una forma de facilitar las cosas, ¿no? Si pudiera llamarme, por favor.

Había unos mensajes de texto de Sara un tanto confusos. No estaba claro si iba a ir a casa o no.

La hermana de Robert quería hacerles una visita.

Las largas ausencias de todos esos años le habían suscitado cierto resentimiento, le contó a Bridget. Pero los dos se habían acostumbrado. No va a volver a irse nunca más, ¿verdad? Anna, cielo, vamos a considerar las cosas de una en una. Prácticamente todavía no te has recuperado del susto. Tienes muchas cosas en las que pensar. Pero antes vamos a terminarnos esta botella.

Las fisios seguían trabajando. Robert se inclinaba ligeramente hacia delante con todo el cuerpo en tensión. Parecía que se doblara en plena tormenta.

—Arriba, adelante, abajo, abajo, asiente bien el peso, busque el equilibrio, con la cabeza levantada, ¿de acuerdo, de acuerdo?

Le fallaron las dos piernas a un tiempo y ahí estaban ellas para sujetarlo. Lo sentaron en la silla con tanta suavidad como si hubiera sido eso lo que querían que hiciera. Robert resopló, abrió mucho los ojos y evitó mirar a Anna. Las fisios tomaron notas y dijeron que querían que lo intentara otra vez.

Llegó la mujer del carrito del té y preguntó qué querían. Frank mandó un mensaje diciendo que había pedido asesoramiento legal. Robert dormía y Anna lo miraba sin saber

si cogerle la mano o irse. Había vuelto a hablar de la última discusión y de lo que había dicho ella, y Bridget se había reído un momento antes de ponerse seria. Dios, Anna, lo dices como si fuera una competición. Bueno, no creas que me gusta. No, claro, pero tú no tienes la culpa, ¿me oyes?

Vino una enfermera y habló de medicación. Vino otra persona y habló de dieta. Le tomaron la tensión y el pulso. Les dieron unos folletos sobre el alta con asistencia domiciliaria y unas personas rellenaron los formularios. Llegó un hombre llamado William y dijo que era logopeda. Quería preguntar algunas cosas y esperaba poder hacer unos ejercicios con Robert, si le parecía bien. Dijo que quería saber en qué punto se encontraban.

—Evidentemente, sí, claro —dijo Robert.

William cogió una silla, se sentó al lado de Robert y esparció unas tarjetas con imágenes en una bandeja que sujetaba sobre las piernas.

—Señale el dibujo de un avión, Robert.

Robert vaciló y señaló.

—Ave-ion —dijo.

—Muy bien, Robert, sí. Ahora señale una cosa que flota.

Robert levantó la mano y la dejó en el aire.

—Una cosa que flota, Robert. Que flota en el agua. ¿Un bote? ¿Ve un bote?

Robert movió la mano delante de la cara.

—Dios —dijo—. Sí, sí.

Miró a Anna con los ojos muy abiertos, pidiendo ayuda. Anna miró las imágenes de la bandeja. Había una de un barco con una hilera de ventanas y dos chimeneas.

—Creo que William quiere que señales el barco, Robert. No hay ningún bote.

—¡Sí, sí! —Puso el dedo en el dibujo del barco.

—Bien —dijo William—. El barco flota. El bote. Lo siento, no me he dado cuenta de la diferencia.

—¡Dios! ¡Sí!

—Bien —dijo William—. Bien. Ahora señale una cosa que no tiene motor.

Anna estaba junto a la ventana y se puso a mirar el

aparcamiento. Los coches daban vueltas buscando un sitio libre. Una ambulancia intentaba abrirse paso entre las apretadas filas de vehículos.

—Una cosa con la que se pedalea —le aclaró William—. En Cambridge hay muchas.

Robert no dijo nada. Anna vio que estaba cansado.

—Bien, Robert, señale la bicicleta.

Robert puso la mano en el dibujo de la bicicleta. William escribió algo en su hoja. Robert cogió el dibujo de un avión azul y se volvió hacia Anna.

—Rojo —dijo—. Rojo, sí, bien, evidentemente, claro. Rojo; aquí. Sí. Rojo… ¡Dios!

Anna lo miró. No tenía la menor idea de lo que intentaba decirle.

—Rojo, peine aquí. Hum. Hum. ¡Dios! Cepillo, pelo, cabeza, hum, peine. ¡Dios! Aquí, aquí, peine aquí. Bien bien, joder, Dios, ¡ja! ¡Ja! Rojo, peine, aquí. Bien, bien. ¡Ay, Dios!

William se inclinó hacia delante y le hizo un gesto con las manos para que se calmara.

—Rojo. Sí. Rojo, ave. Ave, ave, a veces. A veces, ¡Dios! A veces. Ave, tío, tío, ion. ¡Ja! Ave-ion.

—Avión, Robert, sí. Excelente; avión. Pero ¿ve que el avión de este dibujo es azul? Un avión azul. El coche es rojo, mire. Coche rojo. Avión azul. ¿Lo ve?

Robert se llevó las manos a los muslos, se irguió y resopló de exasperación.

—Sí, sí, sí. Aveión azul sí. Dios. Evidentemente. ¡Ja! Mi, mi, mi. Ojos, Ojos, Ojos aveión rojo aquí, aquí. ¡Uf! ¡Dios! Aveión rojo más grande más grande aquí, ¡uf!

—Coche rojo, Robert; avión azul. ¿Lo ve?

—Jodido joder joder sí. ¡Sí! ¡Joder!

William preguntó si Robert querría descansar un poco y Anna le dijo que tal vez por ese día ya hubiera hecho bastante. Creía que estaba frustrado y por eso no podía concentrarse, le dijo, y Robert se volvió hacia ella y asintió. William propuso seguir con algo más ligero, pero Robert ya estaba cerrando los ojos para dormir.

—

En casa, Sara la despertó a altas horas de la noche; estaba hablando a voces con alguien. No sabía cuánto tiempo llevaba allí ni si había alguien más abajo. Encendió la luz, se puso una bata y no se dio cuenta de que nadie respondía a los gritos hasta que llegó a la mitad de las escaleras. Cuando entró en la cocina la discusión había terminado y Sara fulminaba el teléfono con la mirada. Anna puso el hervidor en el fuego y Sara le pidió que no dijera nada.

—No he dicho nada —respondió Anna, levantando las manos—. Ni pensaba decirlo. Por cierto, me alegro de verte.

—No te alegras.

—No me alegro. ¿Té?

—Café, gracias.

—¿A estas horas?

—Mamá.

—¿Descafeinado?

—¿En serio, mamá?

Anna hirvió el agua e hizo café y una infusión de menta. Vació el lavavajillas. Se sentaron a la mesa juntas, soplando el vapor de las respectivas tazas. No sabían qué decir ni cómo decirlo.

—

Habían cerrado las cortinas de la cama de Robert. Oyeron la voz animosa de una enfermera y los resoplidos y gruñidos del paciente. Sara dijo «toc, toc», se coló por la cortina y Anna la siguió. Robert se estaba vistiendo sentado en el borde de la cama, subiéndose los pantalones poco a poco. Sara se sentó a su lado.

—Bonitos calzoncillos, papá.

—Sí, evidentemente, evidentemente.

—¿Te ayudo?

Robert enarcó las cejas y resopló. Una de las enfermeras le dijo a Sara que querían que Robert hiciera todo lo que pudiera sin ayuda. Ella asintió y arrastró los pies un poco. Robert metió los pulgares en las trabillas de la cintura para subirse los pantalones por encima de las caderas. Moviéndose de una nalga a la otra, se los subió hasta la cintura. Las enfermeras le daban algunas pistas y le decían constantemente que lo estaba

haciendo muy bien. Los pantalones se abrochaban con dos corchetes y los cerró pasando una mano por debajo y apretando con la base del pulgar de la otra. Cuando terminó jadeaba, pero levantó los puños por encima de la cabeza como un boxeador, como diciendo: Miradme, soy el puto amo.

Más tarde llegó una mujer llamada Laura y les dijo que era terapeuta ocupacional. Habló de adaptaciones prácticas. Iría alguien a casa para hacer la valoración. Robert iba mejorando en movilidad, pero tal vez necesitara barandillas y cosas así. ¿La casa era moderna? Sara soltó un bufido sarcástico. Anna dijo que era una casa cómoda. Laura hizo más preguntas y rellenó formularios. Dijo que solicitaría una visita domiciliaria.

Sara se esforzó por dar conversación a Robert y él se esforzó por estar a la altura. Tenía mucho que contarle de su vida. Robert le cogió la mano e intentó apretársela. Ella hizo una pausa para respirar y siguió hablando.

Michael volvió del Instituto. Esperaba no interrumpir nada. Esperaba que Robert siguiera bien. Había traído unos mapas, ¿a Robert le parecía bien mirarlos con él? Abrió uno encima de la mesita con ruedas y se sentó al lado de Robert. Esto es el refugio. Esto es la cresta Garrard. Esto es el promontorio de Priestley, en la orilla del estrecho de Lopez. Robert asentía. Sí, sí, evidentemente, claro.

—El equipo médico dice que te encontraron en esta zona, cerca del Priestley, desde donde se veía la pista de aterrizaje.

—Sí, sí.

—Aquí había una tienda, al otro lado del Priestley, y una motonieve averiada.

—Bien, evidentemente.

—De acuerdo. A Luke lo encontraron a unos cientos de metros al otro lado del Priestly, desorientado, pero, por lo demás, bien.

—Sí, sí.

—¿Lo ves, Doc? ¿Ahí detrás?

—Evidentemente sí.

—Está muy lejos del refugio. Y muy lejos de donde encontraron a Thomas, en la otra punta del estrecho de Lopez.

—Sí, sí. ¡Ja! Sí.

—Doc, creo que nos interesa saber qué hacían allí. En primer lugar qué hacía Thomas en el hielo y por qué iban sin el teléfono por satélite.

—Sí.

—¿Se había previsto alguna tarea que precisara acceder al hielo marino? ¿Y una valoración de riesgos?

De pronto Robert abrió mucho los ojos y resopló. Movió la mano en el aire. Ese gesto podía significar «No sé» o «¿Qué puedo decirte?» o incluso «¡Esos jóvenes insensatos!». Imposible saberlo. Los tres esperaron y él lo repitió. Sara se acercó a él y le puso la mano en el hombro. Preguntó si era necesario interrogarlo en ese preciso momento. ¿No podían esperar?

—Lo siento, Doc. Sé que es muy difícil, pero es un detalle importante. ¿Estabas con Thomas cuando se metió en el hielo?

Robert se volvió hacia Anna. Ella captó algo en su mirada. Quería que dijera o hiciera algo. Luego se volvió de nuevo hacia Michael y señaló el mapa. Señalaba el Priestley.

—Aquí, aquí —dijo. Michael lo miró.

—No, no. A Thomas lo encontraron por aquí —dijo, señalando el final de la orilla del estrecho.

—¡Dios! —exclamó Robert.

—

—Póngase la mano en la coronilla.

Robert enarcó las cejas y abrió la boca.

—La coronilla, Robert, póngase la mano en la coronilla.

Recorrió con la mirada toda la sala. Era sorprendente cómo buscaba a veces la forma de responder. Levantó las manos. Se frotó la cara lentamente, con firmeza, como si se lavara.

—Cabeza —dijo William en voz baja, tocándose la coronilla.

—Cace, cace, cabeza —repitió Robert. Movió las manos a un lado de la cabeza. Esperaba que William reaccionara. No se tocó la cara otra vez, pero estaba claro que no sabía dónde llevarse las manos. Las movió alrededor de la cabeza esperando una respuesta. Se frotó las orejas.

—Cabeza —dijo William, tocándose la coronilla otra vez.

—Cace… cabeza —dijo Robert, frotándose las sienes.

—Ahora tóquese la nariz.

Hubo una larga pausa mientras la información se filtraba en el cerebro de Robert. Ahora las palabras tardaban más en tener sentido, o así lo entendía Anna. Medía la velocidad a la que avanzaban según los parpadeos de Robert. No parecía tener prisa. William lo intentó de nuevo.

—La nariz. Tóquese la nariz.

Robert se miró el cuerpo. Se miró un brazo y después el otro, luego miró a William.

—¡Ja! Dios. Bien.

—Tóquese la nariz con el dedo.

Lentamente, Robert se llevó la mano hacia la cara y se tocó la nariz.

—Muy bien. Diga «nariz».

—Dios, evidentemente. Nariz. Nariz.

—Excelente. Estupendo. Bien, ahora, ¿sabe cómo se llama esto? —William se tocó un hombro y después se lo tocó a Robert—. ¿Cómo se llama esto?

Robert se llevó la mano al hombro. Se le abrieron mucho los ojos, lo entendía. Abrió y cerró la boca.

—Don. Don, don. Bar. Don, bar. Sí. Evidentemente. De acuerdo. Sí. Don, bares. Bien. Hombre, hombre.

—Hombro, Robert. Hombro. Hom, hom, hombro.

—Hom, hom. Hom. Hombre. Sí sí. Hombre. Hooombre.

—¿Hombro?

—

Ya se iban cuando se presentó Brian. Saludó y le tocó el codo a Anna. Tardó un momento en reconocerlo. Le parecía que estaba fuera de contexto. Tenía la sensación de que Santiago quedaba ya muy lejos.

—Brian, hola. Esta es mi hija Sara.

—Sara, encantado de conocerla. Y estos son mis colegas Michael y Luke. No sé si ya conocía a Luke. Estaba con Robert en la estación K.

Se dieron unos apretones de manos. Anna miraba a Luke. Parecía muy joven. Agachaba la cabeza de una forma muy característica cada vez que hablaba. Hola, la agachó. Hola, encantado de conocerla, la agachó. Cada vez que la agachaba se ajustaba las gafas. Anna se volvió hacia la cama y vio que

Robert los miraba. Se había dado media vuelta y quería ponerse de pie. Se acercó a él y los demás la siguieron.

—Sí, sí. Hola. Hola. Evidentemente. Vaya. Vaya. Vaya.

—Brian. Hola. Me alegro de volver a verlo. Se rumorea que pronto se irá a casa, ¿verdad?

—Sí, sí. Evidentemente claro sí.

—Creo que todavía no se ha hablado de eso —dijo Anna.

Brian la miró y después se volvió hacia Robert.

—Es estupendo. Estupendo. Se acuerda de Luke, ¿verdad?

—Hola, Doc.

Robert se había puesto de pie, había progresado, se apoyaba solo en un bastón: Luke dio un paso adelante para estrecharle la mano. Robert lo atrajo hacia sí, le pasó un brazo por la espalda y así se quedaron los dos un momento. Anna intentó recordar si alguna vez lo había visto abrazar así a un hombre. No estaba segura. Cuando se separaron, le pareció que Luke decía que lo sentía con la cabeza agachada. Lo siento, Doc. Robert movió la mano por delante de la cara y apretó los labios: no, no. No hace falta. Miró a todos los presentes y después más allá, hacia la entrada de la sala.

—¿Y Tos? ¿Tos?

—¿Robert?

—Tos. ¿Tom? ¿Thomas?

—¿Pregunta…? Pregunta por Thomas.

—Robert.

—¿Thomas? ¿Aquí?

—Robert. Robert.

—¿Aquí?

Se habían llevado a Robert. La cama estaba deshecha y las sábanas, todavía calientes. Habían doblado el pijama y lo habían dejado en una silla.

—A lo mejor se ha ido al pub —dijo Sara.

—No, no lo creo. Es muy temprano y no sé cómo iba a llegar él solo.

—Mamá, era una broma.

—Sí.

Se sentaron en el borde de la cama a esperar. Por algún motivo Sara le cogió la mano. Seguramente se lo han llevado para hacerle una prueba, un escáner o unos ejercicios de fisioterapia. Estaban valorando el impacto del derrame cerebral con todo detalle. Robert tenía que hacer más cosas cada día. Era importante no sacar conclusiones sobre las capacidades cognitivas basándose en el nivel de comunicación. Las consecuencias de un derrame podían ser significativas para la memoria. Cuando se fue todo el mundo tuvo que explicarle otra vez que Thomas había muerto. Ya decía «joder» y «Dios» con toda claridad y la enfermera jefa había ido a pedirle que por favor se calmara.

Sara volvió a casa muy preocupada y preguntó hasta qué punto se iba a recuperar su padre. No queda más remedio que esperar a ver qué pasa, le dijo Anna. ¿Crees que fue culpa suya? Frank no para de hablar de protegerlo legalmente. ¿Hizo algo que lo provocó todo? A Anna le parecía que no. Era siempre muy concienzudo. Se lo había dicho muchas veces. Tenía muchos años de experiencia. A veces los accidentes ocurrían sin más. No tenía por qué ser culpa de nadie.

Se abrió la puerta del lavabo del fondo de la sala y apareció Robert. Tenía una mirada de loco. Se le acercó una enfermera y le preguntó si se encontraba bien, si necesitaba ayuda. Él movió la mano por delante de la cara.

—Hecho —dijo—. Hecho, sí, sí.

Fue andando lentamente hacia Anna y Sara, inclinado hacia un lado, apoyado en el bastón. Ellas observaron el grado de concentración que necesitaba solo para no caerse.

—Entonces, ¿lo ha podido hacer todo usted solo? —

preguntó la enfermera, acercándose—. ¡Excelente! ¡Muy bien!

Le puso la mano en el hombro y, con un leve estremecimiento y basculando un poco a un lado, Robert se la quitó de encima. Ella sonrió y volvió al mostrador. Miró a Anna y a Sara y una expresión de fastidio le cruzó la cara.

—Dios, Dios. Me. Jodido. ¡Me, med, medalla! Me, medalla.

—

Cuando se despertó estaba en una silla al lado de la cama de Robert. Robert paseaba por la sala cogido del brazo de Sara. Tenían las cabezas juntas y ella le hablaba en voz muy baja. Cuando volvieron a la cama Sara le preguntó a su madre si se encontraba bien. Le dijo que parecía exhausta y Anna contestó que solo estaba un poco cansada.

—¿Por qué no te vas a casa, mamá? Me quedo yo con papá. Vete y duerme un poco.

—Pero ¿y si necesita algo? ¿Si estos…?

—No pasará nada, mamá. Nos las arreglaremos, ¿a que sí, papá?

—Evidentemente, sí, sí. Claro. Sí.

Anna le dijo a la enfermera del mostrador que se iba. Le preguntó si tenían su número de teléfono por si la necesitaban. La enfermera le dijo que estaba segura de que su marido quedaba en buenas manos.

—

Veinte minutos de paseo desde la parada del autobús hasta casa. El camino, estrecho, discurría en paralelo a una acequia, un dique de contención del río. Los sauces llorones hundían los pies en el agua y de los troncos desmochados salían rebrotes. El río pasaba crecido y marrón, y una neblina blanca flotaba sobre el agua. A poca distancia empezaron a destacarse unas siluetas que se acercaban, unos perros corrían entre los pies de las personas y brincaban delante.

Llegó y se sentó en la cocina hasta que el corazón recuperó el ritmo normal. Habían dejado leche fresca en la nevera. Tenía trabajo atrasado en el huerto y había que cambiar las sábanas de las camas. El cesto de la ropa sucia estaba lleno. Tenía que ir a la compra. La puerta de atrás no se podía abrir bien. Los canalones estaban atascados. No sabía cuánto tiempo iba a

quedarse Sara. Había faltado a dos reuniones de trabajo y la jefa del departamento le dejaba mensajes en el contestador del teléfono fijo. Había que pasar gráficas a limpio y preparar diapositivas para la presentación. Se cercaba la IV Conferencia Oceanográfica de Montreal y el equipo tenía que estar listo. Anna quería poder desempeñar su cometido. Lamentaba el tiempo perdido. Este iba a ser el momento culminante de su carrera. La directora de investigación había dicho que ni siquiera sabía si podría participar; al fin y al cabo había perdido muchas horas de trabajo en la última etapa. No era culpa suya en absoluto, pero necesitaban que todo el mundo estuviera a tope. Todos sabían lo rápido que ciertos elementos se echaban encima ante el menor fallo. Iban a pensarlo detenidamente entre las dos.

Llegaron dos hombres en una furgoneta. Trabajaban para los servicios sociales. Les habían dado una lista de cosas que había que hacer para acondicionar la casa. Era lo que había prometido Laura. La terapeuta ocupacional. Después de su evaluación. Anna no sabía que iban a ir ese día, les dijo, y ellos respondieron que era lo normal. La mitad de las veces la mano izquierda no sabe lo que hace la derecha, comentó uno de ellos. Anna no entendió lo que quería decir. Les abrió la puerta y ellos recorrieron toda la casa poniendo barandillas, pasamanos y asideros en las paredes, un asiento en la ducha y una estructura de hierros forrados alrededor de la taza del retrete. La casa parecía un ferry, con algo donde agarrarse siempre que el suelo oscilaba y se balanceaba. Cuando terminaron lo limpiaron todo escrupulosamente. Se tomaron un té y le explicaron a Anna lo que habían hecho. Mientras hablaban con ella miraban el móvil y, entre ellos comentaban el trabajo del día siguiente; cuando se fueron le expresaron sus mejores deseos.

La llamaron de la Casa de Reunión de Amigos de Cambridge para preguntarle qué tal estaba. Le dijeron que se habían enterado de lo de Robert. Abrió y cerró la puerta de atrás varias veces para ver si encontraba lo que la bloqueaba. Tuvo que dar un buen portazo para cerrarla. Habría que desencajarla y rebajarla. Un hombre le dijo por teléfono que rezaban por Robert. En realidad no entendió lo que quería decir

con eso. Le dio las gracias. Salió al huerto con las tijeras de podar. Podó los árboles frutales y recortó los arbustos; amontonó los restos en una pila, al lado del compost. Las campanillas de invierno habían florecido. Un petirrojo la seguía mientras trabajaba. Había pensado ir a la reunión el domingo, pero ya no estaba tan segura. Se quedarían mirándola. Querrían preguntarle qué tal estaba.

Se han observado derrames cerebrales y convulsiones en aves y a veces se han tratado en ejemplares en cautividad, pero hay poca información sobre la recuperación posterior en aves silvestres.

El cielo se oscureció, las zanjas y las acequias brillaban entre los campos del otro lado del huerto. Se desperezó. Se preguntó qué estaría haciendo Bridget y si le apetecería ir a pasar la velada con ella. Se quedó fuera hasta que se hizo de noche; se acercó al ciruelo damasceno del fondo del huerto y se agachó sobre las raíces. Siempre orinaba en el ciruelo desde que lo habían plantado, pero nadie lo sabía. Una nube de vapor se elevó a su alrededor. Levantó la cabeza y vio las débiles luces de aterrizaje de los aviones que pasaban por el cielo.

Cuando entró en casa, el móvil sonaba en la mesa de la cocina. Había varios mensajes de Sara diciendo que no se preocupara, pero que había pasado algo. Se trataba de Robert. Le había pasado algo. Se había caído. Intentaría llamarla más tarde, cuando supiera más detalles.

—

Habían llamado a Frank y por la mañana, cuando llegó al hospital, la estaba esperando. No le parecía necesario, sobre todo porque la noche anterior Sara había insistido en que no hacía falta que fuera. Robert había perdido el conocimiento brevemente con la caída, pero le habían hecho un escáner y no habían encontrado nada. Solo lo que ya tenía. Sara había pasado la noche con él y ahora también estaba Frank. Era demasiado. La estaba esperando en el pasillo. Quiso hablar con ella sin darle tiempo siquiera a quitarse el abrigo o tomar un café.

—¿Por qué no me llamaste?

—No quería que te preocuparas. Pensé que ya tenías bastante con tu trabajo.

Se pegaron a la pared para que pasara un celador con una camilla vacía.

—Ya estoy preocupado, mamá; esto me preocupa, ¿sabes? Todo este asunto del derrame de papá.

—De acuerdo.

—No tienes que preocuparte por no preocuparme, mamá; haz el favor de contarme las cosas cuando ocurren, ¿quieres?

—Bien. De acuerdo.

—Ya no somos niños. No puedes llevar todo esto tú sola.

—De acuerdo.

Frank hizo un ruidito a medio camino entre un gruñido y un suspiro y levantó las manos en el aire. Anna lo miró.

—¿Por qué? ¿Por qué te pones así?

—¿Cómo?

—Cierras la compuertas, solo monosílabos. —Bajó la voz y murmuró—: De acuerdo, bien, sí, de acuerdo.

—¿Ah, sí? ¿Me estás imitando? No sé lo que quieres decir, Frank.

—Sí, mamá, sí que lo sabes. Es como si cerraras la compuertas.

—Bueno, no sé qué quieres que diga; estoy de acuerdo contigo.

—Cualquier cosa, mamá, lo que sea, algo más que solo «de acuerdo».

—¿Te das cuenta de que en realidad «de acuerdo» no es un monosílabo?

Frank hizo el mismo ruidito y dio media vuelta. Anna tenía mensajes en el móvil de la hermana de Robert, de Brian el del Instituto, de una agencia de mensajería y de sus compañeros de trabajo. No tenía cena en casa para la noche. La casa necesitaba una buena limpieza. Tenía que sacar tiempo de donde fuera para ir al despacho. El doctor Jones había dicho que la caída no le había causado ningún daño y que, gracias a la plasticidad natural del cerebro, sus capacidades lingüísticas y motrices deberían seguir mejorando. El equipo de atención domiciliaria le haría una evaluación completa, pero Robert podría irse a casa en breve. Le podían dar el alta. Ya no necesitaba los cuidados del hospital. El doctor Jones sabía que sería un gran reto para

todos, pero en la mayoría de los casos los pacientes se recuperaban mejor cuando los atendía la comunidad. Anna puso en tela de juicio la palabra «comunidad». En casa solo estaba ella, le recordó. Una sola persona no formaba una comunidad. El equipo de asistencia domiciliaria le proporcionaría una serie de pautas, le contestó el doctor, y le preguntó si tenía alguna duda más.

Vino una enfermera a tomarle la tensión. William estaba haciendo ejercicios con el paciente de la cama de al lado. Las fisioterapeutas estaban con el joven de enfrente; le decían que se tocara la nariz con el dedo y el joven las miraba como esperando más explicaciones. Había una bandeja de comida vacía en la mesita de Robert. La enfermera le preguntó si le dolía algo o tenía alguna molestia y él dijo sí, sí, evidentemente sí. ¡Dios! Movió una mano delante de la cara. Era como si quisiera borrar una pizarra: no, no es eso. No es eso en absoluto.

—

Cuando llegó por la mañana habían guardado las cosas de Robert en una bolsa y habían vaciado su mesita. Le habían traído una silla de ruedas y allí estaba sentado, al fondo de la sala. Una limpiadora se afanaba con su cama. Se acercó la enfermera jefa y le dijo que habían estado encantadas de tenerlo allí, pero que procurase no volver. Robert movió la mano por delante de la cara para decir «no». Anna preguntó si tenían que irse ya y la enfermera jefa le dijo que no, naturalmente, habían solicitado una ambulancia.

Esperaron. Mandó un mensaje a Sara y a Frank para decirles que estaban esperando la ambulancia. Los dos le desearon suerte y dijeron que intentarían volver pronto. Dale un beso a papá de mi parte. Espero que se encuentre bien. Le preguntó a Robert si se encontraba bien. Él la miró y resopló abriendo mucho los ojos. Últimamente lo hacía a menudo. Debía de significar algo así como: bueno, es una pregunta amplia, muy amplia, eso es mucho preguntar.

Por fin aparecieron dos conductores y se llevaron a Robert en la silla de ruedas. Lo metieron en la ambulancia subiéndolo por una rampa y lo mismo hicieron para sacarlo cuando llegaron a casa. Anna les dijo dos veces que en realidad podía

dar unos pasos él solo, pero le contestaron que tenían instrucciones de hacerlo así. También insistieron en subirlo por las escaleras en una silla especial más ligera. A Anna no le inspiró ninguna confianza la forma en que hablaron de cómo lo iban a hacer.

—¿No pueden dejarlo sentado en la habitación de la planta baja y ya nos ocuparemos después de las escaleras?

—No, no, así estaba bien, cariño, no se preocupe. Nos han dicho que lo llevemos al dormitorio de arriba. No le pasará nada. No se preocupe, señor Wright. Nos han enseñado bien. Usted agárrese fuerte.

—Sí, sí. Evidentemente. ¡Dios!

Lo metieron en la cama y se quedaron mirándolo un momento, mientras recuperaban el aliento. Anna tuvo que firmar unos papeles. Era como firmar cuando se recibe un paquete. He comprobado la mercancía y me ha sido entregada en perfectas condiciones. Bajaron haciendo ruido por las escaleras y se fueron. Anna miró a Robert y él cerró los ojos. Qué rápido se dormía ahora. Luego cogió todas las cajas de medicamentos y las colocó en el tocador. Tendría que hacerse una lista de las pastillas que tomaba y a qué hora. Echó un vistazo a la habitación mientras prestaba atención a la respiración de Robert.

Por la noche hizo pasta. Subía cada poco a ver cómo estaba. Seguía durmiendo. Coló la pasta, añadió unas aceitunas y queso rallado. No era una gran cena de bienvenida, pero no quería dejarlo solo. Subió dos platos en una bandeja y se comió el suyo mientras esperaba a que Robert se despertara. Lo ayudó a comer, lo ayudó a limpiarse la cara y después lo ayudó a ir al baño. Se tardaba mucho en hacer cada cosa. Cuando volvió a la cama estaba prácticamente dormido y ella le dijo que si necesitaba algo, gritara. Antes de irse a la cama se sentó en la cocina con la luz apagada y miró el huerto y la marisma que había detrás. Se veía un resplandor de luz eléctrica en el horizonte. Tenía un pitido muy molesto en los oídos y la misma sensación de mareo que a veces experimentaba al final de un viaje largo en tren. A pesar de los preparativos que se habían hecho, tenía la sensación de que le faltaban cosas. Había

preguntas que era incapaz de formular. Se sentó y comprobó si se oía algún ruido arriba. Esperó a que se le pasara el mareo.

7 _

Por la mañana tuvo que cambiar las sábanas porque él las había manchado al usar la cuña. Tuvo que ayudarlo a levantarse de la cama y sentarse en el sillón. Tuvo que poner una toalla en el sillón porque se había mojado el pijama. Tuvo que quitarle el pijama y lavarle el cuerpo con una toallita enjabonada y una palangana de agua caliente. Tuvo que secarlo y ponerle ropa limpia para evitar que se enfriara. Tuvo que arrodillarse para ponerle los calcetines y pasarle los pies por las perneras de los pantalones. Tuvo que animarlo a que se los subiera él solo metiendo los pulgares en las trabillas de la cintura y basculando el peso de una nalga a la otra. Tenía que ayudarlo. Tenía que pasar por alto, de momento, lo que él intentaba decirle. Tenía que concentrarse en lo que hacía, en que no cogiera frío. Tenía que darle de comer para que no le bajara demasiado el azúcar. Tuvo que dejarlo en el sillón mientras bajaba a la cocina, pero antes lo obligó a prometerle que no se movería. Tenía que prestar atención por si oía golpes o ruidos mientras cortaba una manzana, untaba una tostada y hacía té. Tuvo que dejar que el teléfono sonara mientras subía con la bandeja del desayuno. Tuvo que cortar la tostada en trocitos para que pudiera comerla. Tenía que contar las pastillas mientras él comía y anotarlo. Tuvo que retirar la taza con cuidado cuando la llamó y limpiar el té caliente que se le había derramado en las manos y en la ropa. Tuvo que decirle otra vez que se dejara ayudar con las bebidas calientes. Tuvo que pasar por alto su expresión de enfado. Tuvo que darle las pastillas y ver que se las tragaba. Tuvo que abrir las ventanas para ventilar. Tuvo que dejar que el teléfono sonara mientras lo acompañaba al cuarto de baño. Tuvo que ayudarlo a ponerse de pie lentamente y llevarlo por el pasillo y ayudarlo a bajarse los pantalones y a sentarse en el retrete. Tuvo que dejarlo solo y esperar en la puerta. Todavía tenía que cambiar las sábanas en cuanto pudiera.

Tuvo que ir a abrir la puerta mientras Robert estaba en el retrete. Fuera quien fuese, había llamado dos veces. Le dijo que no se moviera y corrió escaleras abajo; una mujer llamada Cathy le enseñó su identificación. Era de los servicios domiciliarios, trabajaría con Robert Wright, se lo habrían dicho a Anna en el

hospital, ¿no? Entró con una bolsa y un paquete grueso de papeles para rellenar y Anna dijo que tenía que subir enseguida. Cathy subió con ella diciendo no le importará que suba con usted y, cuando Anna entró a buscar a Robert, Cathy siguió hablando desde la puerta.

—Vendré tres veces a la semana a partir de hoy —les dijo —. Le tomaré las constantes y atenderé sus necesidades personales y todo lo que sea preciso.

Robert se inquietó mucho. Anna intentó explicárselo, pero Cathy no dejaba de hablar. Comprobó la fecha de nacimiento y el segundo nombre de Robert y preguntó si había surgido algún imprevisto. Anna ayudó a Robert a limpiarse, le lavó las manos y después abrió la puerta del cuarto de baño.

—Encantada de conocerlo, señor Wright —dijo Cathy. Robert le tendió la mano.

—Sí, evidentemente. Claro.

Lo acompañó a la habitación. Le preguntó qué había desayunado y habló de «aguas menores» y «mayores». Lo desvistió y lo miró de arriba abajo en busca de irritaciones posturales. Le contó cómo se ganaban la vida cada uno de sus hijos y que iba a buscar a sus nietos a la salida del colegio. Le contó las visitas que tenía programadas para el día y que su coche estaba «en las últimas». Le dio las gracias a Robert por aguantarla y se fue abajo con su bolsa. Le dio las gracias a Anna, pero no podía quedarse a tomar el té con ella.

—Nos vemos el miércoles —dijo al subirse al coche—. Si Dios quiere. Sobre la misma hora.

—

Tuvo que devolver una llamada al servicio de logopedia y confirmar la primera visita domiciliaria. Tuvo que ponerse en contacto con una persona del Instituto y hablar de lo que cobraría Robert durante la baja. Tuvo que solicitar la prórroga de su permiso en el trabajo. Tuvo que llamar a otra persona del Instituto para concertar una cita con Robert, que estaba desesperado por ir a la oficina y ver a la gente. Tenía la impresión de que pronto se reincorporaría al trabajo. Tuvo que encontrar la forma de decirle que eso sería un poco difícil. Tuvo que responder a Luke Adebayo, que le había preguntado si

podía ir a ver a Robert. Tuvo que decirle a la hermana de Robert cuándo podía ir, además de responder otra serie de mensajes de personas que querían saber las novedades. Tuvo que mover el lavavajillas y desatascar el desagüe. Tuvo que repetir una lavadora porque había dejado la ropa dentro demasiado tiempo. Cuando hizo la comida, tuvo que freír la cebolla en margarina porque no había aceite y no podía ir a la compra. Tuvo que subir el almuerzo a Robert en una bandeja, cortarlo todo en trocitos y sentarse con él mientras se lo comía. Tuvo que ventilar la habitación otra vez.

Por la noche, cuando Robert se dormía, tenía que leer los correos y los mensajes. La directora de investigación le había mandado uno muy largo con varios archivos adjuntos relacionados con los planes para la conferencia de Montreal. Ahora lo hacía ya solo a título informativo. No le pedía colaboración. Era para que «no perdiera el hilo». Había correos de varios grupos activistas a los que estaba suscrita que requerían acciones inmediatas que solo le llevarían un minuto. Había un mensaje de Brian el del Instituto sobre la investigación del caso de Thomas Myers, decía que necesitaban encontrar la mejor manera de contar con la versión de Robert. Cuando oía que Robert iba al cuarto de baño se quedaba muy quieta, escuchando, hasta que volvía sano y salvo a la cama.

Al final de la semana tuvo que pedirle a Sara que fuera a ayudarla, solo unos días. Era demasiada carga. No se veía capaz de hacerlo todo sola. Lamentaba tener que decirlo en voz alta. Salió al huerto para hacer la llamada, no quería que Robert la oyera.

—No serán muchos días —dijo—. Solo necesito poder ponerlo todo en orden.

Oyó que Sara dudaba. El día estaba despejado y el sol le calentaba la cara. Un avión se ladeaba suavemente en el cielo para acercarse a Stansted. Los capullos del ciruelo empezaban a abrirse. El ruibarbo nuevo ya había crecido treinta centímetros. Había que quitar las malas hierbas de los macizos y de los bordes. Había que atar los frambuesos. Cuando salió al jardín, Robert estaba dormido, pero no quería dejarlo solo mucho tiempo. Intentaba hacer cosas solo cuando ella no estaba. Tenía

que empezar a pensar en la comida. Sara le preguntó cuándo había visto a Frank por última vez.

—Mamá, es que resulta que acabo de empezar en este trabajo. No sé si me darán permiso. Me gustaría ayudarte, de verdad, pero ¿puedes llamar a alguien entretanto? ¿No te han dicho nada de la ayuda domiciliaria?

Tuvo que subir sillas al dormitorio y adecentarlo para las visitas. Mucha gente iba de visita. No te molestes, no te molestes, le decían todos antes de especificar cuántas cucharadas de azúcar tomaban. Vinieron Michael y Brian del Instituto con una mujer del servicio de logopedia. Tenían que aclarar algunas cosas, dijeron, y esperaban que la mujer los ayudara con las preguntas que le iban a hacer. Se llamaba Liz, dijo. De todos modos, pronto tendría que empezar a trabajar con Robert. Era una forma curiosa de conocerlo de antemano. Le dijo a Brian que no tenía experiencia como abogada. Si aquello derivaba hacia un contexto legal, tendrían que llamar a otro especialista. Solo podía aconsejarles en algunos aspectos.

Habían traído otro mapa de la estación K. y, con unas monedas, representaron a Robert, a Thomas y a Luke. Los tres juntos en la orilla del estrecho. Hablaron de la tormenta y le enseñaron cómo Thomas se iba a la deriva por el estrecho de Lopez.

—Traza. Esa traza peces. Eh. Pelad esa traza.

—¿Estrecho de Lopez?

—Claro, claro.

Le preguntaron por la radiocomunicación. Le preguntaron qué había pasado con la motonieve.

—No hubo radiocomunicación con la base principal en ese momento —dijo Michael—. Intentamos confirmar el motivo. Luke ha dicho que la conducta de Doc se volvió errática.

—¿Errática?

—Cree que en parte debido al alcohol. Pero, evidentemente, no sabemos en qué momento se produjo el derrame cerebral. Eso también pudo influir. Tal vez no podía tomar decisiones.

—Doc, ¿puedes señalarnos dónde ocurrió el accidente con la motonieve?

Robert los miró de uno en uno y después miró el mapa. Liz

encontró una foto de la motonieve en su móvil y desplazó la mano sobre el mapa.

—¿Motonieve? ¿Accidente? —Dio una palmada al decir «accidente». Robert asintió—. ¿Accidente? ¿Dónde? ¿Aquí?

Robert movió la mano en círculo alrededor del pie del Priestley.

—Aquí —dijo. Michael asintió.

—De acuerdo. ¿Y Luke te metió en una tienda y salió a buscar a Thomas?

—Evidentemente, sí. Estructuras estrictas. ¡Dios! Ore, orden. —Movió la mano.

—Robert —le dijo Liz—, ¿quiere decir que dio órdenes a Luke? ¿Instrucciones estrictas?

—Sí. Claro.

—¿Le dio instrucciones estrictas de que fuera a buscar a Thomas?

Robert movió la mano otra vez vigorosamente.

—¿Órdenes estrictas de que no fuera a buscar a Thomas?

—¡Claro, claro! Mucho mucho tiempo, tiempo, mucho tarde. Salvo salvo. Estructuras estrictas.

—Bien, Robert. ¿Le dijo a Luke que no fuera a buscar a Thomas? ¿Que era muy tarde? ¿Mejor quedarse a salvo en la tienda?

—Sí, sí.

—¿Y se fue a pesar de su consejo? ¿Se fue a buscar a Thomas?

—Evidentemente, evidentemente.

—¿Y tuvo algún contacto más por radio con él o con Thomas?

—Sí. —Movió la mano delante de la cara.

—Eso significa no. Dice que no.

—Doc, ¿volvió a ver a Luke o a Thomas después de eso?

Movió la mano: no, no yo no puedo. Miró al techo. Miró a Anna. Anna les preguntó si podían volver al día siguiente. Todavía está en las primeras fases de la recuperación, les dijo. Se cansa enseguida. Necesita más tiempo. Robert ya había empezado a cerrar los ojos.

Tenía que darle cosas que hacer constantemente. Mantenía

la atención poco rato, pero no soportaba estar mano sobre mano. Frank le había regalado un iPad con varias aplicaciones de terapia del habla y, aunque todavía necesitaba ayuda para empezar, parecía que le gustaba trabajar con ellas. Anna se familiarizó con el acento estadounidense del Medio Oeste que tenía la mujer de la aplicación. *Coloque estas palabras en la categoría correspondiente: tulipán, narciso, margarita. «Flores» es la respuesta correcta. Martillo, destornillador, llave inglesa. «Herramientas» es la respuesta correcta*. La voz de la mujer llegaba hasta el piso de abajo, y también la de Robert, que chasqueaba la lengua y maldecía mientras intentaba tocar la pantalla. *Repita estas expresiones prácticas: Socorro*. Chorro, chorro. *Tengo sed*. Res, red. *Buenos días*. Buenas vidas. Buenas vidas. *Hable despacio, por favor*. ¡Sí! ¡Dios! Patio, es. Es. Dios. Patio. *Por favor, hable despacio*.

Tuvo que salir a tender la ropa aprovechando el buen tiempo. Tuvo que pasar por alto todas las cosas que quería hacer fuera. Tuvo que entrar corriendo del huerto para abrir la puerta a Cathy, cuando por fin oyó que llamaba.

—Empezaba a pensar que me iba a dejar plantada como a los vendedores a domicilio —dijo Cathy; entró, tiró el bolso y subió directamente a la habitación—. No se moleste, no se moleste. Subo directamente a verlo. ¿Cómo se encuentra? Y usted ¿qué tal está, cielo? ¿Dónde está él? ¿Todavía en el dormitorio? Buenas tardes, señor Wright, ¿cómo se encuentra? ¿Todavía en pijama?

—Sí, sí, claro.

Robert estaba en la cama, mirando una serie de cuadernos de dibujo y diarios antiguos. Le había costado un gran esfuerzo pedírselos a Anna y ella tuvo que ir al desván y revolver hasta dar con ellos.

—Esto no puede ser. ¿Un joven sano como usted tumbado en la cama todo el día? Se pondrá malo del corazón.

—Dormir dormir. Cansado.

—Pues se cansará de estar en la cama. Es lógico. Bien, vamos a echarle un vistazo.

Le quitó la casaca del pijama y levantó la cinturilla de los pantalones en busca de irritaciones. Se lavó las manos y repasó

los medicamentos. Le preguntó si le dolía algo o si tenía alguna molestia. Dijo que ya era hora de mover ese cuerpo perezoso escaleras abajo. En la puerta, al despedirse, Anna intentó decirle que Robert estaba un poco deprimido, que no lograba convencerlo de que se levantara y se vistiera; Cathy respondió que por muy difícil que fuera había que hacerlo. Si se queda en la cama se va a deprimir más, dijo, mientras anotaba algo en sus papeles y se metía en el coche diciendo que volvería dentro de unos días. No miró el reloj ni una vez, pero a los catorce minutos ya estaba fuera de casa.

Tenía que subirle la comida en una bandeja y sentarse con él mientras comía. Tenía que airear la habitación. Tenía que leer los correos y los mensajes por la noche, cuando Robert se dormía. Tenía que tomar café para no dormirse. Tenía que quedarse muy quieta y aguzar el oído cuando Robert se movía arriba. Y cuando oyó un golpe seco en el cuarto de baño tuvo que subir a toda prisa y romper la puerta del cuarto de baño. Le sorprendió que la cerradura saltara del marco con tanta facilidad. Tendría que repararlo. Robert se había caído entre el retrete y la pared. Llevaba los pantalones por los tobillos y Anna no podía moverlo. Tenía una mancha alargada de caca en las piernas y vómito en la cara. Le preguntó si podía levantarse y él gimió. Cogió una toalla y le limpió la cara con miedo de que pudiera asfixiarse. Intentó arrastrarlo por el suelo, pero pesaba demasiado. Tuvo que bajar a toda prisa para coger el teléfono; llamó a Bridget y le dijo que sentía llamarla tan tarde, pero que necesitaba ayuda, y Bridget le dijo que llegaría lo antes posible. Mientras esperaba intentó limpiar a Robert; lo frotó entre las piernas con una manopla templada, lo secó con una toalla, le limpió la cara y la barba con otra manopla y la cara con agua fría. Le puso una almohada debajo de la cabeza y una manta por encima. Tardó un buen rato en quitarle el vómito de la barba. Cuando terminó, se sentó a su lado en el suelo del cuarto de baño, entre el retrete y el lavabo, le cogió la mano y le acarició la cabeza. Él le apretó la mano unas cuantas veces, murmuró algo y se durmió.

Bridget insistió en que tenía que ensañarle a subir y bajar las escaleras. No se puede pasar el resto de la vida en el dormitorio. Las fisioterapeutas dijeron que ya podía irse a casa. Tienes que apretarlo un poco más. Anna abrió las cortinas y le dijo que hacía una mañana preciosa. El sol ya estaba alto y tenía intención de trabajar un rato en el huerto. Pondría una manta en el banco. ¿No quería sentarse un rato fuera?

La miró y se encogió de hombros. Tenía motivos para no contestar en ese momento, porque no quería.

—Duro. Duro duro. Piernas. Duro.

—Ya lo sé. Sé que es duro. Todo es duro. Las fisioterapeutas dijeron que tenías que seguir moviéndote. Tienes que seguir esforzándote.

—Putón.

—Ya sé que parece que no puedes, pero aun así.

Movía la mano por delante de la cara, que todavía era lo más parecido a un gesto de negación que podía hacer.

—Putón —repitió.

Ella lo miró y él le sostuvo la mirada; Robert respiraba agitadamente.

—Robert. No voy a discutir. No quiero que discutamos. Pero he hecho la comida y no la voy a subir.

Dio media vuelta y salió de la habitación. Fue al cuarto de baño, se echó agua fría en la cara y lloró tapándose con una toalla doblada.

Cuando volvió al dormitorio él le tendió los brazos y ella lo ayudó a levantarse del sillón. En el comienzo de las escaleras Anna dudó. De pronto le pareció un camino muy largo. Si se caía no podría pararlo. Robert se agarró a la barandilla con ambas manos. Deslizó un pie hasta el borde del primer peldaño. Ella se agachó y lo guio hasta que superó el escalón y lo bajó al siguiente. Robert cambió el peso del cuerpo a esa pierna y después deslizó el otro pie hasta ponerlo al lado del primero.

—Allá vamos. Allá vamos. Puedes hacerlo, Robert.

Robert empezaba a jadear. Deslizó el pie por el siguiente peldaño.

—

Tengo dificultades para hablar, pero la entiendo. Tengo dificultades. Tengo duro duro, duro. *Tengo dificultades para hablar*. Tengo duro hablar. *Pero la entiendo*. Estoy duro hablar pero tiendo. La tiendo.

—

Vino la nueva logopeda a darle la primera sesión. Liz. Tenía una voz suave, pero hablaba de forma muy clara. Era mayor que la del hospital y parecía más relajada. Se refirió al historial que le habían dado sus colegas y dijo que no quería volver sobre lo mismo. Tenía intención de trabajar con Robert lo que llamó «estrategias de comunicación». Formas de que el paciente superara sus barreras comunicativas, dijo. Mientras lo decía, imitó los movimientos de un escalador subiendo una pared y Robert asintió. Hacía muchas imitaciones y animaba a Robert a hacer lo mismo. No parecía convencido.

Estaban sentados a la mesa de la cocina. La logopeda tenía carpetas con anotaciones y material de aprendizaje. Anna estaba preparando algo de beber. Liz dijo que quería empezar por establecer algunos puntos de referencia.

—¿Le parece bien, Robert?

—Sí, sí, claro.

—Gracias, Robert. De acuerdo. En primer lugar, unas preguntas de sí o no; sé que tiene dificultades con el «no», así que para decir «no» levante la mano. ¿Lo probamos?

—Sí, sí, claro.

—¿Se llama Robert?

—Sí, sí.

—¿Se llama Peter?

Robert levantó la mano asintiendo al mismo tiempo.

—De acuerdo. Bien. ¿El desayuno es antes que la comida?

—Sí, sí, evidentemente.

—¿Cabe más gente en un coche que en un autobús?

Robert levantó la mano otra vez.

—¿Se pueden meter diez anillos de boda en una caja de zapatos?

—¡Ja! Dios. ¡Diez! ¡Diez! Pues, pues, sí. Sí.

—Muy bien, gracias, Robert, de acuerdo. Ahora voy a decir tres palabras que quiero que recuerde. No se preocupe si no las

dice bien.

—¡Dios!

—Bien, un momento. Tres palabras, escuche: paseo, sol, rojo. Dígalas,

—¡Dios! Sí, sí. Paso. Paso. Ssss, sal, rojo. ¡Dios!

—Está muy bien, Robert: paseo, sol, rojo. Bien. Recuerde estas palabras, volveré a preguntarle dentro de un momento. Dígame cuántos días tiene la semana.

Robert la miró un momento asintiendo.

—Días —dijo—. Días. —Se dio golpecitos con los dedos en la pierna, contando los días—. Sed —dijo, y levantó cinco dedos. ¿Sed? Sedte. Sedte. ¡Dios!

—¿Ha dicho siete, Robert?

—Sí, sí, evidentemente. Sedte.

—Ha levantado cinco dedos.

Robert se miró la mano y después miró a Liz.

—Sí, sí. Sedte.

—De acuerdo, gracias. ¿Y cuántos palos tiene la baraja?

—Sí, sí.

—Una baraja de cartas. Tiene corazones y picas; son los palos. ¿Cuántos palos tiene?

—¡Caro! Dios, sí. Cuuu, at, cuatro. Cuatro.

—¿Cuatro? Sí, muy bien. La baraja tiene cuatro palos. Bien. Dígame las tres palabras que le pedí que recordara hace un momento.

Robert se miró la mano y después miró a Anna.

—Sí, sí, evidentemente, claro. ¡Dios!

Esperó, y Liz también.

—Las tres palabras, Robert. ¿La primera era paseo?

—Paso, paso. Sí, sí, evidentemente.

Liz lo ayudó con las otras dos y Robert consiguió repetirlas. Hicieron unos ejercicios más y después Liz explicó que los servicios de logopedia del distrito disponían de muy pocos recursos y que había una serie de aplicaciones y ejercicios terapéuticos que podía hacer por su cuenta. Anna no estaba segura de si se lo decía a Robert o a ella.

—

Tuvo que instalar a Robert en el banco, con una manta por

encima de las piernas, para poder ir a hacer algo en el huerto. Había empezado la floración. Una vez más, toda esa frescura la tomó por sorpresa. Los brillantes colores blancos, amarillos y rosados. La energía que desprendían. Robert olió el aire con mucho aspaviento, sorbiéndolo ruidosamente y resoplando.

—Primera. Joder. Dios. Primera.

—¿Es la primera vez que sales aquí?

Movió la mano por delante de la cara. No. No. Movió la mano señalando el huerto. Se refería a algo concreto.

—Inténtalo otra vez.

—Primera. Invi erno. Primera.

—¿Primavera?

—¡Sí! Evidentemente. Sí, ¡Primera! Joder.

—Primavera. Sí, eso es. Sin duda estamos en primavera.

Resopló otra vez, satisfecho de haber logrado que lo entendiera. Anna se arrodilló al borde del césped y empezó con las malas hierbas.

—

Haga estas formas con la boca: pa, ba, ma, da, sa.

—

Tres semanas después se terminaron las visitas de Cathy.

—Va a echarme de menos, ¿verdad, señor Wright?

Cathy sacó sus formularios y tomó notas. Le pidió a Robert que se desnudara para examinarlo. Robert empezó a desabrocharse la camisa. Todavía usaba solo una mano.

—Esto se pone peor cada año —dijo Cathy—. Mucho peor. Hace cinco o diez años habría venido a diario. Y habríamos sido dos para atenderle. ¡Dos como yo, señor Wright! Ahora es desesperante. Cuestión de prioridades. Usted tiene a la señora Wright aquí, en casa, así que hay menos riesgos. Y familiares que vienen a echar una mano. Por eso su puntuación es de cero puntos, ¿comprende? Todos los pacientes de mi lista están solos, no tienen familia ni vecinos que les echen un vistazo. Cada vez que voy, me los encuentro en la misma silla en la que los dejé. Y a algunos solo puedo ir a verlos cada dos días, y treinta minutos como máximo, porque tengo que irme enseguida a ver al siguiente. La cosa está tan mal que no sé si quiero seguir trabajando en esto, pero tampoco sé quién querría hacerlo en mi

lugar, ¿comprende? ¡Para lo que nos pagan! No me quejo. Nunca nos han pagado mucho, pero es que hago el doble de trabajo por el mismo sueldo que cobraba hace cinco años. Pero, oiga, dígame que me calle, ¿eh? A fin y al cabo es usted el que se queda solo, me temo. Ya le advertí que no me cogiera mucho cariño, ¿eh? Claro que si consiguiera que su mujer lo abandonara la cosa cambiaría mucho. ¿El pobre señor Wright tan solito? Me volverían a mandar enseguida. ¿Qué le parecería eso, eh?

Catorce minutos después estaba en el coche carretera abajo. Había llovido por la noche. Había barro en el asfalto. Los campos se tupían de brotes tempranos de cebada y centeno.

—

Tenía que prepararlo para la visita de Liz. Robert se despertó de muy mal humor, gruñendo, enfurruñado, y no quiso levantarse. A pesar de la debilidad del lado derecho seguía siendo más fuerte que Anna, y ella no tenía la menor intención de obligarlo a levantarse.

—Robert, ya sabes que hoy viene Liz. ¿No quieres enseñarle todo lo que has progresado? ¿Todo lo que has hecho con la aplicación?

—No puedo. No puedo. Mana, mana, mana. Día. Oro día.

—¿Mañana? Liz no puede venir mañana, Robert. Viene hoy. Vas a tener que levantarte. Anda. Además tengo que cambiar las sábanas.

—Mana, mana. Oro día. Dormir. Dormir.

—Robert, no puedes ponerte a dormir otra vez. Vamos. No me lo pongas más difícil, por favor. Vístete y desayunamos, ¿de acuerdo?

—¡Dormir!

—De acuerdo. Voy a hacer café. Lo tienes abajo. Vístete.

—¡No!

Estaba en las escaleras, a medio camino, cuando de pronto se dio cuenta de lo que había dicho. Volvió.

—¿Qué has dicho?

—¡No!

Se oyó a sí mismo y se le abrieron los ojos de la sorpresa. Asintió.

—No, no. ¡No!

—Vaya, vaya. Ahora la vida va a ser más fácil. ¿No dijo Liz que las palabras irían llegando solas?

—No, no, no, no, no.

—Pues sí, lo dijo.

—Sí, sí, evidentemente.

—Claro.

—No, no, no, no, no, no, no.

—Vale, vale; tampoco hay que exagerar.

—No.

—Voy a hacer café. ¿Te apetece?

—No. ¡Sí! Sí. Sí.

—Te espero abajo. Cuando te vistas.

—No. ¡Sí!

—

Tuvo que cambiar las sábanas de la habitación de invitados porque Sara se presentó de improviso. Dijo que sentía no haber podido ir en toda la semana. El nuevo trabajo era para volverse loca y no había tenido tiempo.

—Pero dime lo que puedo hacer mientras esté aquí —añadió, hablando desde la planta baja.

Anna se peleaba con la funda del edredón. Había puesto la limpia al revés, pero así la dejó. Recogió la ropa de la silla y del suelo y la llevó a la habitación de Robert. La habitación de los dos. Se sentó en la cama. Todas las almohadas estaban amontonadas en el centro, donde había dormido él.

No quería que Sara se enterase de que, por algún motivo, todavía dormía en la habitación de invitados. No sabía muy bien si le apetecía compartir la cama con Robert. Habían estado recelosos el uno del otro desde que él había vuelto a casa. Pasaba mucho tiempo ayudándolo a vestirse, a lavarse, a ir y volver del cuarto de baño. Era difícil ver más allá y pensar en él como marido, como compañero, como el hombre al que deseaba besar en otro tiempo.

Abrió la ventana para ventilar la habitación y quitó las sábanas de la cama. Se las llevó abajo, a la lavadora, y pidió a Sara que encendiera el hervidor.

Por la mañana Sara apareció en la puerta del dormitorio

con dos tazas de té. Anna llevaba un rato despierta, escuchando la respiración regular de Robert, sintiendo el calor de su cuerpo, intentando no pensar en lo que pasaría después. Se sentó, se colocó las almohadas a modo de respaldo y cogió una taza. Robert se movió de un lado a otro. Sara descorrió las cortinas y se sentó a los pies de la cama. Robert se incorporó con esfuerzo hasta sentarse. Anna lo ayudó a apoyarse en las almohadas. Se quedaron los dos sentados con el té en la mano, esperando a que se enfriase, mientras Sara los miraba.

—¿Qué… quiere? Quiere din, din. Pasta. ¿Quiere, pasta?

Sara se echó a reír.

—Has dado en el clavo, papá. ¡Qué intuición tienes! Necesito un préstamo desesperadamente, por eso te he traído un té, para ablandarte. Me has pillado.

—Sí, sí, evidentemente claro. Te… conoce. Conoce a ti… cuando.

Levantó la mano en el aire, a un lado de la cama, señalando lo alta que era la primera vez que se metió en la cama de sus padres ella sola. Sara se rio. Anna la miraba.

—¿En serio? ¿De verdad necesitas dinero?

—¡Mamá! ¡No! Es broma, le estaba tomando el pelo; ya te lo he dicho, tengo otro trabajo y me va bien.

Robert preguntó con titubeos en qué consistía el trabajo nuevo y Sara le contó algo incomprensible sobre estrategias digitales de mercado. Anna se interesó por más detalles, pero Robert hizo un ruido que significaba que tenía que ir al retrete y, cuando consiguió sacarlo de la cama y ponerlo de pie, ya era tarde.

—

Coloque estas palabras en la categoría correspondiente: agua, té, vino. «Bocadillos» no es la respuesta correcta. Agua, té, vino. «Bebidas» es la respuesta correcta. Tengo sed. Quisiera beber algo. Res, res. Beber.

—

Tenía que tender las sábanas y recogerlas secas antes de la noche. Daba gusto estar fuera. Los frutales y los setos ya se habían cubierto de hojas. El césped se iba poniendo más denso y verde. Lo dejaría crecer para que diera semillas. Más allá del

huerto los granjeros habían abierto los aspersores otra vez. Tenía que poner las patatas en el horno. Tenía que limpiar la sala de estar y procurar que Robert descansara. Luke iba a venir a verlo.

—

Cuando Luke llegó Robert ya había abierto los mapas encima de la mesa del comedor. Había trazado tres líneas de colores alrededor de la estación K. Una roja, que marcaba la deriva de Thomas en el estrecho; otra azul y otra verde, que los representaban a ellos dos y sus movimientos desde el refugio hasta el final de la pista de aterrizaje; una incipiente línea verde se alejaba del lugar del accidente con la motonieve. Las líneas eran temblorosas, inseguras.

Cuando Luke llamó a la puerta Anna no supo qué hacer. No podía ir a abrir la puerta y quedarse al lado de Robert al mismo tiempo. Vaciló a medio camino. Sara la miró de una forma rara y fue a abrir la puerta. Luke se acordaba de su nombre, se habían visto en el hospital, y la saludó. Se quitó los zapatos en el zaguán y esperó a que lo invitaran a entrar. Robert estaba sentado al fondo, a la mesa del comedor, y cuando Sara hizo pasar a Luke, bajó la cabeza hacia los mapas. Luke se acercó despacio. Robert levantó la cabeza.

—Entonces, ¿estás bien, Doc?

—Lu, lu, lu. Lu. Luka.

Luke asintió e intentó sostenerle la mirada.

—Sí, Luke. Hacía tiempo ya, ¿eh? ¿Qué tal van las cosas?

—Bien.

—Ya.

—Evidentemente.

—En fin.

—Claro.

Se miraron de verdad. Luke se limpiaba las manos en las perneras de los pantalones. Anna se dio cuenta de que estaba demasiado cerca. Dijo que iba a poner agua a calentar y salió de la habitación. Desde la cocina oyó que Sara intentaba iniciar una conversación. Le preguntó a Luke qué tal se trabajaba con Robert. Le preguntó si iba a volver a la Antártida la siguiente temporada. Parecía que no le daba a Robert mucha ocasión de

intervenir.

Cuando Anna volvió, Luke estaba sentado a la mesa con Robert, mirando el mapa. Hablaba de los proyectos cartográficos en los que estaba trabajando el equipo en ese momento y de los planes para el año siguiente. Robert estaba inclinado hacia delante, con los ojos entrecerrados como solía hacer cuando quería escuchar de verdad.

—Van a poner una conexión por satélite, Doc.

—Bien, sí. Evidentemente. Evidentemente.

—Wifien la estación K. YouTube toda la noche. Se acabaron los juegos.

—¡Ja! Dios.

Anna les llevó té y le preguntó a Luke qué le parecía volver a la estación K. después de lo sucedido. Sara la miró de repente con una brusquedad que no supo interpretar.

—Bueno. Raro, supongo. A mi madre no le hace ninguna gracia. Le he prometido que no me alejaré del refugio. Pero, claro, no queda otro remedio que subirse otra vez al carro, ¿no le parece?

—¿Al carro?

—Sí, bueno, ya sabe; volver antes de que te dé tanto miedo que no puedas hacerlo nunca más.

—Ah, bien. Sí, Claro. Al carro. Tú volviste a la península directamente la otra vez, ¿verdad, Robert? ¿Después de lo que le pasó a Tim?

—Sí, sí. Claro, sí.

Robert volvió la cara hacia la ventana. Luke le preguntó si había hablado con alguien del equipo. Robert pareció no oírlo. Luke esperó y repitió la pregunta.

—Sí, han venido a verlo algunos colegas. Tiene muchas ganas de volver al trabajo. Esperaba poder hacer algo en el curso de formación. Pero hay algunos inconvenientes.

—Claro, sí. Seguro que lo echas de menos a pesar de todo, ¿eh, Doc?

Robert no dijo nada. Todos esperaron. Luke miró fuera, al huerto, luego miró a Robert pensando en qué más decir. Anna oyó la respiración de Robert, más profunda en ese momento. Sara se había sentado en el sofá y miraba a Luke.

De repente Robert dio unos golpes en la mesa. Describió unos círculos con la mano por encima del mapa y después la levantó en el aire resoplando.

—Fue, fue. Se fue —dijo.

—No te acuerdas de lo que pasó —dijo Anna—. ¿Se te ha olvidado?

—Sí, sí, evidentemente, evidentemente.

—No sé qué contarte —dijo Luke—. Fue todo muy confuso, ya sabes.

—Claro. Sí.

—No sabíamos dónde estaba Thomas, si iba a conseguir volver a tierra firme o no.

—Esa. Esa traza peces.

—Estrecho de Lopez, bien.

—Sí, sí.

—Me quedé mucho rato contigo, Doc. Unas dos horas, en plena tormenta. No querías. Dijiste que era muy arriesgado ir a buscar a Thomas. Bueno, era difícil entender lo que decías, pero eso fue lo que entendí.

—Sí, sí. Sí. ¡Sí!

—Y esperé. Creía que había un equipo de rescate en camino. Creía que llegaría en cualquier momento. Pero yo no podía, ¿sabes? No podía estar allí metido en la tienda mientras Thomas estaba… Bueno, eso.

—Sí, sí. Se fue.

—Eso. Pero a lo mejor todavía no se había ido. No lo sabíamos. Por eso te dejé. Creía que podría llegar hasta él. Creía que tú estabas a salvo. La tormenta era tremenda, pero me pareció que al menos en la tienda estarías a salvo.

—Cae, cae. Cabe.

—¿Cabezota? Sí, supongo.

—Orden.

—Bueno, en realidad no fue una orden, sino un consejo. Cuando me puse en marcha el viento había amainado, pero no se veía mucho. Tuve que subir más de lo que pensaba, ir por detrás del Priestley y llegar a la playa. No me parecía seguro. Lo llamaba por la radio todo el rato, pero no me respondía. Cuando el tiempo se calmó del todo y llegó el avión todavía se veía la

tienda a lo lejos. Y te vi fuera, ibas hacia la pista.

—Bien, sí. Evidentemente. Bueno. Bueno.

—Lo intenté, Doc.

—¡Sí! ¡Sí!

—Intenté rescatarlo.

—Evidentemente. Bueno.

—Era demasiado...

—Sí. Sí.

—Vi llegar el avión. Los llamé por radio en cuanto los vi. Les dije que buscaran a Thomas. Porque había visto la bengala, la bengala de emergencia.

—Dios. ¿Qué? Sí. Ave-ion. Ave-ion rojo. Sí.

—¿Viste la bengala, Doc? ¿Bastante más allá del Priestley?

Sara se levantó de repente y se acercó a la mesa. Robert se volvió a mirarla. Pasaba algo que Anna no entendía.

—Ave-ion rojo. Pequeño, pequeño.

—Viste el avión.

—Pequeño, pequeño. Luego más grande.

—No se movía, ya sabes. ¿Encendió la bengala?

De pronto Robert frunció toda la cara y agitó la mano por encima del mapa. Miró a Anna pidiendo ayuda. Sara llegó antes.

—Lo siento, Luke. Mi padre se cansa enseguida.

—Ah, claro, lo siento. Lo siento.

—No, no te disculpes. Está bien. Te agradezco que hayas venido, has sido muy amable. Mi padre tenía ganas de verte, ¿verdad?

—Sí. Sí. Evidentemente. Sí.

—Lo que pasa es que todavía le cuesta concentrarse mucho rato.

—Ya, ya, claro. Lo siento. Bueno, me voy.

Luke se levantó y dio un golpecito en el mapa; Robert lo miró. Sara lo acompañó hasta el coche y, por la ventana, Anna los vio hablando. Robert hacía el ruido que indicaba que quería ir al retrete y tuvo que ayudarlo a levantarse.

—

Apriete los labios con fuerza. Abra mucho la boca. Repita estos sonidos: fa, fa, fa. Sa, sa, sa. Ma, ma, ma.

—

La mañana siguiente, después de desayunar, Sara dijo que se llevaba a Robert a dar un paseo. No parecía que se lo hubiera consultado a él.

—No sé si es buena idea —dijo Anna—. No sé hasta dónde podréis llegar.

Robert ya estaba de pie, buscando el abrigo.

—Mamá, no soy tonta. No vamos a ir muy lejos. Tendré cuidado. Pero tiene que empezar a salir de aquí, ¿no te parece?

Se oyeron golpes en el armario de los abrigos del vestíbulo. Robert volvió con las botas en la mano.

—Domin-go, paseo. ¡Pub!

—Bueno, a lo mejor no llegáis al pub. A ver cómo vas. ¿Tendrás cuidado?

Robert hizo una solemne inclinación de cabeza.

—Sí, sí, evidentemente. Cuidado. Cuidado.

Sara se arrodilló y lo ayudó con las botas.

—Lleva el móvil. No vayáis lejos. Sed prudentes.

Se despidieron de ella levantando la mano por encima del hombro. Ninguno de ellos se volvió. Sara agarraba a Robert por el brazo y parecía estar más parlanchina que en todo el fin de semana. Salieron al sendero que pasaba por detrás de la casa y Anna cerró la puerta. Se puso las botas y salió al huerto de atrás. El teléfono del pasillo sonaba, pero hizo caso omiso. Fue hasta el ciruelo del fondo del huerto y se quedó allí para verlos pasar dignamente por el camino que se elevaba en paralelo con la acequia. Era casi imposible apreciar la cojera de Robert. Sara se adaptaba muy bien a su ritmo. Parecía que fueran tan despacio por propia voluntad. Las cabezas se inclinaban levemente la una hacia la otra y a Anna le habría gustado saber de qué hablaban. Quería que uno de los dos se volviera a saludar. El sol estaba alto y el aire olía a tierra madura y nueva. Las hojas de los árboles resplandecían, brillantes y delicadas, y la luz se filtraba entre ellas cuando el viento las movía. Ya se estaba acostumbrando al silencio cuando sonó el móvil y Sara dijo, mamá, lo siento, es papá.

9 _

Tuvo que oír varias veces lo que explicaba Frank de la investigación. Sara le contó que Luke había ido a verlos. Frank dijo que tenía que pedir ayuda legal al Instituto. Que se aseguraran de que tuviera su propio abogado. Anna le contestó que nadie iba a denunciar a Robert; no iban a denunciar a nadie. La investigación era pura formalidad, para confirmar las circunstancias de la muerte de Thomas. No era una investigación policial. Nadie iba a echarle la culpa a Robert, eso seguro.

Tuvo que poner el altavoz del móvil para que Frank le dijera a Robert que no se disculpara. Que decir «lo siento» equivaldría a reconocerse culpable.

—Pero ¿y si de verdad lo siente? Yo siento que haya muerto el otro chico. Todos lo sentimos. Seguro que Robert también. ¿Qué va a decir cuando vea a los padres del chico?

—Mamá, no puede decir que lo siente. Que diga lo que quiera menos eso. ¿Me oyes, papá? Nada de «lo siento», ¿de acuerdo?

—¡Ja! Sí. Evidentemente. Lo. Lo, lo. Siento.

—No, papá. «Lo siento» no.

—Evidentemente. Evidentemente.

—

Repita esto. Re, re, repita. *No lo entiendo*. No tiendo. No tiendo. *No lo entiendo*. Lo tiendo. Lo tiendo. *No lo entiendo*. *Hable más despacio, por favor*.

—

Tuvo que preparar a Robert porque venía Liz y tuvo que limpiar la salita de estar.

Trabajaban con situaciones reales. Liz se había dado cuenta de que no tenían coche y que dependían del autobús para ir a la ciudad, así que quería que Robert aprendiera a coger solo el autobús. Liz colocó las sillas del comedor en dos filas y se sentó delante.

—Soy el conductor —le dijo a Robert—. Ahora suba usted al autobús.

Robert asintió y dio un paso hacia Liz. La miró. Esperó a que le hiciera una pregunta.

—El conductor no le va a preguntar adónde va. Tiene que hablar usted primero, ¿de acuerdo?

Robert miró a Anna. Daba la sensación de que no entendía lo que tenía que hacer. Anna se puso delante de él.

—Ida, al centro, por favor —dijo.

—Dos libras con cincuenta —dijo Liz, y le entregó un billete imaginario.

Anna se sentó al fondo del autobús y se quedó mirando a Robert, que dio un paso adelante.

—I, i. I. I dea. I dea. I, i. I. Ide. I dea. I dea. Cen cen, centa, cena.

—Bien; puede atascarse con el nombre del sitio al que va, ¿de acuerdo? Pero a lo mejor en el autobús hay un mapa de la ruta y puede señalar el sitio al que quiere ir, ¿no? O puede llevar un horario del autobús e indicar su destino, ¿verdad? O escribirlo antes. ¿Lo ve? Hay muchas maneras de solucionar el problema. Con un poco de previsión.

Robert asintió. Retrocedió y después hizo como si subiera al autobús otra vez.

—I dea —dijo, señalando un papel imaginario que sostenía en la mano.

—Muy bien. Estupendo. Entonces yo le digo lo que vale el billete, usted lo paga y seguimos adelante.

Robert miró a Anna con ilusión, como si hubiera aprobado un examen muy difícil. Ella intentó imaginarse que de verdad alguna vez volvería a ir solo, a coger autobuses, a entrar en las tiendas, a preguntar por una dirección. Lo cierto era que no parecía preparado para hacerlo.

—Robert, ¿quiere sentarse para que podamos arrancar?

—

Abra mucho la boca. Más. Aguante tres segundos. Relájese. Apriete el labio de arriba contra el de abajo. Aguante. Relájese. Tóquese el lado izquierdo de los labios con la punta de la lengua. Aguante. Tóquese el lado derecho de los labios con la punta de la lengua. Aguante. Relájese.

—

Tuvo que levantarse en cuanto la primera luz del día se filtró a través de las cortinas. Apenas había dormido. Salió de la cama y

se acercó a la ventana. Los campos y las acequias brillaban con la humedad. El horizonte estaba ribeteado de color naranja y rojo. Se vistió rápidamente, hizo té y salió fuera con la taza. Robert dormiría otra hora más o menos. No se daría cuenta de que ella no estaba. Se fue por el sendero que bordeaba la casa en dirección al río. El barro del camino estaba resbaladizo y Anna pisaba con cuidado al tiempo que bebía a traguitos el té caliente, que saltaba hasta el borde de la taza. Las golondrinas volaban como flechas por el prado del otro lado de la acequia y una larga fila de ocas de pesadas alas pasó de largo por encima de ella. Cuando llegó al río se acuclilló en el borde de la acequia a contemplar el agua revuelta que descendía hacia el mar. Su aliento se derramaba en el aire. Un rastro vaporoso mediaba en lo alto entre el horizonte brillante y el cielo azul marino del oeste. Río abajo, en el puente de la carretera, vibraban luces rojas. Miró el agua y se imaginó el río creciendo más y más hasta desbordarse por los campos y las casas que había a su espalda. Todos esos coches intentando avanzar por el agua como si no pasara nada, dirigiéndose a los aeropuertos, a las urbanizaciones, a los puntos de recogida de clientes. Terminó el té. Tiró la taza al agua y vio cómo se hundía. Tenía que volver a casa.

—

A veces se encerraba en el cuarto de baño solo por aislarse un rato. Robert se movía más y había perdido seguridad. La seguía a todas partes como un niño. Andaba tan despacio y con tanto sigilo que a menudo se llevaba una sorpresa al darse la vuelta y verlo tan cerca. La había sobresaltado varias veces. No sabía si buscaba compañía o si simplemente se aburría. Parecía satisfecho de poder ir de un lado a otro. A veces, cuando salía del cuarto de baño se lo encontraba esperando en la puerta.

—Robert, ¿has estado aquí todo el tiempo?

—Sí, sí, evidentemente.

—Bueno, pues ten cuidado. A lo mejor te metes en un lío escuchando así detrás de la puerta del cuarto de baño. Podía estar haciendo cualquier cosa ahí dentro.

—No, no, no, no.

—Sabes que no tardo nada en volver, ¿de acuerdo?

—Esperar. Esperando. Sí, sí. Esperando.

—Bien, pero no hace falta que esperes pegado a la puerta.

—Sí, sí.

—

Según Bridget, tenía que frenar un poco. Si hacía todo lo que pretendía se agotaría, le dijo por teléfono. ¿Había pensado en dejar de trabajar un año? Anna le explicó que la conferencia de Montreal era muy importante y que entraría en el siguiente ciclo del IPCC;* que su equipo había invertido mucho tiempo en afinar los modelos y limpiar los datos. Bridget la escuchó y le preguntó si creía que serían capaces de resolver el cambio climático sin ella. Anna hizo una pausa. Tenía que cambiar las sábanas.

Eso es una pregunta retórica, ¿verdad?, le dijo. Sí, dijo Bridget. Pero sabes a lo que me refiero, ¿no? Anna sujetaba el teléfono entre el hombro y la oreja mientras quitaba la funda al edredón. Piénsalo, mi niña, ¿vale? Anna miró al techo. Es lo que hago, musitó. No hago otra cosa. Oyó asentir a Bridget. Se llevó la ropa de cama abajo. No podía parar. Bridget dijo algo más. Tenía que sacar los platos del lavavajillas. Robert estaba tranquilo en el huerto con un libro sobre operaciones de rescate de montaña abierto en el regazo. No se sabía hasta qué punto podía leer, pero le gustaba pasar las páginas. Bridget le preguntó qué tal iban las cosas entre ellos dos.

Por la ventana de la cocina vio que las sombras se alargaban en la carreta. Los cuervos volaban en círculo y se posaban en la estrecha franja boscosa del lado opuesto del campo. Robert se enfriaría ahí fuera, en el huerto, a pesar de la manta que le tapaba las piernas.

—Sinceramente, Bridget, no lo sé. No lo sé. Son muchas cosas. O sea… ¿Entiendes?

Levantó un vaso hacia luz. Tenía manchas claras. Había que cambiar el filtro otra vez. Bridget esperaba.

—Lo pensé en su momento. Estaba… lo había pensado. En fin. Las opciones que tenía. ¿Es eso? Sí, lo pensé. Pero ahora. No. No es eso. No podría ser. Qué sería. No. Sabes cómo están las cosas. Sabes lo que significa esto. Tenía que haberlo hecho. Hace años. Años. Podría haberlo hecho. Pero ahora. Ahora no. No.

Robert estaba detrás de ella, esperando para dejar la taza vacía al lado del fregadero. Cruzaron una mirada. Se oyó la voz de Bridget que preguntaba a Anna si seguía ahí. Robert se fue a la salita manteniendo el equilibrio con un brazo estirado hacia delante, por si se caía.

—

Tenía que arreglar la casa y prepararlo todo para cuando llegaran los que querían asistir a la declaración. Frank también iría, y Sara, y la hermana de Robert y su marido, y Bridget, claro. No se quedarían todos en casa, pero pasarían por allí. Había que hacer comida y despejar mesas, y Bridget iba a llevar unas sillas plegables en el maletero del coche.

Ayudó a Robert a vestirse para la ocasión. Ya podía abrocharse los botones de la camisa, pero la corbata lo sobrepasaba. A ella tampoco le resultaba fácil. Le llevó unos minutos. Cuando lo consiguió, le puso las manos en el pecho y se apoyó en él. El murmullo de la respiración de ambos la confortó. Se besaron. Los demás esperaban abajo.

Cuando llegaron, Anna se dio cuenta de que se había hecho la idea de una sala de juicios, pero los ujieres los condujeron a algo que se parecía más a una sala de conferencias. La sorprendió no ver un rotafolio. Estaban sentados en filas, mirando hacia la maciza mesa de roble que presidía la sala, y cuando entró la jueza de instrucción les dijeron que se pusieran en pie.

Los declarantes desfilaron por turno hasta la mesa de los testigos para contar lo que sabían de la muerte de Thomas. Los del Instituto no paraban de nombrar acrónimos y la jueza no paraba de pedirles que se los aclarasen. Es una vista pública, dijo, y me gustaría que el público lo entendiera. Que la familia de Thomas lo entendiera.

Los padres de Thomas estaban en la primera fila. Los acompañaba una mujer joven. Anna no sabía si era su hermana, su novia u otra persona. Era baja y delgada y lo miraba todo con mucha concentración. Cuando se movía en la silla Anna veía cómo se le tensaban los músculos de los hombros.

Llamaron a Luke; parecía nervioso. Le preguntaron por qué se había metido Thomas en el hielo y por qué se habían

separado durante la tormenta. Dijo que Thomas solo había pisado el hielo un momento para hacer unas fotografías. Dijo que la tormenta había empezado de repente y que se había desorientado. Que Robert y él estaban cerca de Thomas cuando se había desatado la tormenta.

Al oír esto, Sara se estremeció como si le hubiera dado un calambre. Anna se volvió a preguntarle qué le pasaba y Sara hizo un gesto negativo con la cabeza.

Le preguntaron si había intentado ponerse en contacto con Bluff Point desde el refugio. Le dije a Doc que lo hiciera, respondió Luke. Creo que lo intentó.

Cuando le llegó el turno a Doc, la abogada se puso a su lado y le explicó a la jueza las dificultades de comunicación de su representado. Recuerda muy poco del incidente, le dijo. También es posible que en ese momento sus capacidades cognitivas estuvieran afectadas por el derrame cerebral. La jueza hizo varias preguntas y luego proyectaron un mapa en una pantalla grande. Le preguntaron si se había producido alguna comunicación por radio después de que Luke lo dejara en la tienda y si había visto el humo azul de una bengala. No, dijo. Evidentemente, evidentemente. No. El abogado que acompañaba a la familia de Thomas dijo que quería hacer más preguntas.

—¿Estaba estipulado en el horario que establecieran contacto por radio con Bluff Point dos veces al día?

—Sí, claro. Sí.

—¿Esos contactos se establecían diariamente a las nueve de la mañana y a las seis de la tarde?

—Evidentemente, claro. Sí.

—Y la falta de contacto pondría en marcha un dispositivo de búsqueda y rescate, ¿es así?

—Sí.

—Y eso fue lo que pasó al final, tal como sabemos.

—Sí.

—¿Pueden ponerse en contacto con la base principal en cualquier otro momento en caso de dificultad?

—Claro, claro.

—Pero cuando usted descubrió que Thomas iba a la deriva

en la placa de hielo y salió con Luke para ir a rescatarlo, ¿no se puso en contacto con la base principal?

Robert miró al abogado. Miró a su abogada, que estaba a su lado. Miró al público, que lo miraba a su vez. La abogada le hizo una pregunta. Robert movió los ojos de un lado a otro. El abogado esperó.

—Ras, ras. Radio.

—Reformule la pregunta, por favor. ¿Quiere saber si Robert estableció contacto con la base?

—Lo siento. Sí. Señor Wright: sabemos que los teléfonos por satélite estaban desconectados debido a la falta de mantenimiento de la batería. ¿Usó usted la radio de onda corta para ponerse en contacto con la base de Bluff Point?

—Ras, ras. Radio. Evidentemente. Radio.

—Porque en el registro no consta que usted llamara.

—Yo. Ah. Sí, sí.

—Señor Wright, ¿por qué no llamó a la base principal para pedir ayuda?

—Yo. Ah. Lo siento. No. No. Dios.

—¿Señor Wright?

La abogada le dijo algo a Robert muy despacio. Robert bajó la cabeza para oírla mejor. A su lado, Anna vio que Frank apretaba los puños y fruncía el ceño.

—Ah. Ver. Ver. Ron, ron. Torpe. Ron-ca. Rota. —Hizo un gesto seco con las manos.

—¿Dice que la radio estaba rota?

—Sí. Sí. Evidentemente, sí. Ron. Rota.

—De acuerdo. Una comprobación, lo siento: ¿«rota» quiere decir físicamente, de forma permanente, o «averiada», que no funcionaba bien en ese preciso momento?

La abogada miró al abogado un largo momento.

—¿Qué le parece si intenta reformular la pregunta, por favor?

—

Por la noche tuvo que hacer cena para todos. Bridget volvió con ella para ayudarla. Entró en la cocina con una lista de lo que quería cada uno para beber y dijo que no sabía si aquello se parecía a un entierro, a un bautizo o a qué. Nadie quería

reconocer que estaban celebrando algo, dijo.

—Bueno, al menos es un alivio —propuso Anna.

—¿Tú crees?

—Frank sí.

—Seguro. Oye, pásame esos vasos.

—

Liz les explicó que se había formado un grupo de apoyo nuevo en el que Robert podía participar. Era para personas que entraban en las siguientes fases del proceso de rehabilitación y que ya no iba a recibir más sesiones particulares de terapia del habla.

—¿Ya no va a recibir más?

—No. Este servicio solo se ofrece de forma temporal. Lo siento. Nuestros recursos son… muy limitados.

—¡Dios! ¡Ja!

—¿Ya está? ¿No hay nada más que hacer?

—No, de ninguna manera. Esperamos que Robert siga mejorando sus capacidades lingüísticas. Puede continuar con el trabajo por su cuenta. Vendré a verlo de vez en cuando. Y ese grupo le será muy útil.

—Tabaco, tabaco. Evidentemente. Tabaco.

Quería volver al trabajo. Quería que la terapia del habla lo hubiera arreglado todo, pero no iba a ser así. Estaba acostumbrado a trabajar con cosas que podían repararse o reemplazarse. Liz dijo que podía seguir progresando mucho y le recordó las otras estrategias de comunicación de las que habían hablado. El grupo no era de terapia del habla, dijo, pero todos los que lo formaban tenían dificultades de comunicación y el trabajo estaría orientado a desarrollar sus capacidades comunicativas. Ella también participaría, pero la responsable principal sería una joven encantadora llamada Amira. Tenía ideas muy interesantes y había conseguido una subvención generosa.

—

Tuvo que convencerlo a fuerza de argumentos… y le costó unos cuantos días.

Tuvo que planificar la ruta con todo detalle y calcular el tiempo generosamente. Le dijo que quería que comprase él

mismo el billete y él la miró como si le hubiera dicho algo absurdo. Tuvo que darle el dinero justo. Tuvo que arrodillarse para atarle los cordones de los zapatos.

Salieron de casa y caminaron por la orilla del río. El sendero de la acequia estaba duro y agrietado. El nivel del agua, bajo. Robert llevaba el bastón, pero no quería usarlo. A cada paso soltaba un bufido, pero ella sabía que no tenía que preguntarle si le pasaba algo.

Tardaron cuarenta y cinco minutos en llegar al pueblo, y cuando se sentó en la parada del autobús estaba sofocado y sudando. Anna sacó una botella de agua del bolso, la abrió y se la ofreció. No había nadie en la calle, todo estaba en calma y el asfalto desprendía calor. Habían anunciado lluvia y tormenta. Anna llevaba paraguas.

La sala de reuniones estaba en un edificio del hospital universitario, cerca de un parque. Tuvo que preguntar adónde debían dirigirse a dos personas distintas del mostrador de recepción. En el ascensor, Robert empezó a sacudir la cabeza.

—No, no, no. No. No.

—Robert, ¿qué pasa?

—No. No. ¡Dios! No.

—¿Qué te pasa, Robert?

Se abrieron las puertas del ascensor y salieron. Con movimientos de la mano, Robert señaló todo el pasillo, quería decir: esto, todo esto no está bien.

—Bueno, ya estamos aquí, así que vamos a echar un vistazo, ¿eh?

—No. No. No.

—No hace falta que vuelvas si no te gusta. Pero, oye, nos hemos tomado muchas molestias para venir hasta aquí, ¿no es cierto? Lo siento. De verdad.

—¡Ja!

Algo le hizo gracia. Le cambió el humor. Echó a andar por el pasillo en dirección contraria. Anna tuvo que ir a buscarlo. No estaba muy claro dónde se encontraba la sala. Cuando dieron con ella, había una mujer esperando fuera con una tablilla sujetapapeles. Robert miró más allá, al interior de la sala.

—Hola, eh, hola. Me llamo Amira. ¿Vienen al grupo?

Robert la miró. Anna dijo que sí. Robert venía al grupo. Robert Wright.

—Y usted es Anna, ¿verdad?

Había otra persona esperando detrás de ellos en silla de ruedas. Robert se hizo a un lado con mucho aspaviento. La mujer de la silla de ruedas le dio las gracias con un gesto de la cabeza y un hombre joven la llevó dentro empujando la silla. Amira le entregó a Anna un distintivo con su nombre y después les dijo a los dos que estaba encantada de recibirlos. Anna vio un pequeño corro de sillas en el centro de la habitación. Allí estaba Liz, sentada al fondo de la sala, cerca de un carrito con una máquina de café y una bandeja de galletas. Levantó la vista y saludó con la mano. Amira le estaba dando a Robert un distintivo con su nombre. Robert hacía gestos negativos con la cabeza otra vez.

A Anna se le cayó todo el cansancio encima.

DE PIE |

—Mírense las. Hola a todos. Buenos días. Vamos a. Vamos a empezar. ¿De acuerdo? ¿Empezamos? Primero quiero pedirles una cosa. ¿De acuerdo? Quiero que todos se miren las manos. ¿Estamos preparados?

No estaban preparados. Ni siquiera se habían sentado todos en las sillas que con tanto esmero había dispuesto en círculo. Una señora se levantaba continuamente y movía la silla un poquito. Un señor hablaba de fútbol en voz muy alta con la señora de la silla de ruedas que tenía al lado. La señora de la silla de ruedas lo miraba con escepticismo sin decir nada. Había otro señor en la máquina de café intentando sujetar una taza y un platillo con una mano al tiempo que se apoyaba con fuerza en un bastón. Otros cuantos intentaban ponerse el distintivo con su nombre como buenamente podían. Amira decidió seguir hablando con la esperanza de que se calmaran poco a poco.

—Bien. Los que estén preparados. Vamos a empezar con un pequeño ejercicio. Quiero que pongan las manos relajadas en el regazo, si pueden. Las palmas hacia arriba. Una al lado de la otra. ¿De acuerdo? Ahora siéntense todos, por favor. Dentro de un momento podrán hacer las preguntas que quieran. Solo pretendo. Con este pequeño ejercicio la idea es que todos nos tranquilicemos un poco. Bien. Manos. Sí. Manos en el regazo, palmas hacia arriba. Así. Los acompañantes también. Eso es. Todos, por favor. Sí. ¿Pueden sentarse todos, por favor?

|

Anna observaba cómo intentaba que el grupo le prestara atención. Les había dicho que se llamaba Amira, lo había escrito en letras grandes en la pizarra blanca que tenía al lado y también en su distintivo. Tenía una voz suave. Esperó a que todos hicieran lo que les pedía mirándolos de uno en uno, sonriendo. Se hizo el silencio en la sala. Anna se distrajo con los ruidos del pasillo: una conversación que pasaba de largo, un carrito con una rueda que chirriaba. El tráfico de la bulliciosa calle. Robert se movió en la silla, a su lado, y puso las manos en el regazo con un gruñido.

—Muy bien —dijo Amira—. Gracias. Ahora mírense las manos.

Era joven. Se sentaba casi en el borde de la silla, con la espalda muy recta. Llevaba la cara despejada, con el pelo hacia atrás recogido en una perfecta trenza francesa.

—Fíjense en la forma. Fíjense en cómo reposan en el regazo. ¿Se quedan planas? ¿Se cierran un poco? ¿Son las dos iguales? ¿Iguales de verdad?

La sala era espaciosa, pero estaba llena de cosas. Había mucho material arrimado a las paredes: cintas de correr, bicicletas estáticas, rotafolios, pizarras blancas con ruedas, carritos de bebidas…, y creaba una sensación de desorden. Pero al fondo había unas ventanas altas que daban a una hilera de árboles, al parque y al río y, en cuanto se sentaron todos, la luz que entraba por ellas imponía calma.

Eran unos doce, entre hombres y mujeres, casi todos mayores que Robert. No era fácil distinguir a los pacientes de los cuidadores, aunque algunos parecían menos dispuestos a hablar. Sospechaba que «pacientes» no era el término adecuado. «Cuidador» casi seguro que sí.

—Fíjense en todos los elementos que forman lo que llamamos la «mano» —dijo Almira—. Fíjense. La muñeca, la palma, el pulgar y los otros dedos, las articulaciones, los nudillos, los tendones. ¿Lo ven?

Sonó una sirena en la calle. Robert se volvió a mirar y Anna vio que miraba. Le temblaba un poco la cabeza, de una forma a la que ya se había acostumbrado. Parecía que el cuello no pudiera con el peso del cráneo. Tenía una expresión en la cara como si hubiera comido algo desagradable.

|

Liz no perdía de vista a ninguno de los miembros del grupo mientras Amira guiaba el primer ejercicio. Lo habían repasado juntas, pero esta era la primera vez que Amira lo ponía en práctica. Le dio la sensación de que empezaban a sobrar palabras.

—¡Bueno, pero! ¡Esta mano, maldita inútil! Mira, mira, maldita inútil. ¿Ves?

Pauline había levantado la paralizada mano derecha con la izquierda y la movía. Cuando preparaban las sesiones, Liz había advertido a Amira que Pauline sería la primera en hacer

preguntas.

—Sí, sí, lo veo. Hola… ¿Pauline? Sí. Muchos de los que estamos aquí no podemos mover una mano, o incluso ninguna. Ya llegaremos a eso. Es difícil. Sé que tiene que ser…

—¡Inútil! No quiero, no quiero mirarla, ¿ves?

—No, y no pasa nada. Es normal. Nada de lo que hagamos aquí es obligatorio, tenía que haberlo dicho al principio, por si hay algo con lo que no se sientan cómodos.

Pauline se levantó otra vez para recolocar la silla. Era alta y muy delgada, y no acababa de encontrar una posición cómoda. Tenía unas arrugas profundas en la piel y Liz sospechaba que eran de fumar en exceso, o de tomar el sol en exceso, o de ambas cosas. Rozaba los sesenta y hacía dos que había sufrido el derrame cerebral. La acompañaba su hermana. Carol. Era más joven, y siempre que la veía le parecía cansada. Carol le dijo algo a Pauline en voz baja y Pauline asintió.

—Siga, siga. Adelante —Pauline movió la mano como dándole permiso.

—Gracias, Pauline. —Amira hizo una pausa, hasta que la sala quedó en calma otra vez—. Bien. ¿Siguen todos aquí conmigo? Solo; solo quiero que nos miremos las manos de verdad. Observen la piel. Las rayas de la piel. Los callos, las ampollas, los arañazos y las cicatrices. Las manos cuentan una historia, ¿verdad?

|

Anna se fijó en que Amira no tenía arañazos ni cicatrices en las manos. Las tenía inmaculadas. Supuso que la intención del ejercicio era que se relajaran. Que la gente se encontrara a gusto. Anna no estaba ni relajada ni a gusto. Estaba impaciente y resentida y muy muy cansada. Pauline volvió a levantarse para recolocar la silla y Carol la ayudó a sentarse de nuevo.

Amira empezó a hablar de visualización y a decirles que respiraran. Respiren. Respiren.

—¡Ah, sí! Muy bien. Sí, eso es.

El hombre cuyo distintivo decía «Raymond» levantó las manos para enseñarles a todos una cosa. Barbara, su mujer, chasqueó la lengua y le dijo que se callara.

—¿Qué es? Raymond, ¿quiere enseñarnos algo?

—Ah, sí, muy bien. Muy bien. Eso es.

Raymond levantó las dos manos. Una cicatriz de color rosa claro, vívida contra la piel, le surcaba ambas palmas. Horrorizados, todos confirmaron lo que veían con algún comentario.

—Vaya, Raymond, qué cicatriz tan grande. ¿Es? ¿Es reciente? ¿Tiene una historia? ¿Le apetece contárnosla?

—Ah, sí, sí. Muy bien. Trici trici. Triciti, eso es, sí. Triciti. ¡Pssss! ¡Ja! ¡Psss! ¡Eso es!

—¿Le pasó algo con un triciclo, Raymond?

—Hummm, bueno ya, trici, trici, triciti. ¡Psss! Eso es.

Levantó las manos y agarró algo imaginario. Al cerrarlas abrió mucho los ojos de repente y sacudió todo el cuerpo. Robert se sobresaltó.

—¡Triciti, sí!

—Electricidad —explicó Barbara—. Mi marido era electricista. Sufrió un accidente en el trabajo. En una obra. Hace mucho tiempo. Pero sigue contando la historia, le gusta contarla, ya lo creo.

—Bien, Raymond —dijo Amira comprensivamente—, menudo susto se llevaría.

|

No se dio cuenta de lo que había dicho hasta después de decirlo. Las carcajadas fueron sonoras y frenéticas. La gente repetía sus palabras, o lo intentaba, y Raymond repitió los gestos de agarrar un cable suelto. Amira se quedó observándolos unos momentos. Tenía que dejar que se explayaran a su gusto. Mary, la señora de la silla de ruedas, no decía nada, pero mostraba interés y asentía una y otra vez. Robert, el hombre de barba, estaba de brazos cruzados y apretaba el distintivo con su nombre en una mano. Viktor miraba impasible. Raymond pidió disculpas a su mujer, sacudió la cabeza y sonrió para sí. Pauline suspiró profundamente y miró hacia la ventana. Había empezado a llover y la luz que entraba en la sala se atenuó un poco.

—Bien. Gracias, Raymond. Espero que en estas reuniones oigamos muchas historias unos de otros. Tengo ganas de oírlas. Gracias. ¿Todo el mundo de acuerdo? Bien. Estamos mirándonos las manos. Sé que algunos no podemos mover una mano, o la

movemos muy poco. Así que que cada cual haga lo pueda en este ejercicio. Fíjense en la forma de las manos, así, mientras descansan en el regazo. Verán que mientras descansan con naturalidad forman un cuenco. ¿Lo ven? Imagínense lo bien que podrían sostener ahora cualquier cosa. Intenten imaginarse el peso de esa cosa, ¿de acuerdo?

|

Liz vio que Amira cogía una caja de un estante que había al lado de la puerta. Vio que para la mayoría del grupo las cosas iban muy deprisa. Ni siquiera se les podía considerar un grupo todavía. Liz solo estaba allí para supervisar y para ayudar cuando fuera necesario, no quería pisarle el terreno a Amira. Pero valdría la pena hablarlo en la sesión de seguimiento.

Amira pasó alrededor del corro y le puso una pelota de espuma en las manos a cada uno. Dijo que todavía no quería que hicieran nada con ella. Solo dejarla ahí descansando. Cuando llegó a Pauline, se acuclilló delante de ella y le dijo algo en voz baja. Pauline dejó de mirar por la ventana y la miró a ella. Aunque solo fuera en la mitad de los músculos de la cara, Liz distinguió su expresión de desprecio. Sobre todo en los ojos. Su hermana apretó la pelota contra la mano derecha de Pauline y le puso los pulgares encima para que no se le escapara. Con un gruñido de esfuerzo, Pauline le quitó la mano.

—No piensen en sujetar la pelota todavía —dijo Amira cuando terminó de repartirlas—. Déjenla descansar en la mano. Fíjense en el tacto que tiene. En la textura. En la presión. ¿De acuerdo? Recuerden: cuando pensamos en pensar en algo aprendemos a pensar. El cerebro abre caminos nuevos, establece conexiones.

Estaba de pie delante de la silla, inclinada hacia delante, hablando incluso con el lenguaje corporal. Liz se dio cuenta de que enunciaba las palabras con mucho cuidado. Eso estaba bien. Se debía a su experiencia teatral seguramente. Y lo mismo con esa forma de establecer contacto visual con cada una de las personas de la sala.

—Ahora voy a pedir a su acompañante que ruede la pelota poco a poco en el cuenco de su mano, pasando por los dedos de uno en uno.

«Acompañante.» Esto era nuevo para Anna. Por lo general decían «cuidadora» o a veces «compañera». «Acompañante» era tal vez más neutro. Incluía a las personas de la sala que parecían profesionales de enfermería más que familiares. Como el joven que había entrado empujando la silla de Mary y ahora estaba sentado a su lado, o como la joven que estaba junto al hombre de traje que parecía distraído.

—Ahora fíjense en cómo se hunde cada dedo a medida que la pelota pasa por encima. Noten el movimiento. Noten el movimiento de los tendones en el dedo y en la mano hasta la…

—¡No puedo! ¡No, no! —Pauline dejó caer la pelota al suelo y se quejó a voces.

—Así está bien; muy bien, muy bien —dijo Raymond.

Amira se colocó en el centro del corro y se detuvo. Recogió la pelota de Pauline y se la devolvió. Dijo algo de que no era fácil para todo el mundo y que cada uno tenía su ritmo. Robert, que estaba en la silla de detrás, se inquietó. Apretaba la pelota con fuerza y se golpeaba la pierna con la mano. Amira lo miró.

—Bien. No todos podrán hacer esto hoy. No pasa nada. Está bien. Todo forma parte del viaje que hemos emprendido juntos. Relájense un momento. Respiren. Respiren.

Anna percibió que Robert prestaba atención a otra cosa. El temblor de la cabeza se suavizó. Se le aceleró la respiración un poco y se levantó de una forma que Anna imaginó que pretendía ser brusca, aunque en realidad le llevó cierto tiempo.

—¡Dios! Sí, sí. Claro. ¡Bien! Claro.

—¿Robert…? —le preguntó Amira—. ¿Necesita descansar?

—¡Ah, sí, eso es! Muy bien, muy bien.

La mujer de Raymond lo sujetó por el brazo e intentó tranquilizarlo. Miró a Anna. Todo el mundo la miraba. ¿Tal vez querían que detuviera a Robert? ¿Que lo obligara a sentarse? Ya estaba casi en la puerta. Anna lo miró. Recogió el bolso y los abrigos y le dijo a Amira que lo sentía. Amira sonrió e intentó tocarle el brazo.

—Está bien, no pasa nada. Entiendo lo difícil que puede resultar esto. Espero verlos por aquí la semana que viene. Quizá podamos hablar un poco de cómo facilitarle las cosas a Robert.

Se lo dijo en voz baja, con la cara muy cerca de la suya, como si fuera un secreto. Anna asintió, dijo que de acuerdo y siguió a Robert. Estaba esperando en la puerta. No podía abrirla. Anna se puso todas las cosas en un brazo y abrió. Él no la miró. Se fue por el pasillo murmurando. Al cerrar la puerta, Anna vio que todo el círculo la observaba, las manos en el regazo, la luz filtrándose por las altas ventanas y una expresión de reproche en la cara. No se imaginaba cómo iban a ser capaces de volver.

2 |

La siguiente semana el primero que llegó fue Viktor. Parecía que se había esforzado mucho. Abrió la puerta jadeando y tropezó levemente. Liz le ofreció el brazo para que se apoyara.

—¿Es pronto? ¿Está bien?

—Hola, no, llega bien, Viktor, no se ha adelantado. Pase, pase. ¿Ve el distintivo con su nombre aquí?

—Sí. No es.

Suspiró. Echó un vistazo a los distintivos que había en la mesa, al lado de la puerta, y señaló la primera letra. Amira se inclinó para verlo.

—¿No es su nombre? ¿Lo he escrito mal? Disculpe. He sacado los nombres de los volantes que me han mandado; a lo mejor lo habían escrito mal.

—No. Sí. Es Wiktor. Igual. Está bien. Es. Aah.

Intentó dibujar la forma de las letras en el aire con un dedo. Liz entendió lo que pasaba.

—Así es como se escribe —dijo—. Lo siento, seguro que es culpa mía.

—Ahora mismo le doy un distintivo nuevo —dijo Amira—. Me han sobrado algunos. ¿Puede escribirlo?

Wiktor la miró por encima de las gafas; aquello significaba: sí, podía escribirlo.

—Eso es, bien. Viktor, Wiktor, bien. Suena igual. Escribe. Pequeña cosa. Lo siento. Mi hablo. Yo.

—Ah, ya, sí. Entiendo. Wiktor. Está bien, bien, no tiene que disculparse.

—Mi. Bien. Mi británico. Nnngg. Habla británico.

—¿Su acento?

—Sí, sí, bien, acento. Era bien. Perfecto. Ahora. Ido.

—Debe de ser muy difícil para usted, Wiktor.

Wiktor había empezado a hablar así después del derrame cerebral. Tardó varias sesiones en dejarlo claro y Liz no llegó a entender lo que pasaba hasta que él le enseñó un vídeo en el que se le veía dando una conferencia en un instituto tecnológico sobre nodos de redes informáticas. No entendió todo lo que decía en el vídeo, aunque hablaba perfectamente. Se percibía un leve acento del norte de Londres y proyectaba bien la voz; solo

se le notaban los nervios por la forma que tenía de quitarse las gafas para consultar las notas y luego volvérselas a poner.

—Los padres de Wiktor vinieron de Polonia antes de que él empezara a ir al colegio —le explicó a Amira—. Antes del derrame no hablaba como ahora. No le gusta cómo le suena la voz ahora, ¿verdad, Wiktor? ¿Lo he dicho bien?

—Sí. Difícil. Difícil. Sonido, como. Como. Extranjero, ¿sí? No, no, no. Eso no.

—Usted no es extranjero. No. Lo entiendo. —Amira sonrió otra vez.

Cogió el distintivo con su nombre correctamente escrito. Se lo llevó al pecho y la miró. Ella se acercó y se lo prendió en la camisa.

—Ya está.

—Sí. Gracia. Gracia. Bien.

|

Amira no sabía quién iba a volver. La primera reunión no había funcionado muy bien. Lo había hablado con Liz. Había presentado el primer ejercicio antes de tiempo. Liz le propuso que en la segunda dedicara un rato a hablar de los objetivos del grupo y a establecer unas reglas básicas. Le sugirió que se sentaran todos alrededor de una mesa para poder pasarse los materiales unos a otros. Amira quería que estuvieran de pie, que se movieran, pero Liz le dijo que era un poco pronto para eso. Sería preferible que primero se sintieran a gusto como grupo, le dijo. Que desarrollaran la confianza. Abrieron tres mesas plegables y colocaron las sillas alrededor. Parecía una sala de juntas. Amira quería proponer otra cosa, pero entonces llegó Wiktor y ya no hubo tiempo para cambiar nada.

Mary llegó poco después, su cuidador entró de espaldas y luego dio la vuelta a la silla para que la mujer estuviera de cara. Llevaba un traje pantalón de chevió y un largo collar de cuentas de madera; el gesto de la mano cerca de la boca parecía indicar que habría preferido quedarse fuera fumando. Recogió el distintivo de la mesa y el cuidador se lo prendió en su sitio antes de retirarse a un rincón y ponerse a mirar el móvil.

Después llegaron todos de repente y Amira se fijó en que se pasaban el distintivo con los nombres unos a otros. Ya se

reconocían. *Sean. Pauline. Carol. Raymond, Robert*. Robert no habló con nadie ni se puso el distintivo. Pero allí estaba, había acudido a la segunda sesión. Amira saludó a Anna y esta respondió con un rápido movimiento de cabeza, pero no llegó a mirarla a los ojos.

|

Fuera, los árboles empezaban a deshojarse y entraba más luz por las ventanas. Eran plátanos, con los troncos a parches en las zonas donde se les había saltado la corteza. El día estaba despejado. Había dos niños pequeños en el parque y algunas personas paseando al perro por la orilla del río. El tráfico circulaba lentamente por la calle. Anna siguió mirando por la ventana mientras los demás se movían alrededor de las mesas y se sentaban. Tardaron un rato. Se oían muchos retazos de conversaciones y algunos se cambiaron de sitio. Incluso Robert estaba inquieto en el asiento de al lado. Todavía no quería ponerse el distintivo. Anna no sabía muy bien por qué había accedido a ir a la sesión. Tal vez la curiosidad por la vida en el exterior fuera motivo suficiente.

Amira la había llamado en los días previos. Le había dicho que quería «llevar un control». Anna le había contado que todo era muy nuevo para Robert todavía y que había muchas cosas que lo incomodaban. Amira lo entendía. Anna le había preguntado por el propósito del grupo, por su cometido, por la financiación, por los objetivos que se proponían. La buena disposición de Amira para responder a todas las preguntas la había asombrado.

No sé a Robert, le contó a Bridget, pero a mí me consuela ver a otras personas que no pueden… ya sabes, que no siempre encuentran las palabras.

¿Y son todos tan fastidiosos como Robert?, le había preguntado su amiga. A Anna le había parecido mal. No, «fastidiosos» no. Mejor «difíciles», tal vez. «Agotadores.» A la frustración de no poder hablar se le sumaba la de que ella no lo entendiera. Se enfadaba, después se arrepentía y luego se ponía sentimental. Lloraba mucho. Ella no siempre tenía tiempo.

No creo, dijo ella.

Dale tiempo, le había dicho Bridget riéndose. Un momento,

le hubiera gustado replicar a Anna. Un momento, no es así. No es así ni mucho menos. Pero Bridget ya había cambiado de tema.

Amira empezó a hablar. Anna dejó de mirar por la ventana, acercó la silla a Robert un poco más y se dispuso a escuchar.

|

Tardaron unos momentos en acomodarse todos. Amira los observaba y esperaba. Dijo que se alegraba de verlos de nuevo y empezó a hablar de los objetivos del grupo.

—Lo cierto es que la semana pasada no hablamos de esto —reconoció—. Creo que estábamos todos un poco distraídos. Bien, lo primero que hay que decir es que no estamos aquí para hacer terapia del habla. No soy logopeda. Ese trabajo lo han hecho con Liz. Y, naturalmente, continuarán con eso de diversas maneras. Nosotros estamos aquí para pensar en nuestras estrategias de comunicación. Hay muchas formas de comunicarse, además del habla. Sé que todos empleamos muchas ya. —Cogió un montoncito de tarjetas plastificadas—. Y sobre todo estamos aquí para pasarlo bien, ¿de acuerdo? Para que salgan de casa de vez en cuando, ¿no?

—¡Ah! Eso es —dijo Raymond en voz alta—. Muy cierto, muy bien. Eso es.

Amira se lo agradeció con un movimiento de cabeza. El reconocimiento era una parte importante, pero no detenerse también. Raymond le devolvió el gesto y miró a su mujer con cara de satisfacción.

—Bien. Para poder llevar un control me gustaría que en cada sesión nos presentáramos, nos contáramos qué tal estamos y qué tal hemos pasado la semana. —Les enseñó la primera tarjeta, en la que había una fila de caras de diferentes colores—. ¿De acuerdo? Pueden recurrir a estos dibujos de aquí, ¿ven? Cara alegre, cara triste, cara enfadada. —Señaló la última de la fila: una cara azul con las cejas enarcadas y la boca torcida—. ¿Qué les parece que representa esta cara?

—¡No quiero!

—¿Eso le parece, Pauline? Bien, esta es la cara «no quiero», por si eso es lo que sienten. Seguro que todos entendemos lo que significa. ¿De acuerdo? Bien, empiezo yo. Me llamo Amira y hoy

estoy como esta cara: la cara de preocupación. —Les enseñó otra tarjeta plastificada en la que se veía el dibujo de varias personas haciendo cosas diversas—. Así he pasado la semana, como esta otra carta: esta persona que está sentada al ordenador, trabajando, esta soy yo. Bien. ¿Se las doy a usted, Pauline?

Pauline cogió las tarjetas y se levantó para recolocar la silla. Se sentó y miró las tarjetas pasándolas de una mano a la otra.

—Bien. Pauline. Alegre.

—¿Alegre? Creía que había dicho que estaba «no quiero».

—No. ¡No! Alegre.

—Bien, estupendo. ¿Y qué tal la semana? ¿Cómo ha pasado la semana? ¿Está en alguno de los dibujos? ¿Visitando a la familia? ¿Viendo la televisión? ¿Qué hace esta persona? ¿Va al parque?

Pauline miró la tarjeta y después a Amira. Miró otra tarjeta y la levantó señalando la cara de «no quiero».

—¡No quiero!

—Ah, sí, eso es, ¡muy bien!

—¿No quiere contárnoslo? Está bien, Pauline, está bien. De acuerdo. Pásele las tarjetas a Mary, por favor.

—¿Mary?

|

Las ruedas de la silla de Mary eran pequeñas, como las de los carritos de la compra. Anna siempre se había imaginado esas sillas con un par de ruedas grandes para que la persona pudiera impulsarse sola. Había visto cómo lo hacían. Llevaban unos guantes especiales, sin dedos. Pero a lo mejor esas solo eran para gente más joven. Hacía falta un poco de fuerza para impulsarse uno mismo. Si siempre tenían que empujarla, tal vez no fuera exacto decir que Mary «iba» en silla de ruedas. La «llevaban» en silla de ruedas y ahora estaba mirando las tarjetas plastificadas.

—Está bien —dijo—. Mary. Sí. Mary. Alegre. Aquí.

Tenía una voz enérgica, pero se atascaba un poco. Enseñó dos tarjetas muy deprisa, una detrás de otra, señalando la cara alegre y la imagen de una persona viendo la televisión.

—Hola, Mary. Bienvenida un día más al grupo. O sea que ¿hoy está alegre y esta semana ha visto la televisión?

—Sí. Sí.

—¿Hay algún programa de televisión que le guste más que los demás, Mary?

—Es que hacen mucho estruendo todo alrededor y saltan el último obstáculo, eso.

Hubo una pausa. Robert se volvió a mirar a Anna frunciendo el ceño en un gesto de concentración que ella ya identificaba. Amira asentía.

—«Obstáculo» —repitió—. ¿La palabra «obstáculo» se refiere a carreras de caballos? ¿Le gustan las carreras de caballos, Mary?

—Sí, carreras de caballos, sí. Mucho estruendo y saltan obstáculo.

—De acuerdo, muy bien. Gracias, Mary.

Siguieron por turnos, dando la vuelta al círculo. Wiktor enseñó su distintivo a todos y consiguió explicar que su nombre se escribía con uve doble pero se pronunciaba como una uve. Robert dijo cómo se llamaba, señaló vagamente una cara y pasó las tarjetas plastificadas directamente a Anna sin decir nada más.

|

Liz no perdía el reloj de vista. Las presentaciones iban bien, pero vio que la atención comenzaba a dispersarse. Amira tendría que hacer algo. La mujer de Robert pasó las tarjetas a Sean, que parecía tan inquieto como siempre. Las sesiones que había hecho con él no habían servido de mucho, pero el hombre tenía tanta energía que ella siempre las esperaba con ganas. Estaba empeñado y convencido de que iba progresando en el habla. Cogió las cartas que le daba la mujer de Robert, pero Amira lo interrumpió.

—Bueno, creo que podemos participar todos en las presentaciones, ¿no? —dijo.

Anna no se lo esperaba. Liz recordó que se le ponía esa misma cara que en las sesiones domiciliarias cada vez que les proponía hacer los ejercicios los tres juntos.

—Lo siento, Anna; ¿le parece bien? Me gustaría que todos

participáramos.

—Sí, de acuerdo. Hola. Me llamo Anna Wright. —Miró las tarjetas plastificadas con una expresión horrorizada—. Lo siento, no sé.

—¿Cómo está hoy, Anna? ¿Regular nada más? —La cosa se puso difícil. Liz notó que aumentaba la tensión en la sala. Ya no había nadie distraído. Anna se esforzó. Amira intentó ayudarla —. ¿«Normal», diría?

Anna levantó la mirada con los ojos muy abiertos. Robert suspiró profundamente y cruzó los brazos.

—Lo siento. En realidad es fácil, ¿verdad? De acuerdo. De acuerdo.

Cogió las tarjetas, señaló rápidamente las caras y se las pasó a Sean. Cuando este las cogió y la atención se centró en él, Liz vio que Anna se hundía en la silla y, ruborizada, miraba al suelo.

—Sean, bienvenido al grupo. La cara alegre, eso está bien. Díganos algo que haya hecho esta semana y que le haya gustado.

Sean miró a Amira señalando todavía la cara alegre. Era delgado y correoso y más joven de lo que su pelo encanecido parecía indicar; tendría unos cuarenta y cinco o cuarenta y seis años. Liz no había conseguido saber a qué se dedicaba antes del derrame cerebral. Sospechaba que no todo había sido del todo legal. Llevaba fotografías de sus hijos en la cartera, le había dicho que eran de hacía más de diez años. Tenía la cara picada. Movía los labios lentamente mientras procesaba lo que le había dicho Amira.

—Hago. Puedo. Yo, hostia, bien, lo siento, joder.

Dio la vuelta a la tarjeta e hizo un gesto que quería decir: no está aquí, lo que les quiero contar no está aquí.

—¿Nos lo puede describir, Sean?

—Puedo, puedo, hago, yo, qué hago ahora, yo hostia, lo siento, ¿así, ahora?

Maldecía compulsivamente, sin intención, y se sobresaltaba o sacudía la cabeza cada vez que lo hacía. Amira le había dicho que no era necesario que se disculpara siempre, pero no podía evitarlo, era una costumbre. Movió los brazos como si corriera,

sentado en la silla, resoplando.

—¡Corre! ¡Carreras! —exclamó Pauline.

—Sí, sí —dijo Sean y señalándola, añadió—: eso es. Ella lo entiende. Es eso. Correr. En el; allí fuera.

—Corre en el exterior. ¿Hay algún sitio en particular al que le guste ir a correr, Sean?

—No, yo, yo joder corre, ve. Lo siento. Todas. Todas allí.

—¿Corre en todas partes?

—Sí, sí.

—De acuerdo, muy bien. Tenemos que añadir una figura corriendo a las tarjetas. Gracias, Sean.

Sean asintió y, sonriendo, pasó las cartas a la persona siguiente. Se oyó un estrépito y Robert se levantó todo lo rápido de lo que era capaz. Se dirigió a la puerta con paso vacilante.

—¿Se encuentra bien, Robert? —le preguntó Amira en voz baja.

—Sí, sí, evidentemente, claro. Claro —dijo sin mirarla.

Detrás de él, Anna empezó a recoger el abrigo y el bolso para ponérselos en el regazo. Pauline le dijo adiós en un tono sarcástico, sospechó Liz, y Raymond dijo muy bien, muy bien. Cuando Robert llegó a la puerta Anna dejó el bolso y se volvió a sentar. Hizo un pequeño gesto a Amira con la mano, como diciendo: pues no, me quedo. Siga, siga.

Amira sonrió y se tapó una sonrisa con la mano. Robert se volvió a mirar la sala con una expresión confusa en la cara cuando la puerta se cerraba detrás de él. Anna asintió.

—Bien. Gracias, Sean. Y a su lado tenemos a Peter, ¿verdad? Hola, Peter.

Peter asintió, se inclinó hacia delante y miró a cada uno de los presentes antes de hablar. Se estiró la corbata y asintió otra vez.

—Sí. Sí, estábamos, vinimos con usted, otra vez, estábamos otra vez y el agua estaba en usted y con usted, y el agua él le dijo, desde allí, el agua dijo usted y desde aquí hasta allí, cabalgar un rato y todos estaban debajo del agua desde aquí hasta aquí estábamos todos otra vez y así es, es.

—¿Y cómo ha pasado la semana, Peter? ¿Puede señalar una cara de las tarjetas?

Miró a Amira sin saber qué hacer, como si ella todavía no le hubiera dicho nada. Liz veía a Robert ir de un lado a otro del pasillo, asomándose por el cristal de la puerta cada vez que pasaba por delante. Amira sonrió y lo intentó otra vez.

—¿O quiere contarnos algo divertido que haya hecho esta semana, Peter? ¿Algo que le haya gustado?

—¿Algo que le gusta hacer? Algo que le gusta hacer. Hacer. Sin duda todos soñábamos con el agua desde aquí hasta allí y el usted hasta él hasta ella llegó por el agua deseó y bien deseamos a usted y luego la canción canta con cansada otra vez y luego otra vez es lo que me dijo le dijo y luego otra vez, ya ve, ¿lo ve?

—Gracias, Peter. Bien. Gracias.

—Gracias a usted y ahora a usted y gracias a usted y espero yo espero la palabra es todo para ustedes y el agua adonde van y el agua allí es toda para ustedes hoy.

—Gracias, Peter. Yo también lo espero. Es muy amable por decirlo.

—Y gracias a usted y a usted y a usted.

3 |

Anna se sentó cerca de las ventanas, en la silla de siempre. Ya tenía su silla de siempre. Como los demás. Era la quinta reunión semanal y, aunque todos sabían el nombre de cada uno, seguían poniéndose la identificación. Se prendió la suya en la chaqueta observando las entusiastas curvas de la letra de Amira. La de Robert estaba en la mesa, enfrente de su silla vacía. No tardaría en llegar.

Peter repartía las identificaciones en la puerta y saludaba a todos con su animoso torrente de palabras. Por lo visto, eso se llamaba afasia fluente. «Fluente» no parecía lo más apropiado, teniendo en cuenta el poco sentido que tenía lo que decía. Quizá fuera un derivado de «fluir». Amira había empezado a asignar responsabilidades a cada uno, por ejemplo, Peter: en la puerta, Wiktor: en la máquina de café, Pauline: llegar pronto y ayudar a colocar las sillas. Pauline tenía una idea muy precisa de dónde colocarlas. Para Robert no había tarea, de momento.

—Hola a usted y a usted y mire el agua que nos cubre y aquí estamos y otra caja es nosotros sobre donde es y así.

—Sean, ya. Marca la caja Sean ya por favor, bien, hostia, vamos, lo siento, bien.

—Hola a usted y a usted.

—Hostia puta, bien. Hola, lo. Lo siento.

Cuando se bajaron del autobús Robert se sentó en un banco. Puso cara de haberse quedado sin aliento y con un gesto le indicó a Anna que siguiera andando. Parecía absurdo. Se acordó del día en que Sara, a la hora del desayuno, anunció que a partir de entonces iría sola al colegio. Te prometo que me sé el camino muy bien, dijo. Así podrás llegar antes al trabajo. Pero su marido no era un niño. La miró y asintió. Evidentemente, evidentemente. Quería que diera media vuelta y se fuera. Y así lo hizo. Y no miró atrás. Lo dejó en el banco sabiendo que, si se perdía, se esforzaría en preguntar por dónde tenía que ir. Sabiendo que en realidad no le iba a pasar nada. Y no miró atrás.

Últimamente hacía estas cosas. Quería ponerse a prueba. Quería poner a prueba su independencia. Ya no le permitía que lo ayudara a ponerse el pijama por las noches ni a vestirse por

la mañana. Se preparaba él solo la tostada. Y la semana anterior, cuando Bridget fue a verlos, las sorprendió a la dos llevándoles una bandeja con té y galletas a la sala de estar. Estuvo a punto de derramarlo todo y Anna tuvo que cogerle la bandeja de las manos, pero él se plantó allí asintiendo con movimientos de cabeza hasta que Bridget le dijo, por Dios, Robert, ¿quieres una medalla o algo así?

Todavía no estaba segura de qué significaban las reuniones para él. Al menos ya no se iba antes de tiempo. La última vez que Sara había estado en casa le había preguntado por el grupo y Robert había respondido con impaciencia. No hace mucho, le dijo. Mucho «hola, hola». ¿Para qué? Juegos. Juegos tontos. Pesado, ahora, oír lo que dice la gente. «Le dijo la sartén al cazo», comentó Sara entre risas, y después de una larga pausa él se echó a reír con ella.

Más tarde le preguntó a su madre por qué todavía no hablaba bien. Creía que a estas alturas habría mejorado. Me daba la sensación de que había avanzado algo. Era por la noche; Robert ya se había acostado. Anna estaba cargando el lavavajillas y limpiando los fogones de la cocina y Sara, sentada a la mesa con el móvil, terminando la botella de vino. ¿Mejorado en qué?, preguntó Anna. En el lenguaje, en el habla; creía que a estas alturas ya estaría bien, dijo Sara. Anna le tuvo que explicar una vez más que no era como romperse una pierna. No se iba a curar sin más. ¿No había leído los artículos que le había mandado? Pero creía que en ese grupo… dijo Sara; con la práctica. La terapia. Anna la miró. Le preguntó si había terminado con el vaso. Le recordó cuál era el cubo de reciclaje y se fue a la cama.

Sara había encontrado otro trabajo y había roto con un novio que se llamaba Ace. Anna no podía creerse que de verdad se llamara así. A Frank lo habían ascendido, aunque le explicó que la jerarquía de la empresa era horizontal y que ya no se llamaba ascenso. Ganaba más y trabajaba más horas, concluyó Anna. Le parecía que «ascenso» era la palabra justa. Los dos estaban muy ocupados.

Robert tenía que haber llegado ya. Miró fuera, a la calle. El cielo se estaba encapotando y el tráfico estaba detenido. No

había nadie en el parque y los árboles ya no tenían hojas. Si Robert intentaba pedir ayuda se trabaría. Procuró no pensar en lo impaciente que se pondría si no lograba hacerse entender.

Todos sus colegas del Instituto se habían ido a trabajar en la campaña de verano de Bluff Point y estaba disgustado. A Bridget eso la sacaba de quicio. Cree que tendría que haber ido con ellos, ¿no? ¿Es que no ha tenido suficiente? Robert había ido a la central antes de que sus compañeros se fueran de misión. Anna lo había acompañado y lo había esperado en la recepción mientras Brian lo llevaba a dar una vuelta. No tardaron mucho. Cuando ya se iban, un grupo de jóvenes empezó a cargar mochilas en un minibús que estaba aparcado fuera. Ninguno se dirigió a Robert. No lo reconocieron. Luke no estaba.

Luke les había hecho otra visita a finales de verano, antes de asistir al curso de formación. Tenía algunas dudas sobre el nuevo equipo de GPS y pensaba que Robert podría ayudarlo. Pero cuando parecía que ya había terminado de preguntarle todo, dijo que quería decirle otra cosa. Sobre la investigación. Quería pedir disculpas. Por la forma en que se comportaron mis padres, ya sabe. Estaban muy. Estaban muy disgustados. Ha sido difícil para ellos. Anna no lo entendió. No sabía a qué se refería Luke. Era evidente que en la vista había mentido. Había mentido para proteger a Robert. No sabía por qué se disculpaba en ese momento. Había algo más que no entendía. Vio cómo se miraban los dos.

Empezó a llover y los coches encendieron las luces, que brillaban en el plateado asfalto. La gente se puso a correr con el bolso o el periódico en la cabeza. Oyó a Robert detrás de ella, llamando a Peter por su nombre. Cuando se volvió, vio que traía en la mano un café de la calle. Hizo un gesto de asentimiento en su dirección y cruzó la sala.

|

—Hola, Robert. Este, yo, aquí. No quiero. Evidentemente, evidentemente. Y qué. Esta semana. Aquí. Ordenador. Robert, ordenador.

—¿Esta semana ha trabajado con el ordenador, Robert?

—Sí, sí, bien, evidentemente claro. Tabaco.

—¿Y sigue con la cara de no quiero?

—Sí, sí. Evidentemente.

—¿No quiere estar aquí o no quiere participar en las presentaciones?

Robert miró a Amira y cruzó los brazos. Ella se dio cuenta de que había encontrado una forma muy expresiva de hacer ese gesto.

—¿Robert?

—Aquí. No quiero. Aquí.

—¿No quiere estar aquí?

—Evidentemente, claro.

—Bien. Lo he oído, Robert. Pero lo está. Está aquí. Ha venido todas las semanas.

—Sí, sí.

—Entonces me pregunto por qué sigue viniendo, si no quiere estar aquí.

Robert resopló hinchando las mejillas y levantó las manos en el aire. Amira creyó que decía, no sé explicarlo. Pregunta demasiado. Me pregunta lo imposible.

—Quiero decir que me alegro de que esté con nosotros. Pero tengo curiosidad.

—Mujer —soltó, echando una mirada a Anna.

—¿Cómo?

—Mujer, viene, aquí. Evidentemente. Dios, evidentemente yo viene aquí ahora, y, también. Ella me dice. Evidentemente. Me dice. Me empuja. Claro. Solo, solo.

—¿Viene aquí solo porque Anna lo obliga?

—¡Sí! Dios. Evidentemente. Claro.

—Me parece que eso no está bien, Robert. Supongo que Anna cree que venir a las sesiones puede servirle de algo. Que puede servirles a los dos, ¿no?

—¡Sí! Solo. ¡Solo galletas!

Algunos se rieron y la risa diluyó el momento. Al parecer se lo habían tomado a broma. Pero Amira se fijó en la expresión de Robert y no encontró ni pizca de sentido del humor.

Después de las presentaciones, les explicó que quería explorar otras formas de hablar de lo que habían hecho a lo largo de la vida. Antes del derrame cerebral y después.

—Mary, me han dicho que siempre le han interesado mucho los caballos, ¿es cierto?

Enseñó una serie de postales con imágenes de diferentes caballos: uno pastando en un campo, un percherón tirando de un carro, un caballo de salto en un concurso. Mary miró las postales con una expresión meticulosa. Hizo un gesto negativo con la cabeza, de desprecio.

—¡Caballos, Mary!

—Ah, sí, eso es.

—¿Usted montaba a caballo, Mary? —preguntó Amira, pasando las imágenes a los demás.

—Mi carrera yo quería el callado por dentro —dijo Mary con firmeza.

—¿Montaba a caballo? ¿Como en esta imagen?

—Callado por dentro la calle cuando comemos, corremos y así.

—Pero ¿hacía algo con caballos, trabajaba con ellos?

Mary asintió y señaló a Amira y después, describiendo un gran circulo, señaló a todos los demás. Quería decir: todo alrededor, un círculo, todo alrededor.

—Por si los diezmos perezosos salen esta noche — dijo.

—¿Alguien nos puede ayudar? ¿Alguna de estas imágenes nos puede ayudar? Pauline, ¿qué tiene usted ahí?

—¡Saltar! ¡Mary! Este, este, concurso salto, ¿es?

Mary miró la imagen que le enseñaba Pauline y negó otra vez con un gesto. Pauline empezó a decir algo, pero Mary levantó un dedo para callarla y miró a los demás, por si alguien tenía alguna otra sugerencia. A veces Amira se preguntaba si Mary pensaría que las reuniones eran una especie de junta directiva o algo así.

—Mary, ¿puede enseñarnos una cosa? ¿Algo que hiciera usted con los caballos?

|

Amira se levantó y se agachó como si fuera un jinete. Le preguntó a Mary si había montado caballos así y Mary la miró muy seria. Liz vio que la incomodaba esa forma de representar una actividad. Por una breve conversación que había tenido con la hija de Mary había deducido que nunca había sido una

persona muy dada a los juegos. Cuando Amira propuso recurrir a la mímica y a los movimientos en esa sesión, Liz se preguntó si no sería mejor evitarlo.

—¿Qué más cosas se hacen cuando se trabaja con caballos? ¿Quién lo sabe?

—Sí, bien, así, ves. Mierda, mierda, así, ¿ves?

Sean hizo un gesto como si cavara con las dos manos. Raymond lo señaló para indicar que estaba de acuerdo.

—Bien, ¿te refieres a limpiar las cuadras, Sean?

—Sí, bien, las cuadras. Cuadras, así, ¿ves? ¿Mary?

—¡Ah, sí, eso es! Muy bien.

Mary echó una mirada a Raymond y a Sean y negó con un movimiento de cabeza.

—Mi siempre solo se convirtió —dijo ella secamente.

—Entonces, usted no trabajaba en las cuadras —dijo Amira —. ¿Puede decirnos qué hacía? ¿Alguna de estas imágenes la ayuda?

Mary miró las postales que tenía delante. Sean y Raymond siguieron hablando de la limpieza de establos. Mary encontró una imagen de un hombre trajeado que llevaba un caballo de carreras por la brida hacia una fila de establos. El jinete que lo montaba se inclinaba hacia delante para acariciar el cuello al caballo.

—El tambor enturbió el temblor —explicó Mary.

—Entonces, ¿trabajaba usted con caballos de carreras?

Mary hizo un gesto negativo.

—Con dinero más tarde, más tarde círculo en el último obstáculo, salta.

—¿Era entrenadora?

Mary asintió lentamente con una expresión distante en los ojos. Liz vio que a Sean le emocionaba el descubrimiento; empezó a preguntar a Mary por el nombre de los caballos a los que entrenaba y si había ganado mucho. Mary se recostó en la silla y miró alrededor. Le gustaba que le prestaran atención.

—Perfeccionamiento —dijo—. Perfeccionamiento es el hervidor para cribar una y otra vez, ¿entiende?

—Por eso ahora le gusta ver las carreras de caballos en la televisión.

—¡Ah, sí! —dijo Raymond—. Sí, eso es. ¡Muy bien, muy bien!

—Otra vez, otra vez, el ruido que viene encima —dijo Peter —. Y entonces estábamos y todo encima de nosotros así estábamos, estábamos.

|

Estalló una conversación general. Amira se imaginó cómo iba a escribir eso en sus notas y sonrió. «Estalla conversación general.» Pauline se levantó a recolocar la silla y su hermana le dijo que por favor no lo hiciera. Wiktor se dirigió a la máquina de café. Robert se volvió hacia Raymond y le dijo algo sobre un avión rojo. Raymond le dio la razón, pero Barbara se asomó por delante de él y pidió a Robert que lo explicara. Sean intentaba hablar con Mary de caballos de carreras. Amira los observaba. «Estalla conversación general.» Volvió a su sitio y esperó a que dejaran de hablar.

—Bien. Veamos. Gracias, Mary. Ha sido estupendo oír una parte de su historia. Y veo que algunos de ustedes también tienen cosas que contarnos. A todos nos gusta contar cosas, ¿verdad? Lo que hemos hecho hoy. Lo que hemos visto al ir a hacer la compra. Adonde fuimos de vacaciones. Nos pasamos el día contando cosas, ¿verdad?

—¡Ah, sí! Muy bien. Muy bien.

—¡No quiero! No, no. ¡No palabras palabras!

—Claro, Pauline. Desde luego. Contar cosas es difícil cuando se tiene afasia. Claro que sí.

—Tramposas putas palabras, lo siento, como rotas, joder, lo siento, lo siento.

—Está bien, Sean. Es normal que le dé rabia. Pero estamos empezando a pensar en otras formas de comunicarnos, ¿verdad? Y cada uno de ustedes se esfuerza por encontrar su propia técnica. A veces nos faltan las palabras. Pero podemos explicarnos de otras maneras. Podemos gesticular. Hemos cantado. Podemos pensar en dibujar y en escribir. Podemos pensar incluso en movernos, ¿bailar, por ejemplo?

—No, hostia, lo siento; ¿qué pasa?

—No te rías, Sean; haremos que bailes, ya lo verás.

—Sí lo hará lo hará claro. Vamos ahora.

—¡Bailarín! ¡Sean! ¡Bailarín! ¿Por dinero?

Sean miró a Pauline, inclinó la cabeza un poco y empezó a cantar una canción sobre una bailarina privada.* De pronto su voz sonaba suave y limpia y las palabras le salían con toda facilidad. Cuando cantó el primer verso se le iluminaron los ojos de la sorpresa.

—¡Ah, sí! Muy bien, Sean, muy bien. ¡Eso es!

Estaba dispuesto a hacer lo que le pedían, cantó y de repente se paró en seco, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Hostia, lo siento, qué pasa todos de pronto ahora —dijo, bajando la voz hasta callarse cuando todos empezaron a reírse y a aplaudir.

4 |

Mientras preparaban la siguiente sesión, Liz se había preguntado si no sería cruel llevar bailarines. Su salud y su juventud podían ser una afrenta por sí solas. En este contexto no eran «bailarines», eran terapeutas del movimiento que aportarían experiencia y capacidades a las sesiones. Ella había participado en la redacción de la solicitud de la subvención. Aun así, cuando entraron en la sala casi como si flotaran, hasta Amira parecía rígida y torpe en comparación con ellos. Se movían con agilidad y ligereza y su lenguaje corporal era como un ronroneo. Solo uno de ellos aceptó un café. Los otros dos llevaban su propia infusión de hierbas. Hablaban en voz baja y tenían el cuerpo duro, y Liz pensó que algunos de los que estaban en la sala no tardarían en quedarse pasmados.

En la fase de planificación habían hablado mucho de los riesgos. Hablar de «baile» en un contexto de personas con movilidad reducida —unos llevaban bastón o andador, a otros podía fallarles el cuerpo de pronto, impredeciblemente— suscitaba cierta preocupación. Pero Amira había insistido en que si iban a recurrir a todos los tipos de comunicación para explorar otras formas de contar historias necesitaban moverse lo más posible. Más de lo que estaban acostumbrados, había dicho. Quiero que amplíen su idea de lo que es posible. Cosa que estaba bien, pero todavía tenían que redactar una valoración de riesgos para cada integrante del grupo y definir qué movimientos serían viables y cuáles no.

|

Como era de esperar, esa mañana tardaron más en acomodarse. Amira había dispuesto las sillas sin las mesas y había intercalado a los bailarines entre el grupo. Nadie les decía nada, pero todos los miraban.

Amira les recordó que habían hablado de trabajar un poco el movimiento en esta sesión y les pidió que estuvieran dispuestos a aceptar las novedades. Presentó a los bailarines —Gavin, Rachel y Charmaine— y pasó las tarjetas plastificadas a Raymond, que era el primero. Raymond había venido solo y hablaba en voz más baja que de costumbre.

—Raymond. Hola, Sí. Alegre. Muy bien, muy bien. Y. Y esta

de aquí, eso es, muy bien.

Señaló la cara alegre y la imagen de un castillo de arena en una playa con niños que corrían hacia el mar.

—¿Ha ido a la playa, Raymond?

—Ah, sí. Eso es. Muy bien. Muy bien. Playa. Sí.

—¿En esta época del año?

—¡Ja! ¡Ja! No, no. Así, ¿ve? Como…

Levantó una mano y la movió como si flotara por el aire describiendo una amplia curva para indicar: lejos, irse, volar.

—¿Se fue de viaje? ¿De vacaciones? ¿Dónde fue?

—Eso es, sí, muy bien. Muy bien.

—¿Dónde fue, Raymond?

—Ah, ya. Ja, ja, ja.

Movía la cabeza a cada sílaba intentando sacar la palabra. Amira quiso ayudarlo.

—¿A Jamaica? ¿Ha ido a Jamaica? ¡Oh, seguro que ha sido estupendo!

—¡Ja! ¡Ja! No, no, no. Así, ¿lo ve? Ja, ja.

Señaló el suelo con el dedo buscando la palabra.

—¿Hacia abajo? ¿A un sitio del sur? Ja, ja. ¿A alguien se le ocurre algo? —dijo Amira, mirando al grupo, invitándolos a ayudar.

—¡Japón!

—¡Jaipur!

—Ja, ja, sí, muy bien. Eso es, ya sabe.

—¿Jersey?

Raymond se volvió hacia Carol y la señaló cuando dijo Jersey. Parecía muy satisfecho.

—¡Sí! Es verdad. Muy bien, Jersey. Eso es.

—¿Ha ido a Jersey? Bueno, allí tampoco está el tiempo como para bañarse, ¿verdad? ¡En esta época del año!

|

Anna intentó imaginarse llevando a Robert de vacaciones. La mera idea era agotadora. Entendió por qué Barbara había acompañado a Raymond hasta la puerta y se había ido. Seguro que ella también necesitaba unas vacaciones. Miró a Robert, que estaba inclinado hacia delante, esperando su turno para hablar. Ya quería participar en el grupo. Se había prendido la

identificación en la chaqueta y había saludado a los demás. Bridget le había dicho que tenía que alegrarse por esas cosas. Centrarse en lo que iba bien. Seguramente tenía razón. Había sido una semana difícil. Robert había estado preocupado por los equipos que se iban a Bluff Point y sobre todo por quién iría a trabajar a la estación K. Había encontrado una selección de webcams en la página del Instituto. Las imágenes estaban granuladas y no se veía nada especial, pero las miraba con embeleso. Con embeleso no. No podía dejar de mirar, pero lo aborrecía. Estaba enfadado. Volvió a llorar. El Instituto le había mandado una copia del informe de la investigación de la muerte de Thomas y lo leyó despacio, repetidamente. A veces, mientras leía, señalaba con el dedo algunas palabras, como «radio», «protocolo» y «adverso». Frank había visto una copia y se empeñó en explicar a su madre que no habían encontrado indicios de responsabilidad. Ella le dijo que sabía leer un informe. Sí, claro, mamá, lo siento; pasara lo que pasara allí, él no tuvo la culpa. ¿Él lo entiende? Anna replicó que el informe solo demostraba la falta de pruebas incriminatorias. Maldita sea, mamá, ¿qué insinúas?

No insinuaba nada.

Frank había pasado el fin de semana en casa y ella le había pedido que se quedara con Robert para ir a una reunión. Era la primera vez en muchos meses. Nadie le preguntó por Robert, que era lo que temía. La saludaron y la dejaron en paz. El silencio de la reunión fue un gran alivio. Un silencio sin expectativas. Se sentó, como todos los demás, y lo único que se oía eran los cambios de postura cuando alguien se reacomodaba. Pasó algo y no pasó nada, y se dijo que iría más a menudo.

Robert prestó atención a las presentaciones. Tenía una tarjeta plastificada en la mano y contó al grupo que estaba bien y que la semana anterior había trabajado con el ordenador. Le pasó las tarjetas a Anna, que dijo lo que se esperaba que dijera.

|

Empezaron con lo que llamaban «un ejercicio de manos». Tres de ellos se emparejaron con un bailarín y los demás se quedaron mirando. Cada pareja se sentó uno enfrente del otro, con las

manos casi tocándose. Amira dijo que hicieran el ejercicio del espejo sin perder el contacto de, al menos, las puntas de los dedos. Hizo una breve demostración con uno de los bailarines. Movieron las manos hacia arriba, hacia abajo y hacia un lado, con los dedos juntos, con los dedos separados, con los puños, tocándose solo con un dedo, casi sin tocarse. Los movimientos eran lentos pero homogéneos y resultaba difícil saber quién tomaba la iniciativa.

Liz se levantó y se acercó un poco. Pusieron música suave y empezaron.

Mary hablaba mucho. La mano no siempre hacía lo que ella quería. Temblaba un poco y su compañero, Gavin, intentaba imitarla. Resultaba difícil mantener en contacto las puntas de los dedos. Entre los dos levantaron torpemente un par de manos por encima de la cabeza y después las bajaron hasta las rodillas. Gavin la miraba. El contacto visual era parte del ejercicio. Cuando Mary intentó apartar la mirada, Gavin la siguió para no perderla. Sonreía amablemente todo el tiempo. Uno se olvidaba de que el ejercicio era de manos viendo cómo Gavin se agachaba y se contorsionaba para no perder la línea de la mirada de Mary. Estoy aquí, decía en silencio. Quédate conmigo, Mary. Te tengo.

—¿Estaba abajo la falda del volante? —preguntó Mary—. ¿Estaba abajo la falda del volante? Y allí estaban.

Gavin sonreía y le sostenía la mirada. Mary tenía la mano derecha inmóvil sobre el regazo, como siempre, pero la izquierda se movía con viveza en el aire.

—Dieron el disco del dado adentro —dijo Mary.

Todavía se movía lentamente, a sacudidas, pero Gavin asimiló el ritmo entrecortado y lo absorbió en una evolución lenta y continua. A medida que los movimientos tomaron forma, Mary se relajó en el contacto visual del bailarín.

—El invierno helado espera de lado —murmuró.

La música estaba muy baja, apenas se percibía entre los fragmentos de conversaciones y el tráfico de la calle. Liz se fijó en la cara de concentración de Robert. Copiaba a su compañera, Charmaine, casi hasta el punto de bajar el hombro cada vez que cambiaba la dirección de las manos. Quería hacerlo bien.

—Intactos estábamos y todos en su sitio —dijo Mary en tono confiado.

Unos minutos después terminaron y los bailarines cambiaron de pareja. Liz había propuesto poner a Peter en el segundo grupo, para que viera al primero y pudiera entender lo que tenía que hacer, pero aun así le costó. Su cuidador se sentó a su lado e intentó explicárselo, y él asintió sin comprender nada. Se sentó enfrente de Rachel y cuando ella levantó la mano derecha con la palma hacia él, él levantó la derecha también. La bailarina intentó cambiar de mano y él hizo lo mismo, y cuando ella, con paciencia, intentó unir su mano con la de él, Peter la movió en sentido contrario.

Pauline se distrajo con la confusión de Peter y se inclinaba cada poco hacia él para llamarle la atención.

—¡Pete! Petey! ¡Peter, no! ¡No, no! Esta mano, Pete, esta mano, ¿lo ve, lo ve, lo ve? ¿Esta mano? Se equivoca, se equivoca. No lo hace. ¡Pete! ¡Pete!

Amira se acercó a tranquilizarla, pero no hubo manera. La mujer se levantó y dio la vuelta a la silla, y Gavin movió la suya, pero ella seguía mirando atrás para ver lo que hacía Peter.

Cada vez que Rachel intentaba alcanzar la mano de Peter, él hacía lo mismo pero con la otra. Rachel lo acompañó y empezó a ampliar los movimientos.

—Bueno, pues aquí venimos uno y todos con las manos en el agua y nos vamos abajo, lo ve, lo ve, vamos más y más abajo en el mar y las olas miran a los lados y abajo y al revés dentro del agua y la lengua de las alas y las burbujas suben y las burbujas bajan en el agua del lago si nos balanceamos, ya ve, ¿lo ve?

Levantaron las manos por encima de la cabeza, las bajaron hasta el suelo, las movieron hacia un lado. Cuando Rachel se estiró hacia la izquierda, pareció que se quedaba en un punto ciego a la derecha de Peter. Peter dejó la mano allí, al borde del punto ciego, como si ese espacio no existiera para él, y esperó a que la mano de Rachel volviera. Sonreía todo el tiempo, satisfecho, sin dejar de hablar.

—Y así veo que el mundo viene alrededor de las olas para usted y para usted y para usted y aquí es donde será donde

volveremos al mundo otra vez las olas el agua donde debíamos estar, ya ve, ¿sabe?

Vencidas poco a poco la resistencia y la agitación del ambiente, los bailarines empezaron a sincronizar sus movimientos, cada pareja eclipsando a las otras dos. Encontraron una forma de moverse desmañada y vacilante. El ambiente de la sala era de sorpresa. Cuando se terminó la música, al principio no querían bajar las manos ni romper el contacto.

—Joder sí bien esto funciona hostia —dijo Sean.

5 |

Pauline no volvió después de la primera sesión con los bailarines. Amira fue a verla pero no consiguió convencerla. Estaba enfadada y frustrada y la visita fue breve. Cuando su hermana, que estaba con ella, la acompañó al coche, Amira le pidió que le dijera a Pauline que siempre sería bien recibida. Bueno, pero lo que quiere es una logopeda de verdad, dijo Carol. Quiere seguir con eso; no le interesa lo demás.

Amira esperaba contratiempos, pero este era difícil de digerir. Tenía la impresión de que el grupo avanzaba y de que Pauline contribuía al progreso de todos. Liz le dijo que no se lo tomara como algo personal, pero no era fácil pasar por alto la espontaneidad con la que la había despedido Carol. Tenía que ver con la palabra «de verdad». Quiere una logopeda de verdad. Como si Amira no lo tuviera todo planeado al milímetro. Como si yo solo estuviera jugando, le dijo a Liz. Fue como si me dijera: voy a hablar con tu jefe. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Al parecer, Liz no lo entendía.

Pero todos los demás volvieron y se acostumbraron a la presencia de los bailarines. Fue un alivio cuando comprendieron que nadie los iba a obligar a hacer nada que pudiera parecerse a «bailar». Tenía que haber evitado esa palabra desde el principio.

Incluso era posible que hubieran empezado a disfrutar. Ocupaban sus asientos deprisa para empezar cuanto antes y hacían la ronda de presentación sin alargarse. Alegre, sí, de compras, sí, eso es, siguiente.

Por lo general era Rachel quien tomaba la iniciativa. Los ponía a hacer calentamiento en las sillas: retorcer los dedos, mover los brazos, estirarse hacia el techo, inclinar todo el cuerpo de un lado a otro. Tenía la precaución de no pedirles que se pusieran de pie. Cuando quería explicar algún movimiento, no solo lo hacía con palabras, sino que pasaba por cada uno mostrándoles lo que quería que hicieran. Estirar los brazos, estirar las puntas de los dedos, mover los hombros de un lado a otro. Había encontrado la forma de que le permitieran tocarlos: dispuesta a retirarse si percibía rechazo, pero suficientemente segura y firme para contrarrestarlo. Amira sospechaba que esa forma de tocarlos era novedosa para algunos de los presentes.

Estaban más acostumbrados a que los dirigieran y los guiaran. «Manipulación segura.»

Gavin trabajaba mucho con Mary, la ayudaba a descu-brir la cantidad de cosas que podía hacer en la silla, y Charmaine se ocupaba de Peter. Él tenía mucho que decir, pero las instrucciones verbales no le servían de gran cosa. Necesitaba sentir el movimiento en el cuerpo antes de poder repetirlo. En cuanto entendía una acción, solía ser el que se movía con mayor fluidez de todo el grupo.

Ese día Amira quería que pensaran en comunicar una historia mediante el movimiento. Cada cual la suya. Tenía que plantearse con mucho cuidado cómo decírselo y cómo lo entenderían. Pero le pareció que estaban preparados. Encendió la máquina de café y dejó las identificaciones en la mesa junto a la puerta.

|

Robert mejoraba en movimiento. Todavía usaba el bastón, pero ya podía andar delante de Anna como lo había hecho siempre. Durante años, esa costumbre la había sacado de quicio, pero ahora era casi reconfortante ver que podía volver a hacerlo. Lo siguió por el pasillo. Cuando lo alcanzó, Peter ya le estaba entregando su identificación; después se dirigió a su sitio. Wiktor atendía la máquina de café. Amira se acercó a saludarla y le dijo que iban a intentar hacer algo un poco distinto y que quería pedir a los acompañantes que se tomaran un respiro y volvieran al final de la sesión. ¿Le parecía bien? Quizá se crearía un ambiente distinto, una energía diferente.

Anna miró a Robert. Estaba diciéndole algo a Raymond y este asentía con entusiasmo. Uno de los bailarines le ofreció café. Robert no se había dado cuenta de que Anna no estaba a su lado. Vio que le daba un golpecito a Raymond en el brazo y le decía algo, y que los dos se echaban a reír, y le contestó a Amira que sí, claro, que le parecía bien. Quiso despedirse de Robert, pero él no la miraba.

Luke se había puesto en contacto otra vez para preguntar si podía hacer una videollamada desde la estación K. Habían instalado una nueva conexión por satélite y quería enseñársela a Robert. A Anna le pareció que a él no le apetecería. Pero Sara

estaba pasando el fin de semana con ellos y se encargó de organizarlo todo. Al final no fue nada complicado. Hizo clic en el enlace de un correo electrónico y de pronto apareció Luke en la pantalla, en la habitación. Estaba fuera del refugio rojo de la estación K., con las montañas y las crestas y el cielo azul de fondo. Anna y Sara enmudecieron un momento. Robert les había enseñado muchas fotos, pero así parecía todo mucho más cercano y más real de repente. Antes de que Robert empezara a hablar, Anna se inclinó hacia la pantalla y le pidió a Luke que les enseñara los alrededores. Luke levantó el teléfono y giró lentamente sobre sí mismo. Así vieron el refugio, los almacenes, los lavabos, la larga ladera de piedras sueltas de la cresta Garrard y, a lo lejos, la nieve en polvo que envolvía la cima del glaciar Everard. Anna lo reconoció todo, lo había visto en los mapas, en las fotografías, y habían hablado mucho de ello. Luke empezó a explicarle a Robert para qué servía la instalación por satélite. Le contó que se pasaban las tardes viendo vídeos de gatos en Facebook y por la reacción de Sara quedó claro que se trataba de una broma. Que estaba tomando el pelo a Robert. Robert asintió y dijo «ja» y le preguntó en qué condiciones estaba la pista de aterrizaje. Se produjeron algunas distorsiones y pausas en la conexión. Cuando terminaron Robert no dijo nada. Sara anotó la dirección de correo electrónico de Luke, por si surgía algo que tuviera que saber.

Cuando Anna salió del edificio vio que el viento agitaba los árboles y que las últimas hojas se desprendían y caían, húmedas, al suelo. El tráfico se apelotonaba y se movía bajo la llovizna con las ventanillas empañadas. Abrió el paraguas y cruzó la calle en dirección al parque. No sabía muy bien adónde ir. Se le había olvidado qué se hacía con el tiempo libre.

Podía ir a un café y ponerse al día con el correo electrónico. El trabajo ya no parecía tan urgente desde que la habían eliminado de las listas de investigadores que participaban en las nuevas solicitudes de subvenciones, pero aun así tenía varios mensajes atrasados. La directora de investigación le decía que su trabajo siempre se valoraría. En cuanto cambie la situación y puedas dedicarnos tiempo, tendrás un papel principal, le decía. Esto no es un reproche, pero no estaría bien cargarte en estos

momentos tan difíciles. Le habían dado un año de permiso en su puesto de docente. Ahora tenía que centrarse en el campo de la divulgación. También había dedicado tiempo a resolver varias demandas sobre libertad de información.

Podía quedarse por allí cerca por si la necesitaban, por si pasaba algo y Amira la llamaba. Podía hablar con Sara y con Frank mientras esperaba para saber si estaban bien. Había mucha gente a la que debería llamar. O podía no hacer nada de eso.

Miró atrás, a la fila de ventanas del segundo piso y luego entró en el parque. Giró a la derecha al llegar a la orilla del río y echó a andar por el camino, alejándose de la ciudad, poniéndose fuera del alcance de todo y de todos.

|

—Sean, voy a pedirle que se deje caer hacia atrás, yo lo sujetaré, ¿de acuerdo?

—Qué dice ahora, joder, qué es. Lo siento. ¿Ahora quién?

—Déjese caer, ¿de acuerdo? Inclínese hacia atrás. Inclínese, inclínese, inclínese. Déjese caer. Eso es. ¿Lo ve? Lo he sujetado.

—Ah Dios ya. Hostia. Lo siento. Joder. Lo siento, Robert, eh. Robert. Usted, usted. Grandote. Usted. Vamos ya, hostia. Lo siento.

—¡Ah, sí, muy bien! Eso es, muy bien.

—¿Sean? Sean, vamos a hacerlo otra vez. Después lo hará Robert. Bien. Con la espalda recta. No mire atrás. Inclínese, inclínese. Déjese caer. Eso es. Otra vez.

—Quiere ahora no. Eso, bien. De acuerdo.

—Eso es. Inclínese; déjese caer. ¿De acuerdo?

|

Volvieron a contar historias. Amira había intentado que la idea de las historias no decayera en las reuniones, que se hablara de que cada cual tenía las suyas, de que a la gente le gustaría conocerlas y de que podía ser interesante pensar en otras formas de comunicárselas al mundo.

—¿Robert?

Liz vio que se había distraído con la ventana, con el movimiento de los árboles, con el tráfico de la calle. Se volvió al oír su nombre y se sentó con la espalda un poco más erguida.

—Sí, sí.

—Robert, ¿quiere contarnos alguna anécdota personal? ¿Quiere contarnos lo que hacía antes del derrame cerebral?

—Sí, bueno evidentemente. Sí.

—Creo que todos nos hemos enterado de algunos detalles sueltos a lo largo de las reuniones, pero ¿quiere contarnos un poco más? ¿En qué trabajaba?

Robert asintió mientras procesaba la pregunta, cerró los ojos para concentrarse.

—Robert —dijo. Se llevó una mano al pecho—: Aquí estoy, hablo de mí, Robert. Tabaco. Guinda, guinda. — Desplegó un mapa imaginario en el regazo, trazó una línea por encima señalando a lo lejos y después se cargó una mochila a la espalda —. Ex, ex, expo. Expo. —Se dio un golpe en el pecho para desatascar la palabra—. Guía.

—¡Eso es! Muy bien, muy bien.

A Liz le dio pena que Anna no estuviera presente para verlo. Después de lo reacio que se había mostrado Robert al principio, le parecía que Anna se habría alegrado de verlo en ese momento, siendo el centro de atención y contando su historia.

—¿Trabaja de guía, Robert? Escuchemos un momento lo que nos cuenta Robert.

—Sí. Ayuda. Asistir. Hummm. Asiento. Asistente. — Frustrado, sacudió el puño—. Tecno, tecno. Ayuda. De exporta. No. Guía, de. De extenso. No, no. Dios.

—Creo que sé cuál es la palabra que busca, Robert. ¿Un guía de ex…?

—¿Acaricia otra vez las olas y el agua calando en las venas?

—Es, no, no del todo. Me parece que no es eso lo que quiere decir Robert, Peter, pero gracias.

—Y a gracias usted y usted y a todos a ustedes.

—¿Expediciones?

—Sí, sí, evidentemente bien evidentemente claro. Experto. Expo. Guía.

—Expediciones, bien, muy bien, gracias, Rachel. Entonces, usted es guía de expediciones. ¿Es técnico de asistencia de expediciones? ¿En este país?

Amira sabía de sobra dónde trabajaba Robert. Liz se lo había contado todo, y también la investigación y lo delicado que era el asunto.

Robert hizo un gesto negativo con la cabeza y señaló el suelo. Señaló el sur.

—Ante, ante, ante. —Deseperado, hinchó los carrillos. Se frotó los brazos y se puso a temblar como si tuviera frío.

—¿Antártida? —dijo Amira en voz baja. Robert asintió y la señaló con el dedo, señaló la palabra que acababa de decir como si todavía estuviera en el aire para que todos la vieran.

—Ante, arca.

—¿Era guía en la Antártida?

—Sí, sí, sí.

—Bien, eso es nuevo. ¿Alguien ha estado en la Antártida?

—¡Ah, eso es! ¡Muy bien!

—¿Alguien quiere preguntarle algo a Robert sobre su trabajo allí? Sobre la vida allí, supongo. ¿Estuvo mucho tiempo en la Antártida, Robert?

—Sí, sí, evidentemente. Sí. Uno, dos, tres, cuatro. Mesa, mesa. ¡Dios! Mesas.

—¿Meses? ¿Cuatro meses?

—Sí, sí claro. Claro.

—¿Cuatro meses seguidos? ¿Una sola vez o muchas veces?

—Sí, sí. Más. Más. —Señaló una serie de intervalos cortando el aire con la mano.

—¿Muchas veces? ¿Todos los años?

—Sí, sí. Evidentemente.

—¡Ah, muy bien!

—Entonces, ¿quién quiere preguntar algo sobre la Antártida? ¿Sean?

—¿Hace, hace un frío de la hostia ahora, perdón, frío ahora?

—¡Dios! Sí. Sí. Frito.

Rachel se colocó delante de Robert y le pidió que se pusiera de pie. Le dijo que le enseñara cómo era tener frío, estar en el exterior, en la Antártida. Robert asintió. Hizo como si se pusiera un abrigo, guantes y pasamontañas.

—Pongo esto. Calor. Abrigos. Cabeza, abrigo. Mano,

abrigos. ¡Dios! No. Hummm, hummm. Mano, mano.

—¿Guantes?

—¡Sí, sí!

—Entonces, se pone ropa de abrigo, mucha ropa.

—Sí, evidentemente. Claro.

Rachel imitó sus movimientos y empezó a ponerse ropa; su volumen aumentaba con cada nueva capa.

—¿Y hace frío cuando sale fuera?

Robert hinchó los carrillos, sopló y se inclinó hacia delante como si hiciera un viento muy fuerte.

—Frito. Frito. Esto. Aquí. Esto.

Sopló con mucha fuerza y avanzó tropezando. Rachel, a su lado, hizo lo mismo moviéndose como si le costara mucho.

—¿Hace viento?

—¡Sí!

—Mucho viento. Y por eso hace más frío, ¿verdad? Bien. Entonces, ¿qué hace para no enfriarse?

—¡Ja! Aquí, aquí, aquí. Sí. Sí. Aquí. —Avanzó por la sala como haciendo un gran esfuerzo, moviendo los brazos.

—¿Usted?

—¡Sí! Sí. Más, más. Dios.

—¡Ah! ¿Sigue moviéndose?

—¡Sí!

—¿Tiene que seguir moviéndose para no enfriarse?

—Sí, evidentemente, sí, claro.

—De acuerdo. Y luego vuelve al… ¿qué? ¿A la base, al refugio? ¿Tan rápido como puede?

—Sí, sí.

—¡Robert! Hay un puto, lo siento, como se dice hostia como sabes ¿paritos, pajaritos?

—¡Ah! ¡Eso es! ¡Muy bien!

—Joder, lo siento, pajaritos, chaquetas, qué.

Sean se movía como un pato en la silla, frunciendo la cara en busca de la palabra.

—¿Pingüinos, Sean?

—Muy eso, joder, sí, lo siento, pin, pin.

—Pingüinos.

—Pingüinos. Sí hostia. Lo siento.

—¿Vio pingüinos, Robert?

—Ah, sí. No. Ante, ante. Sí. Yo, no.

Dibujó un círculo en el aire, señaló primero arriba y después más abajo.

—Hay pingüinos en la Antártida, ¿verdad?

—¡Dios! Sí. ¡Sí! Pero yo, no. No.

—¿No donde trabajaba usted?

—Sí, sí, claro.

Dibujó el círculo otra vez y señaló el centro aproximadamente.

—¡Ah! ¿Eso es un mapa? ¿Es la Antártida? Y usted trabajaba en algún sitio… ¿qué, más al sur?

—¡Ah, eso es!

—¿Y ahí no hay pingüinos?

—No, no. Evidentemente. No.

—¿Demasiado frío para los putos, lo siento, ahora?

—Robert, ¿tiene mapas de la Antártida en casa?

—Evidentemente, sí.

—¿Quiere traerlos la semana que viene y nos los enseña? ¿Y también algunas fotografías? ¿Y así nos cuenta más cosas de cómo se trabaja allí?

Robert se encogió de hombros y asintió. Amira le dio las gracias, pero él movió la mano por delante de la cara.

—No. No. Pero, pero. Difícil. Ahora. Palabras, ahora. — Hinchó los carrillos y sopló.

—Ahora es difícil hablar de las cosas, Robert, ya lo sé. ¿Es difícil decirlas con palabras?

—¡Ah, sí, eso es!

—Es jodido es.

Robert se frotó la cara despacio. Dio media vuelta para volver a su sitio y perdió el equilibrio. Se inclinó hacia un lado y, justo cuando parecía que se iba a caer, allí estaba Rachel para sujetarlo. Lo ayudó a sentarse. Nadie dijo nada. El viento movía las ramas deshojadas de los árboles de la calle y las sombras se movían por el suelo.

—No, ahora vamos a revisar las respuestas, ¿de acuerdo?

—¿Número siete?

—No, estamos en el número ocho. El siete era el parque de Bletchley. El centro de desencriptación de códigos. ¿Todo el mundo lo tiene, el parque de Bletchley?

—Ah, sí, muy bien. Eso es, muy bien.

—Bien, el número ocho era: ¿Quién era la mujer de Shakespeare?

Esa semana Amira había reservado la sala para una sesión más larga y la empezó con un cuestionario. Había pedido a los bailarines que fueran más tarde, después del descanso. Le parecía que el grupo podía asimilar un cambio de ritmo. Las sesiones de movimiento habían funcionado bien, pero eran intensas. Había creído que el grupo no aceptaría de buen grado la facilidad de movimiento de los bailarines, pero en realidad el efecto había sido muy distinto. No se produjeron milagros, pero surgieron algunas emociones. Se acercaba mucho a lo que pretendía conseguir, pero aun así no estaba conforme del todo. Tenía la sensación de que los manipulaba, de que les removía cosas tal vez para nada. No se le olvidaba lo que le había dicho la hermana de Pauline, que solo quería «una logopeda de verdad».

Sin embargo, el cuestionario iba bien. Hacer las preguntas había provocado ruido y caos y no estaba segura de haberlas formulado bien. Pero el objetivo principal del ejercicio era que trabajaran por parejas, y eso era lo que estaban haciendo.

—La mujer de Shakespeare, ¿quién lo sabe?

Los miró. Sean estaba intentando pronunciar el nombre. Mary sonreía con aplomo y Raymond le hacía gestos para que lo dijera en voz alta.

—¿Alguien lo sabe? ¿Mary?

—Annie hace gua y vamos a la pared a la pared —dijo Mary; dejó el bolígrafo y juntó las manos tranquilamente.

—Mary, ¿lo intenta otra vez? Creo que ya lo tiene.

Mary la miró pacientemente, como esperando a que la entendiera.

—¡No, no, no! —dijo Sean de repente. Tenía algo que

aportar.

—¿Sean? Sean y Wiktor, ¿tienen algo que decir?

—Saña, saña, saña, joder, lo siento.

Sean seguía moviendo la cabeza ligeramente cada vez que maldecía. Wiktor lo miraba.

—Sean tiene buena respuesta, creo —dijo.

—Ah, eso es, muy bien —lo animó Raymond.

—Saña. Señora. ¡Señora!

—¿Qué es eso?

—¡Señora Shaykuh espera!

—Señora Shakespeare, eso es, ¡muy bien! ¡Muy bien!

|

Sara pasó esa semana con ellos y dijo que quería ir con Robert a la sesión del grupo. Tardaron un poco en salir de casa y perdieron el autobús. Robert se enfadó. El autobús había pasado antes de su hora, pero cuando Sara se lo explicó, no quiso saber nada. Seguía siendo culpa de ella. Tendrían que esperar media hora hasta que pasara el siguiente, con el tiempo que hacía. Nunca le había gustado esperar.

Anna los miró, allí sentados, juntos, en la marquesina de la parada, con la cabeza metida en el abrigo como dos adolescentes enfurruñados. Se acordó de lo mucho que le fastidiaba a Sara coger el autobús escolar; de lo mal que le había sentado que, para empezar, Anna los hubiera trasladado a una casa en medio de la nada; que no tuvieran coche y que su padre siempre estuviera ausente. A esa edad estaba siempre enfurruñada. Generalmente lo expresaba con silencios, dando portazos y tiñéndose el pelo de negro.

Fue Sara la que rompió el silencio. Le preguntó qué tal las reuniones del grupo y qué estaban haciendo en esos momentos. Robert suspiró con mucho aspaviento, miró el reloj y le dijo que iban a llegar tarde.

—Sí, papá, eso ya lo sé. Pero cuéntame algo del grupo.

Él resopló y movió las manos con las palmas hacia arriba como solía hacer para decir: no sé, es difícil de explicar, ¿qué quieres que te diga? Sara le preguntó si le gustaban sus compañeros y él se encogió de hombros.

—Bien —dijo—. Bien.

Frank también se había interesado por la integración de su padre en el grupo la última vez que había llamado. ¿Qué saca de esas sesiones? ¿Has notado si habla mejor? Parecía insinuar que había algo sospechoso en esa actividad. Alguien pretendía sacar tajada. Anna no se imaginaba que alguien pudiera sacar provecho de lo que se hacía en las sesiones.

Le contó que Robert seguía hablando más o menos igual y que había dicho «justo lo que yo decía» en el mismo tono ofensivo que había empleado toda la vida cuando creía que había acertado en algo.

Sara le preguntó lo mismo. Hacía un tiempo que no iba por casa. Había tenido mucho trabajo y no podía ausentarse, dijo. Pero también reconoció que le dolía ver a Robert así: vacilante, tropezando, repitiendo siempre las mismas frases. La furia que le asomaba al rostro cuando ella no entendía lo que quería decirle. La impaciencia con la que daba la espalda a la gente. Anna dijo que no se había fijado en que hiciera eso y Sara respondió que no, que ya se imaginaba que no se habría fijado en eso.

—Papá, me han dicho que ahora bailáis en el grupo.

Robert hizo un brusco gesto negativo con la cabeza.

—No, no, no. Bailar no. No. Movernos. Movernos.

Anna sabía que la diferencia era importante para él.

—Moveros, vale. ¿Y qué tal te va?

Otro encogimiento de hombros, y entonces apareció el autobús.

Cuando llegaron al centro, dejó que Sara lo acompañara arriba. Anna se quedó mirándolos mientras iban por el pasillo hacia el ascensor, Robert apoyándose con fuerza en el bastón y procurando ir delante. Luego se dio media vuelta y se fue a pasear por la orilla del río, como de costumbre. Todavía le preocupaba una cosa que había dicho Sara antes. Estaban hablando de Luke y de la investigación y Sara comentó que cuando había preguntado a Luke por qué no había contado más detalles a los del Instituto sobre lo que había pasado, le había respondido que quién creía ella que iba a hacerle caso. Entonces Anna preguntó qué había querido decir Luke con eso. Parecía insinuar algo, pero no tenía la menor idea de a qué podía

referirse. ¿No es evidente, mamá?

Toda la vida, desde que tenía memoria, siempre le habían dicho que las cosas eran evidentes. Pero muy pocas veces lo eran.

|

—Ha ganado un punto por la respuesta, Sean. No es exactamente la que buscamos, pero está muy bien. Los que tengan Anne Hathaway, dos puntos. Creo que es lo que has puesto tú, ¿no Mary?

— Annie hace gua y vamos a la pared a la pared.

—¿Nos lee lo que ha escrito, Mary?

—Anne. Anne Hath. A. Way.

—¡Exacto! Bien hecho. Ah, aquí llega Robert, hola, Robert, hola.

La joven que lo acompañaba debía de ser su hija. Amira le encontró cierto parecido a Anna, aunque transmitía más seguridad en sí misma. Establecía más contacto visual. Se acercó a saludarlos y le explicó a Robert que estaban a punto de terminar un cuestionario. Si quiere siéntese ahí con Peter, le dijo, y se presentó a la joven.

—Hola, soy Sara, la hija de Robert. ¿Tengo que…? ¿A qué hora vuelvo a buscarlo, hacia las doce?

Hablaba mirando más allá de Amira, a Robert, dudando de si estaría bien.

—En realidad, ¿por qué no se queda?

Lo dijo sin pensar. Había algo en la actitud de Sara… le vendría bien ver a su padre en ese entorno, pensó.

—¿No le parecería mal? ¿No es una cosa, bueno, privada?

—Los acompañantes suelen venir más tarde, pero haré una excepción con mucho gusto.

—Pues… de acuerdo. Voy a…

—Siéntese allí, junto a las ventanas, si le parece bien. Con Liz.

—Vale. Bien. Voy.

Sara se fue al rincón y sacó una silla de la pila. Amira vio que intentaba captar la mirada de Robert al pasar, pero él estaba pendiente de Peter, intentando seguir lo que le decía. Amira volvió al centro del círculo y procuró que todos se

centraran de nuevo en el cuestionario.

—¡Ah! Esta habría sido muy fácil para usted, Robert, si hubiera estado aquí. Era la número nueve. Número nueve. ¿Quién fue el primer hombre que llegó al Polo Sur?

—¡Ja! ¡Dios! Evidentemente, evidentemente.

—Exacto, Robert, sí. Estaba segura de que lo sabría. Peter, ¿está levantando la mano? ¿Tiene la respuesta?

—Fuimos y lo hicimos bajo todo el peso de donde el mundo estaba por encima de nosotros y el largo día y el largo salvaje día ya ves vino vino y el viento sopló largo la noche se fue para ti para mí y así fue y allí fue encima del final de la tierra para ti para mí, ¿lo ve?

—Bien, gracias, Peter. ¿Alguien tiene otra respuesta?

—Y gracias a usted y usted y usted, ¿lo ve?

—¡Scott! ¡Gran Scott! —dijo Sean, dando un golpe en la mesa con la mano.

—No, veo que Robert dice que no. Porque no fue el pobre Scott, ¿verdad? ¿Sabe usted la respuesta?

—Sí, claro. Am, am. Am.

—¿Lo ha escrito ya? Mary, ¿quiere leer lo que ha escrito Robert?

—Ah… mund… sen con el látigo rizo llega el lirio.

—Amundsen, excelente. Era noruego, ¿verdad, Robert?

—Sí, sí, claro.

—Y estaba bastante más preparado que Scott, tengo entendido.

—¡Ja! Dios. Dios. Sí.

—¿Usted ha ido alguna vez?

—Hummm. Así, así.

—Al Polo Sur, quiero decir.

—¡Ja! No. No. Largo, lejos.

Dibujó un círculo en el aire y señaló el borde y a sí mismo, y después al centro.

—¿Estaba muy lejos de donde trabajaba usted?

—¡Ja! Dios, sí, sí, evidentemente, claro.

—Está cinco, joder, lo siento. Está quinientas millas, ¿no?

—¡Ah, eso es! Muy bien.

—Sí, sí, bueno, evidentemente. Más, más.

Sean se puso a cantar otra vez que iba a andar quinientas millas. Cuando se sabía bien una canción las palabras le salían claras y seguidas, y eso le gustaba muchísimo. Y andaría quinientas más, cantó.

—Gracias, Sean. Muy bonita. Bien.

|

—¿Quiere contarnos algo de su vida antes del derrame cerebral, Wiktor?

Wiktor se encogió de hombros y miró al suelo. Estaba de pie en medio del círculo, enfrente de Amira. Había tardado un rato en llegar hasta ahí, pero lo había hecho de buen grado. Estaba preparado para eso, pensó Liz. Había plantado el bastón con fuerza a su lado. Le temblaba el brazo del esfuerzo de estar de pie. Tenía un brazo fuerte.

—Liz me ha dicho que trabajaba en tecnología informática, ¿verdad? ¿Trabajaba aquí, en Cambridge? ¿Qué hacía?

Otro encogimiento de hombros, esta vez un poco distinto: Se lo diría, pero no sería importante. Se lo diría, pero no me entendería. Es difícil decirlo con palabras.

—¿Ahora puede usar el ordenador, Wiktor? ¿Sigue formando parte de su vida?

Arrugó la cara, pero de nuevo de una forma distinta: bajando la cabeza despacio, con los hombros tensos. Un encogimiento que quería decir: Puedo o no puedo. Es complicado. Es difícil de explicar.

Wiktor recurría a menudo al encogimiento de hombros. Liz lo había notado desde las primeras sesiones con él. Había intentado trabajar este aspecto. Al parecer creía que ese movimiento era mucho más expresivo de lo que era en realidad. ¿Puede buscar otra forma de expresarlo, Wiktor?

Rachel se puso a su lado en silencio y empezó a imitar sus encogimientos de hombros. Liz pensó fugazmente que se estaba burlando de él. Pero lo que hacía era mucho más delicado. Ampliaba esos movimientos; los hacía suyos. Levantaba los hombros, bajaba la cabeza. Sacaba el labio y lo retraía. Wiktor se paró. Liz vio que estaba a punto de ofenderse.

—Ja —dijo una sola vez.

Rachel dio una vuelta para ponerse delante de él y él

levantó la cabeza para mirarla a los ojos. Amira no dejaba de hacer preguntas y Rachel se unió a ella; entre las dos, por turno, las preguntas parecían una canción:

—¿Cómo era su vida antes del derrame cerebral, Wiktor?

—¿Cómo era su vida antes?

—¿Quiere contarnos más cosas de su vida?

—¿Quiere contarnos más cosas de lo que siente?

Los otros bailarines se pusieron al lado de Wiktor, mirando al grupo, dirigiendo los encogimientos de hombros: levantaban los hombros, ponían las palmas de las manos mirando al techo, inclinaban la cabeza. Empezó a generarse un ritmo. La que dirigía el grupo daba un golpe en el suelo con el pie cada vez que se encogían de hombros, siguiendo el ritmo con cuidado. La hija de Robert sacó el móvil y empezó a grabar y Liz tuvo que pedirle que no lo hiciera.

—¿Cuáles son sus objetivos a corto y medio plazo?

—Qué. ¿Su vida antes?

—Quiere —dijo Robert—, ¿quiere, tabaco? —Se inclinaba hacia Wiktor y Rachel y hablaba con una voz alta y clara—. Tabaco, tabaco, ¿quiere tabaco otra vez?

Wiktor y los bailarines lo miraron y se encogieron de hombros una vez más y Robert hizo lo mismo. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

Peter se ajustó la corbata y empezó a hablar.

—¿Quiere entrar en el agua conmigo ahora Wiktor, quiere entrar hasta la cintura y esperar mientras las olas suben más y más y todo alrededor y vamos a subir vamos a lavar y agua el agua está alrededor y arriba encima de nuestros hombros ahora?

Se encogieron de hombros, se echaron a reír y se quedaron quietos.

—¿Quiere, joder, lo siento, quiere hablar más despacio, por favor?

—¡Ah, sí! Eso es. Eso es.

—Tttt. Tttt.

La palabra se quebró sin haber llegado al aire siquiera, claro. Tormenta. Tormenta. Muy fácil. No le servía de nada que la joven le dijera que no había prisa, que tenían tiempo. En esto no era tiempo lo que faltaba.

—Tttt.

Se frotó la cara y siguió con ello. Repite la transmisión. Interferencias. Repite.

—Tterm. Ttorm. Tttoorm.

Dios bendito.

—¿Tomar? ¿Toma?

—No. Ttoorm.

Lo difícil era conseguir que la boca hiciera lo que tenía que hacer, sobre todo porque sabía la palabra que buscaba. Cosa que no sucedía siempre ni muchísimo menos.

—¿Quiere decir «tormenta», Robert?

—Sí, bien evidentemente, sí. Tttormenta.

Bingo, señorita. Recibido.

—¿Había una tormenta?

—Sí. Tttormenta. Evidentemente. No tormenta, no tormenta. ¡Pam! ¡Pam! Tormenta viene viene. ¡Uf! ¡Tormenta!

La joven seguía a su lado mientras intentaba hablar. Todas las sillas estaban en el fondo de la sala y todos lo miraban. Amira hacía preguntas.

—¿La tormenta llegó de repente, Robert?

Rachel dio unas palmadas rápidas. El ruido, el estallido. La miró. Estaba otra vez en la estación K., en la cima del Priestley, viendo el temporal que se abalanzaba sobre ellos dispuesto a cargar. El momento en el que supo que iba a ser muy fuerte. Se preparó. El momento en el que supo que había sido un fallido permitir que los otros dos se quedaran solos. Fallido no. Falda. Lado. Falto. Fallo.

—Sí, sí, claro. Más. Más de repente. Gran tormenta. ¡Pam!

Rachel cogió una silla y dio unos golpes en el asiento. Mary chilló sobresaltada. Robert movió una mano por delante de la cara.

—¡Pam! ¡Pam! No tormenta, ahora tormenta viene, ¡pam!

¡Dios!

Retrocedió con torpeza, tambaleándose por la fuerza del viento. Rachel puso una mesa en el centro de la sala y lo miró expectante. Él no sabía qué esperaba. Estaba al borde del risco. Otra ráfaga de viento y se caería al vacío. La radio no funcionaba. Había dejado que Thomas se adentrara en el hielo.

—¿Nos lo cuenta otra vez, Robert?

—No tormenta. Cielo, cielo. ¡Pam!

Cuando dijo «¡Pam!» Rachel puso de pronto la mesa de lado en el suelo. Se hizo el silencio en la sala y al momento, un griterío.

—¡Ah, eso es, muy muy bien, eso es!

Robert miró las reacciones de los otros. Sentía algo cuyo nombre no conocía.

—¡Ja! ¡Dios! —Querían saber más. Que siguiera dando el parte. Que repitiera el mensaje—. ¡Sí! Gran tormenta. ¡Pam! ¡Pam!

—De acuerdo, ¿estalló una tormenta de repente?

—Sí, sí, claro.

—¿Y hacía frío antes de la tormenta?

—¡Ja! ¡Ja! Frito. Frito. Ante-ante. Frito.

Tenía que esforzarse tanto para encontrar las palabras. Como si las hubieran puesto en una estantería muy alta y tuviera que estirarse más y más para cogerlas. Estaban fuera de su alcance. O como si las hubieran dejado a la intemperie, enterradas en la nieve, y hubiera que cavar para sacarlas. Cuando no lograba rescatarlas rellenaba los huecos con gestos de la mano. Esa mujer le había ayudado a hacerlo. Liz. Enséñenoslo, Robert. Utilice cualquier cosa, lo que sea.

Se frotó los brazos y tembló de frío. Señaló el suelo, al sur, hasta abajo del todo: la Antártida.

—Pero ¿no llevaba ropa especial para combatir el frío?

—Sí, evidentemente, sí.

—¿Qué llevaba puesto, Robert? ¿Quiere enseñarnos cómo se vestía para salir de la base?

El momento en el que supo que había sido un fallido. Fallo. Se había equivocado. Cuando supo que tenía que solucionarlo antes de que se descubriera. De que lo descubrieran a él.

Volvió a su sitio y se sentó. Cerró los ojos. Amira creyó que se estaba encerrando en sí mismo. Hubo una pausa: los demás esperaron a ver cómo reaccionaba ella. Robert no siempre había estado dispuesto a participar. Recelaba de las actividades que no tenían un objetivo claro. Amira se lo imaginó diciendo palabras como «nada práctico» o «intrascendente», si pudiera llegar hasta ellas. Los dos o tres primeros días se había ido antes de tiempo, le había sorprendido que no hubiera dejado el grupo. Esperó. Mary hablaba en voz baja.

Robert abrió los ojos, bostezó, se desperezó y se frotó la cara. Le brillaban los ojos de una forma que no le había visto nunca. Como si fuera a hacer una travesura o disfrutara de estar haciéndola. Algo completamente desconocido. Se levantó desperezándose todavía y empezó a imitar con mímica su forma de vestirse, primero tratando de apoyarse sobre una pierna para subirse los pantalones. Wiktor alargó de pronto su brazo fuerte para sujetarlo. Todos empezaron a animarlo. Rachel lo imitaba con agilidad: se puso chaquetas y forros polares, se subió cremalleras, tiró de guantes gruesos. Cuando Robert terminó, dio unos pasos torpes por la sala, moviéndose con dificultad por la cantidad de ropa que llevaba, no por el derrame. Hizo como si abriera una puerta, Rachel estaba a su lado y, al abrirla entre los dos de golpe, el impacto del helado viento del sur los hizo retroceder a tropezones. Juntos se enfrentaron a él y salieron, y el grupo con ellos, imaginándose los cielos gris plomo, el horizonte envuelto en niebla, los témpanos girando a lo lejos en la bahía. El crujido del hielo bajo las botas y el suelo resbaladizo. La fuerza del viento en contra y las manos entumecidas dentro de los gruesos guantes, manipulando dificultosamente las correas y cierres del trineo con las provisiones. Cuando Rachel se internó en la tormenta por delante de Robert este le dio una palmada en el hombro. Ella se volvió con curiosidad, vacilando entre seguir en el papel o salirse del todo.

—Aaaa. Aaalto.

Se detuvo y Robert le indicó que mirara atrás.

—¡Puerta!

Rachel retrocedió, cerró la puerta y echaron a andar en medio de la tormenta hacia el lejano refugio de la máquina de café y las galletas.

|

En las siguientes semanas se empezó a hablar poco a poco de un espectáculo. Amira reunió fragmentos de historias y los bailarines trabajaron los mismos movimientos una y otra vez. ¿Lo probamos de nuevo? ¿El público podría sentarse aquí? La palabra «público» se le escapó con naturalidad, como si creyera que no se iban a dar cuenta. Pero también se le escaparon otras. Y se dieron cuenta. *Público. Escenario. Luces. Ensayo*. Qué hostias hace los siento qué es esto joder nos toma el pelo ahora seguro. Ah sí, es verdad, eso es. Pero les dijo que habían recorrido un largo camino juntos y que estaría bien, ¿no?, presentar lo que habían aprendido, ¿no? Para empezar, podía ir solo la familia, la familia y los amigos y un par de personas más. Tenía que ser una cosa pequeña.

Wiktor llevó un portátil a las reuniones y preparó una serie de imágenes que servirían de fondo. Cuadros, mapas, textos sencillos. Habló poco a poco de iluminación y de efectos de sonido. Mary dejó muy claro que quería participar. Cuando leía en voz alta se le entendía bien. Sean por fin se avino a cantar. Peter dijo que se quedaría en la puerta y lavaría la ola de todo lo flotante en de la playa de nosotros donde nos convertimos en quién es usted y aquí está ya ve ya sabe y allí a la silla va usted ya sabe, y decidieron que podía encargarse de esa tarea y hacerla bien.

Amira procuró elegir elementos de todas las historias. Mary y los caballos de carreras, Raymond y el accidente en la obra. Sean tenía una anécdota complicada sobre un concurso de imitadores de Frank Sinatra; en realidad no llegaron a ahondar en ella, pero le proporcionaba la ocasión de cantar. Sin embargo, el hilo conductor de todo era la historia de Robert. Todas las historias son importantes, les aseguró. Pero nos encantan el aullido del viento y un poco de acción, ¿verdad?

Hubo nervios, cambios de opinión y algunos gritos. La gente se distraía. Pero Amira puso una fecha, después de Navidad, y hablaron de quién les gustaría que fuera a verlos, y

entre todos mandaron las invitaciones. Siguieron trabajando para ese día. Ella lo llamaba «presentación» para quitarles presión, pero de poco sirvió.

|

—¿Y no sabía dónde estaban los otros dos?

—¡Ah! ¡Eso es!

—¿Robert?

Era una pregunta. Le estaba preguntando otra vez. ¿Qué le preguntaba? Estaba la tormenta y la batalla para bajar del borde del risco y regresar. Y la radio y el silencio. Y el ruido estático.

—Se fue. Se fue. Todo blanco —dijo—. Se ve, se ve. Se ve nada. Tormenta.

No era suficiente. No decía lo suficiente. No estaba claro todavía.

—Bien. Volvió al refugio y entró, ¿es eso?

La mujer joven hablaba en voz baja, toda la sala estaba en silencio. Robert asintió. Había entrado y había forzado la puerta para cerrarla. El ruido de la tormenta quedó amortiguado. Estaba en el centro del círculo con la cabeza agachada y las manos en los muslos. Tenía que quitarse el equipo mojado. Tenía que llegar hasta la radio. Había luchado contra la tormenta y estaba derrengado, sin aliento. Había notado un dolor en la cabeza que sabía que era una mala señal.

—Ahora estará agotado. Seguro que le alivia haber llegado al refugio.

—Sí. Sí. Estará. Estará.

—Y entonces fue cuando pidió ayuda por radio, ¿no es así?

—Ag, ago, tado, sí.

—¿Nos enseña la radio? ¿Qué se hace con la radio?

La radio estaba muy lejos. Lo declararían responsable. No tenía que haber ido al Priestley así, dejando a los dos chicos atrás. Tenía que resolver la situación por sí mismo. Habría complicaciones. Volverían enseguida. La tormenta pasaría y lo resolverían. Volverían. No hacía falta. La radio. Tenía que salir de esta. Le dolía la cabeza. Sabía que era una mala señal. El frío era cristal contra la cara.

La joven estaba allí. Le pasó una mano por la cintura. Allí estaba la radio. No usar la radio. Resolver la situación antes que

nadie. Decir que la radio rota. Lo llevó a su silla. Allí estaba Luke, apareciendo en mitad de la tormenta sin Thomas. Con esa expresión en la cara. Espera, unas abreviaciones instruidas. Actuación situal.

Cerró los ojos un momento buscando el equilibrio. Tenía que decir una cosa. La silla estaba muy cerca. Cuando abrió los ojos se estaba inclinando sobre la silla. La mujer joven estaba allí.

—Tormenta. Y no tormenta. Pam silencio, silencio.

Tenía que decir una cosa. Miró a un lado y a otro. La mujer joven estaba allí. Siguió inclinándose. Ella se acercó más. Se inclinó hasta que estaba a punto de caerse y entonces se cayó.

Anna pasó la tarde cubriendo con gruesas capas de mantillo los lechos de las verduras y de los invernaderos de los frutales. Había dado la vuelta al compost varias veces durante el otoño y las hojas en descomposición estaban llenas de lombrices, escarabajos y toda clase de microbios. El olor que exhalaba era un placer inmenso. Los brotes de las campanillas de invierno y de las flores de azafrán empezaban a despuntar. Le iba a dar tiempo a terminar antes de irse.

Sara estaba en casa con Robert. Había pedido unos días libres en el trabajo para poder ir. El día en que acompañó a Robert al grupo vio algo sorprendente: estaba verdaderamente comprometido, era lo máximo que podía decir. No era fácil de explicar.

Anna cubrió el último lecho de mantillo extendiéndolo alrededor de las alubias. Llevaban plantadas desde principios del otoño y habían dejado de crecer. Esperaban el momento oportuno. En los árboles frutales brotaban las primeras yemas. El aire estaba limpio, con un toque justo de humedad que venía de los campos y de las acequias del otro lado del huerto. En los campos despuntaba el trigo de invierno.

Todavía no entendía a qué los habían invitado. Es una función, ¿no?, preguntó Bridget, y le dijo que no, que les habían dicho que no era una función. En la invitación pone que es una «presentación». Robert lo llama ensayo con vestuario. Sara dice que han trabajado con bailarines, pero que no van a bailar. Bridget la miró de una forma difícil de interpretar y dijo que no creía que Tim, de haber vuelto, hubiera aceptado trabajar con bailarines. Anna dijo que había varias diferencias entre Tim y Robert, ¿verdad? Bridget se calló un rato.

Si Robert estaba nervioso por la «presentación» lo ocultaba muy bien. Cuando le preguntó por lo que iban a hacer, se hizo el despistado y dijo que era buena, claro, evidentemente, era buena. Eso no aclaraba nada. Le preguntó qué iba a pasar en la presentación, qué iban a hacer. Robert movió la mano por delante de la cara: no podía decirlo. Era imposible saber si le faltaban las palabras o si no quería decirlo.

Vieron a Luke fuera del edificio. Estaba esperando. Anna no entendía por qué estaba allí. Sara se adelantó rápidamente y fue la primera en alcanzarlo. Dijo algo que Anna no oyó y Luke sonrió. Sara le tocó el brazo. Él bajó la cabeza y después los miró por encima del hombro de Sara.

—¿Qué hay, Doc?

—Luuu, luuu. Luke. —Se dieron un apretón de manos. Robert se la retuvo—. Luke. Bien, evidentemente. ¡Ja! De acuerdo.

—Así que ¿estás preparado, Doc? Sara dice que habéis trabajado mucho en esto. Es la primera vez que lo haces, ¿verdad?

—Evidentemente, evidentemente. Nada. Poca cosa. De acuerdo. De acuerdo. Vamos ya. Vamos.

Echó a andar hacia la puerta. La representación empezaría una hora después, pero tenía que prepararse. Sara propuso que Anna lo acompañara hasta la sala. Dijo que iba a tomar un café y que volvería después. Luke podía ir con ella, si le apetecía. Volverían a la hora del espectáculo. A Luke le pareció bien. Estaba hablando con Anna cuando lo dijo, pero mirando a Sara. Sí, le parecía muy bien. Anna quería preguntarle una cosa a Robert, pero ya había entrado en el edificio y estaba esperando al lado del ascensor.

Cuando llegaron a la sala Amira se dirigió a Anna y le dijo que tardarían un rato en empezar. Anna preguntó si podía ayudar en algo y Amira respondió no, gracias, y se alejó. Preguntó en voz alta por las luces. Robert ya estaba hablando con una de las bailarinas que no eran bailarinas. Era una joven vestida de blanco. Lo miraba con mucha atención y asentía. En un rincón de la sala los otros dos bailarines que no eran bailarines también iban vestidos de blanco. Estaban haciendo estiramientos. Anna encontró una silla al fondo y se sentó.

Había una persona subida a una silla junto a las ventanas tapando los cristales con papel negro. Los pliegos se despegaban todo el tiempo, caían flotando al suelo y el hombre maldecía a voces. Reconoció a la persona que estaba acuclillada al lado del proyector, hurgando en los enchufes y mirando una pantalla que había detrás. Wiktor. El fondo de la pantalla era azul y por el

centro pasaba un mensaje que decía «archivo no encontrado». Siguió manipulando los enchufes y volvió a mirar la pantalla.

No lejos de ella se encontraba Mary, sentada en su silla de ruedas y leyendo en silencio una hoja de papel. Estaba muy elegante y le habían hecho un peinado nuevo. Miró a Anna y sonrió.

—Cuando vino el velo volvimos por aquí —dijo.

Anna la miró intentando averiguar lo que quería decir.

—¿Cómo dice? —le preguntó.

—Érase una vez —repitió, asintiendo con firmeza. Anna sonrió.

—Estoy deseando ver esto —le dijo.

Los altavoces crujieron y luego soltaron una ráfaga de ruido estático. Wiktor levantó la mirada del proyector y se disculpó, y la gente se tapó los oídos. El ruido estático desapareció y apareció una imagen en la pantalla. Era una fotografía de Robert cerca del refugio de la estación K. Anna escrutó la sala buscándolo. No sabía por qué había una fotografía suya en la pantalla. Robert estaba hablando con un hombre que, según recordó, se llamaba Raymond. Reconoció la expresión de su cara. Se la había visto en conferencias o celebraciones del Instituto, en salas llenas de gente que hablaba con una taza de café en la mano. Salas como esa pero más grandes, más bulliciosas. Era la expresión que tenía cuando estaba completamente inmerso en lo que hacía. Cuando no la necesitaba a su lado.

Llegaron Sara y Luke; Peter estaba en la puerta repartiendo trípticos. Le llevaron uno y Sara le preguntó por qué estaba sentada al fondo. En el folleto explicaban cómo se había formado el grupo y lo que habían intentado conseguir. La afasia afecta a todos los aspectos de la comunicación, pero la capacidad de contar historias puede ser una pérdida muy significativa. Su ser querido puede encontrar serias dificultades en hablar de lo que ha hecho durante el día, o en contar a sus nietos las cosas más importantes de su vida. Hemos explorado diversas maneras de contar historias con todas las herramientas que tenemos a nuestro alcance. El logo de los diversos patrocinadores ocupaba casi toda la última página; entre ellos

sobresalía el de la universidad. A Anna le pareció que el lenguaje era un tanto afectado. Para empezar, «su ser querido» era mucho decir.

Cuando empezó había mucha gente en la sala. Faltaban sillas. Sara y Luke hablaban a su lado, pero no oía lo que decían. Amira pidió un momento de atención y repitió casi lo mismo que explicaba el tríptico. Dio las gracias a todas las instituciones patrocinadoras y a todas las personas del grupo. Se apagaron las luces y los altavoces hicieron un ruido como al descorchar una botella. Wiktor se disculpó, manipuló los cables y en aquella semipenumbra Anna vio que Robert se dirigía al centro del escenario.

|

Al principio todo era oscuridad. La sala a oscuras, vacía. Robert se encorvó sobre una mesa o pupitre. Una suave luz blanca le iluminó la espalda. Pitidos. Notas cortas y largas, repetidas una y otra vez. La luz se hizo más intensa. Se vio que Robert accionaba un telégrafo de código morse con un dedo: tap, tap, tap, tip, tip, tip, tap, tap, tap.

Llevaba puestos varios abrigos, capuchas y guantes. Accionaba la máquina sin levantar la vista. Todo el mundo lo miraba en silencio, esperando lo que fuera a suceder. A su espalda, una línea de puntos y rayas desfilaba por la pantalla. Se bajó la capucha con una mano y miró al público.

—Me llamo. Llamo. Robert. Soy guinda expo. Expo, guía.

Lo entendieron antes de que lo dijera. Lo pronunciaron mentalmente deseando que la endemoniada palabra le llegara por el aire, que le saliera ya, ex, expo, *expedición. Guía de expedición*.

—Soy guía. Asis. Ah. ¡Ah! Ayudo caminata, larga caminata, ¡viaje!

Se oyeron risas otra vez en la sala. Ah, eso es, muy bien, busca otra forma. Otra forma de decir la palabra. Wiktor hizo unos ajustes en el portátil y la pantalla que estaba detrás de Robert se iluminó hasta que, por el contraste, él quedó reducido otra vez a una silueta. Se irguió lentamente, apoyándose en el bastón, y levantó un brazo.

—Me llamo. Robert. Soy. Guía. Explorar. Tuve derrame.

Tuve un, tengo un, afasia. Soy. Tec. Guía. Trabajo. Ante, ante, ante.

Más risas. La palabra imposible, la endemoniada puta palabra que nunca le habían oído pronunciar, pero él seguía intentándolo. Wiktor proyectó un mapa en la pantalla, un mapa del mundo, que se deslizó desde Europa hasta el sur y fue ampliando la imagen al llegar al círculo polar antártico y al cornudo borrón blanco de la Antártida. Robert señaló el mapa que se veía a su espalda.

—¡Aquí! Trabajo aquí. Hace frío. Hace mucho frío.

Se protegió con los brazos, se encogió al recordar el frío. Todos lo sintieron con él. Frío, frío, eso es Robert. Mucho frío. Procuraban no decirle las palabras en voz alta. Pero querían que supiera que estaban allí. Sigue, Robert. Puedes. Puedes hacerlo.

—Trabajo. Trabajo mucho tiempo. En. Ante, ante.

Señaló el mapa otra vez.

—Muchos años. Joven, viejo. Muchas historias. Esta. Esta historia. Un día. Trabajando. Viene tormenta.

Inclinó la cabeza a un lado y compuso las facciones en una expresión de temor, como si oyera algo aproximándose.

—¡Ah, sí, eso es, Robert, atento!

—Chsss. Chsss.

—Viene gran tormenta. ¡Viene rápido!

Con un brazo levantó la parte de atrás del pupitre y lo inclinó hacia delante hasta que lo tiró al suelo. Las luces parpadearon, se oyó un aullido de vendaval. El público contuvo el aliento y gritó de sorpresa. La mitad de las personas que había en la sala en realidad no se sorprendieron, pero el aullido fue tan fuerte que gritaron. Ah, sí, muy bien, muy bien. Gasta el agua la guerra amarga. La luz blanca seguía parpadeando y el fragor de la tormenta iba en aumento. Robert se arrodilló y se agachó detrás de la mesa, protegiéndose de la tormenta. Luego la ladeó empujándola con el hombro. Parecía muy difícil conseguirlo. Vamos, Robert, vamos. Puedes hacerlo. Vamos. Cuando logró poner la mesa de pie cesó el fragor de la tormenta. La sala quedó en silencio. Se oía la respiración de Robert. Jadeaba.

—Cuando tormenta cayó. Cuando tormenta cayó. De

pronto. ¡Pam! ¡Pam! Aquí. Mis rodillas. Viene tormenta. Tira. Me tira. De rodillas.

Amira lo seguía todo desde la puerta. Tenía el guion en la mano y movía los labios pronunciando las palabras. El guion no es el guion, les había dicho. Digan las palabras que les salgan en el momento. Las del guion son solo indicativas. Robert se abría su propio camino allí, dando rodeos, por el camino más largo. Cuando la tormenta. Cuando la tormenta cae. Amira parecía sorprendida o preocupada. No lograba entender cómo habían conseguido todo aquello. Esa endemoniada pandilla. Hay que ver lo que han conseguido. Parecía imposible.

Las luces se atenuaron; en la oscuridad, uno de los bailarines fue a ayudar a Robert y lo llevó a su sitio. Retiraron la mesa. Cuando se hizo la luz de nuevo, el público vio a Mary; Guy, el bailarín, vestido de blanco, la llevó en la silla de ruedas al centro del escenario. Una luz la iluminaba solo a ella y la sala quedó en silencio, a la espera. Tenía un papel en la mano y empezó a leer lentamente. Cuando leía hablaba con claridad y la gente dejó de mirarla de esa forma imprecisa en que a veces la miraba. Levantó la mano y dijo: un momento, oigan esto.

—Érase. Érase… una vez. Cuando contábamos nuestras historias. Contábamos. Con… palabras.

—¡Mary! Muy bien, muy bien, eso es, Mary, cuenta tus palabras ahora, lo siento, pero ¡eso es!

—Ahora hablamos. Hablamos de… otras maneras.

Un aplauso, unos gritos y el público reclamando silencio y atención.

Cada cual tuvo su turno. Mary habló de las carreras de caballos y de trabajar temprano por la mañana con los entrenadores en los Downs. Sean habló de trabajar en pubs y cantar sin acompañamiento. Raymond levantó las manos y contó la impactante historia de su accidente. En la pantalla aparecían imágenes para dar más contexto. Aplausos, gritos y público reclamando silencio y atención otra vez.

Robert volvió a salir para el momento final, de pie, inclinándose ante los efectos de sonido de la tormenta. Aumentó el ruido, él se tambaleó y tropezó luchando contra el viento. Rachel iba a su lado, repitiendo sus movimientos. Robert se

llevó la mano a los ojos para protegerlos del sol y oteó el horizonte. Sacó una radio del bolsillo y se la acercó a la boca. Los efectos de sonido cambiaron a un siseo de ruido estático de interferencia radiofónica.

—Aquí… Doc. ¿Hola? ¿Hola? Dios. Ahora. ¿Me… oyes? ¿Me… oyes? Cambio.

Se inclinó hacia atrás y se dejó caer y allí estaba Rachel para sostenerlo; para sujetarlo y bajarlo hasta el suelo. Las luces se atenuaron y ella todavía seguía bajándolo muy despacio hacia el suelo.

Silencio y, de pronto, un aplauso, y enseguida una erupción de aplausos y gritos, casi tanto ruido como el fragor del viento o el siseo quebrado del ruido estático.

|

La ovación final fue más fuerte de lo que esperaba, habida cuenta de la cantidad de público. Quien pudo se puso de pie y sumó la voz a los aplausos. Sara quería decir algo y le pasó el brazo por la cintura a Anna. Luke, al lado de Sara, dejó de aplaudir y se llevó las manos a la boca a modo de altavoz. Había mucho ruido en la sala.

Vio que debería estar emocionada y satisfecha. Pero lo que sentía era una gran tristeza. Una tristeza que le pareció curiosamente apropiada. Como si se diera permiso. Era difícil expresarlo con palabras.

Lo único que había querido siempre es que volviera entero de la Antártida. Y había vuelto, pero era diferente. Puede que su ser querido no sea la misma persona que antes. Pero seguirá siendo su ser querido. El objetivo de las actividades del grupo es animarlos. Hemos trabajado juntos unas cuantas semanas con estas historias y ahora nos gustaría presentárselas. Nos gustaría contarles algunas cosas.

Él había vuelto.

Se encendieron todas las luces de la sala y Robert la estaba mirando. La gente iba y venía entre ellos. Él parpadeó como si no viera bien. Se protegió los ojos con la mano. Ella levantó la mano para llamarle la atención. Él la saludó con la mano.

/ _ |

Se levantaban pequeñas olas en el agua. El hielo resbalaba y caía al mar. La luz era silencio en el estrecho. Detrás de las montañas se arremolinaban las nubes más negras.
Una tormenta barría el valle.
A lo lejos el refugio oscilaba y se estremecía sobre sus cimientos, las gruesas correas de lona se tensaban para sujetarlo en su sitio. Dentro, los paneles de madera crujían y la estufa de aceite aullaba. Las camas estaban vacías. Había una silla tirada en el suelo. Las luces de la radio parpadeaban.
La luz disminuyó y aumentó otra vez. Entró un banco de nubes. Una zona de altas presiones aquietó el aire. El vapor de agua se helaba en el aire y cristalizaba y la nieve se posaba lentamente en los flancos de las montañas, sobre las crestas de ambos lados de la bahía, y caía en las profundidades de las grietas que atravesaban las orillas del glaciar en su camino hasta el mar.
Al pie del Priestley, al lado de una motonieve averiada, la nieve iba cubriendo poco a poco una tienda de color naranja.
Pasó el tiempo.
De vez en cuando las señales de radio cruzaban el aire.
En la tienda naranja un cuerpo respiraba.
El temporal amainó.
El tiempo pasaba o ya había pasado. Algo se movió en el interior de la tienda. Roces, resoplidos y una cremallera abriéndose secamente.
El hombre salió a rastras hasta la nieve.
En el agua la luz era de color plata, acero pulido, se dispersaba con los constantes batidos de la superficie, los rizos del viento y las ondas de las corrientes.
Sobre la nieve blanca y reciente el hombre brillaba, rojo y grande.
Había un ruido enorme y nada. Le sobrevino la calma.
Se sentó a esperar.
Lo envolvió la calma.
Silencio y distancia. Una inmensa sensación de espacio. Algo iba mal.
Sobrevivir le parecía poco probable y, sin embargo, tenía la certeza de que todo iría bien. Todo saldría bien y siempre había salido bien.

La sensación de que todo iba bien era maciza, sólida. Era tangible, intentaría explicar después. Sentía que era parte de todo lo que le rodeaba. Sentía que todo lo que le rodeaba era parte de él.
Era difícil expresarlo con palabras, intentaría decir.
La ausencia de palabras era tan absoluta que no podía imaginarse qué se había perdido.
No tenía sensación de pérdida. Solo existía silencio en su cerebro y el silencio era un alivio tremendo.
Se sentó, miró y respiró.
Su respiración era el perfil de las crestas de las montañas. Blanco puro contra el suave azul del cielo. Los picos lentos y las caídas repentinas. Arriba, arriba, abajo. Dentro, fuera.
Se sentó. Y miró. Y era.
La sangre le latía por todo el cuerpo mientras respiraba. La respiración era el subir y bajar del agua del mar que rompía contra el borde del hielo. El agua se movía contra el hielo y la sangre iba y venía por las manos. Con la respiración recorría las crestas y los barrancos de los picos de las montañas. El aliento se condensaba delante de él y las nubes subían hinchándose en el limpio cielo azul y el aire se las llevaba hacia el norte, a los frentes nubosos de la costa.
Las células del cuerpo y los cristales de la nieve.
Las nubes de aliento y las nubes que surcaban el límpido cielo azul.
Veía fragmentos y artefactos. Nadaban y rielaban ante sus ojos.
Se quitó los guantes para ver la sangre que circulaba por los dedos.
Sabía que llegaría la ayuda. Sabía que el cuerpo le fallaba. Sabía que le había pasado algo. Sabía que no pasaría nada.
Sabía todas estas cosas.
La radio que tenía al lado, en la nieve, emitió un sonido. El sonido eran palabras, pero no las reconocía. No parecían importantes. El sonido se repitió y se repitió.
Tenía que ir a un sitio.
Se levantó. Tardó mucho en levantarse. Caminó.
Se inclinó a un lado. Se cayó. Esperó. Tenía que ir a un sitio.
Lo sabía.

Sabía todas estas cosas, eran un temblor en el centro del pecho; un zumbido lejano y profundo en su interior.
Algo había llegado.
Se le olvidó su nombre. No se acordaba de quiénes lo echarían de menos cuando no volviera a casa.
El zumbido aumentó, se hizo más vívido.
No sabía lo que era una casa ni una persona.
Esperó. Se levantó. La palabra «hielo» cobró importancia de pronto. La palabra «fragmento».
Una humareda azul salió de detrás de los acantilados y se alejó flotando.
Cerró los ojos.
Tenía una sensación de zumbido en medio del pecho; en la cabeza.
Tenía que haber hecho una cosa.
El zumbido adquirió cierta orientación.
Ya no parecía importante.
A lo lejos el zumbido adoptó la forma de un avión rojo, pequeño y lento, que se acercaba muy muy despacio.
Un fragmento rojo, inconsistente, en el aire.
Un ruido débil en la radio, como un aplauso lejano.
El mar gris y las montañas blancas y el pequeño fragmento rojo de un avión surcando el aire y acercándose por el hielo.
La idea de moverse y la idea que se perdía.
Ni siquiera sabía la palabra rojo, pero sabía que era el pequeño y lejano comienzo de algo nuevo.

AGRADECIMIENTOS

En 2004 fui a la Antártida gracias al programa Escritores y Artistas del British Antarctic Survey, patrocinado por el Arts Council England. Gracias a todos los que hicieron posible aquel viaje, y en particular al difunto David Walton por toda su labor de desarrollo del programa.

Tiempo después tuve la suerte de contar con la ayuda de Joanna Rae y Ieuan Hopkins, del BAS Archives Service, y en particular de la de Mike Dinn, de la BAS Medical Unit, que me regaló su tiempo generosamente.

Debo aclarar que el «Instituto de Investigación del Antártico» que aparece en esta novela es una organización ficticia.

Mientras me documentaba sobre los ictus y la afasia me resultaron de gran ayuda la experiencia y los conocimientos de Grace Rowley, Clare Sedgwick, Sally Knapp, la profesora Nikola Sprigg, Beth Newell, Jackie Farmer, Hazel Warren y Sarah Marriot, que de forma muy generosa compartieron conmigo su tiempo y conocimientos. También me ayudaron mucho varios libros de Becky Moss, Bridget Long, Carole Pound, Caroline Firenza, Celia Woolf, Chris Ireland, Jayne Lindsay, Jill Bolte Taylor, Robert McCrum, Sally Byng, Sheila Hale, Sue Gilpin y Susie Parr; así como el trabajo de Rosetta Life y su proyecto *Stroke Odysseys*.

Pasé unos meses asistiendo a las sesiones del grupo de autoayuda Aphasia Nottingham como invitado y agradezco la buena acogida que me prodigaron todos los integrantes y lo mucho que me enseñaron. Espero haberos compensado por la confianza y siento haber ganado el concurso todas las veces.

También doy las gracias por diversos motivos a: Andy Stevenson-Jones, Benjamin Johncock, Chloe Hooper, Chris Gribble (y al National Centre for Writing), Chris Power, Dan Suri, Darren Chetty, Éireann Lorsung, Emilio Costa, Jenn Ashworth, Melissa Harrison, Mel O'Neill, Ruth Mottram, Sarah Hall, y a mis colegas de la Universidad de Nottingham.

Gracias a todas las personas de 4th Estate que convirtieron esto en un libro: Helen Garnons-Williams, Marigold Atkey, Amber Burlinson, Saba Ahmed, Chris Gurney, Graham Holmes, Julian Humphries, Matt Clacher y Michelle Kane.

Gracias a Tracy Bohan y Jin Auh, y a todo el equipo de la Wylie Agency.
Y sobre todo gracias a Rosie y a E., L., D., y A. por sacarnos vivitos y coleando de 2020.

«La memoria había reaparecido, el coágulo de sangre, ese sello que me había estrangulado el cerebro, se había diluido en el secreto del cuerpo y ahí me teníais, renacido.»

José Cardoso Pires

Desde Libros del Asteroide queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *La palabra para rojo*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.

Nota biográfica

Jon McGregor (Bermudas, 1976) es autor de cinco novelas: *Si nadie habla de las cosas que importan* (2002, ganadora del premio Somerset Maugham), *Tantas maneras de empezar* (2006), *Ni siquiera los perros* (2010, ganadora del premio impac), *El embalse 13* (2017; Libros del Asteroide, 2019, ganadora del premio Costa) y *La palabra para rojo* (2021; Libros del Asteroide, 2022), y de dos libros de cuentos: *This Isn't the Sort of Thing That Happens to Someone Like You* (2012) y *The Reservoir Tapes* (2017). Ha sido tres veces finalista del Man Booker, la primera vez con tan solo veintiséis años, y la última por El embalse 13. Es profesor de escritura creativa en la Universidad de Nottingham, en Inglaterra.

* Así la llamaban, para distinguirla de la comida de los perros en los tiempos en que se utilizaban trineos tirados por estos animales. *(Todas las notas son de la traductora.)*
* Esta expresión refleja la pronunciación del acrónimo WYSISYG: *what you see is what you get*, cuyo significado explica Doc a continuación. Se puso de moda cuando, después de los primeros procesadores de texto en los que no se veía lo que se escribía, aparecieron los primeros ordenadores, en los que podía verse en la pantalla lo que se escribía con el teclado.
* En español en el original.
* Organismo del Reino Unido creado para supervisar las inversiones importantes en investigación.
* Grupo intergubernamental de expertos sobre el cambio climático, creado en 1988.
* *Private Dancer*, tercer álbum en solitario de la cantante Tina Turner. El tema que da título al álbum fue compuesto por Mark Knofler.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *La palabra para rojo*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

El embalse 13, Jon McGregor

La promesa, Damon Galgut

Lo que pasa de noche, Peter Cameron